

VIDA Y MUERTE ENTRE REJAS



ALIRIO
GALVIS
PADILLA

(PRÓLOGO DE CARLOS MORENO)

VÁSQUEZ  EDITORES

VIDA Y MUERTE

ENTRE REJAS

ALIRIO GALVIS PADILLA

Vida y muerte entre rejas

Primera edición, Vásquez Editores

Colombia, julio de 2022

Ilustración de Portada

@emecreando

Alirio Galvis Padilla

aliriogalvisabogados@yahoo.es

Vásquez Editores, 2022

Edición, diagramación, impresión y encuadernación

vasquezeditores@gmail.com

@_vasquez_editores_

www.vasquezeditores.com

Medellín

ISBN

978-958-49-6383-3

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir delito contra la propiedad intelectual.

Libro 100% hecho a mano

Agradecimientos

Gracias al constructor de todo lo creado y fuente de nuestra creatividad por esta experiencia terrenal, en donde buscamos dejar un legado para vivir un poco más, aunque sea en el recuerdo de nuestras obras. Gracias a mi familia, a mi hermosa compañera de viaje Astrid y a los frutos del amor, de la inspiración, de la felicidad: María Valeria y Martín.

Gracias a mis queridos padres y a mis hermanos Iván y Martín, para ellos siempre amor, apoyo y ejemplo.

Gracias a todos los maestros como el Dr. Ignacio Cantillo Vásquez, el Dr. Humberto Moreno y el padre Fabian Amaya y a mis amigos, apóstoles de la alegría.

Un homenaje para los colegas, estudiantes, docentes, jueces y abogados que luchan para que la justicia llegue a todos los rincones de nuestra sociedad, mis respetos para los soñadores que buscan que se respete la dignidad humana sobre todas las cosas.

Un abrazo fraternal para la cadena de hermanos que he encontrado en este viaje, desde la *Estrella del Tequendama* hasta el *Corazón de Hiram*, y que me apoyaron para cumplir este sueño, y sobre todo, gracias a usted, amigo lector, que se encuentra aquí con este apasionante camino de letras, con muros de vocales, faroles de sujetos y puertas de predicados.

Prólogo

Alirio Galvis, el autor de este libro, me pidió una tarea muy complicada: escribir un prólogo justo después de haberle confesado que el peso de sus relatos me hundía. El laberinto y la podredumbre que sortean los personajes de estas páginas, la textura humana sin artificios ni pirotecnias formales demolían cada noche de lectura mis pretensiones e imaginarios literarios y cinematográficos de aquel infernal universo carcelario colombiano.

Alirio fue abogado asesor en el Sistema Carcelario de Colombia, dentro de la cárcel *Modelo* de Bogotá. A mi juicio su inmersión en este universo es comparable con la investigación y el trabajo de campo que debe desarrollarse en el mundo de la producción audiovisual, cuando ésta es responsable. Pero su punto de vista cotidiano, crudo y sensible a la vez, rompe el balance de la comparación; estos relatos son el capital sensible de alguien que se ha puesto de frente al espejo del mundo *libre* que nos ufanamos de habitar. El narrador nos conduce sin arrogancia por pasillos húmedos y descascarados, nos hace pasear por patios en los que se deambula la ruina humana, opulenta y miserable a la vez, y al final del camino no hay ninguna conclusión ni se resuelven hipótesis. Al final está nuestra condición humana desnuda, de frente a uno de los fracasos sociales y políticos más vergonzosos de esta sociedad: el sistema penitenciario. Un sumidero de arrogancia y demagogia que

nos traga a víctimas y victimarios, culpables e inocentes, todos a la vez.

Haciendo esta tarea fue inevitable recordar la primera vez que visité una prisión: siete de diciembre, tenía doce años, pertenecía al coro del colegio y habíamos sido invitados a cantar en la cárcel de mujeres el Buen Pastor de Cali, en el barrio San Fernando, a unas pocas calles de donde vivía. Nuestras giras incluían otros colegios, centros comerciales, auditorios municipales. Allí cantábamos a cuatro voces cánones de compositores clásicos, aleluyas, villancicos tradicionales y retablos navideños que componía Javier Mejía, el maestro de música del colegio que además dirigía el coro. Ir a la cárcel de mujeres agitaba nuestra imaginación porque era un lugar impensable, solo avivado por el cine, la televisión y las leyendas urbanas. Quizás nuestra presentación sería sabotada por la ira de las presidiarias que chocarían sus vasos de aluminio contra las rejas de hierro herrumbroso. Nos caería una lluvia de escupa, colillas de cigarrillos y comida. Nos aturdirían sus chiflidos y se desataría un motín del que no podríamos escapar. Nadie del coro me habló de esto, pero estoy seguro de que nuestras fantasías se sincronizaron así como lo hacíamos con las partituras que cantábamos.

Entramos al salón donde íbamos a cantar. Estaban sentadas aproximadamente treinta mujeres cosiendo y elaborando adornos navideños mientras comían natillas y buñuelos con café. Algunas sonrieron al vernos entrar. El director del coro, después de decir algunas palabras que no recuerdo, nos dio el tono de la primera nota, marcó con sus manos el compás y

enseguida comenzamos a cantar. La sonrisa de algunas mujeres comenzó a deformarse hasta convertirse en una mueca de dolor, otras dejaron de comer y comenzaron a llorar y unas pocas se fueron. Les habíamos atinado con el golpe bajo de la navidad, que a mí tanto me irrita. Creo que cantamos dos canciones más y las mujeres se despidieron con un ligero aplauso. Estoy seguro de que algunas querían abrazarnos y aunque no había guardianas que lo hubieran impedido, ninguna lo hizo. Regresaron a su estoico silencio, a su costura o a su café con buñuelo y natilla. Regresamos al exterior y me fui caminando hasta mi casa mientras algo titilaba dentro de mí, como las velas que ese día de diciembre las familias encienden en las fachadas de sus casas. Era la inminencia de lo revelado; la densidad de la palabra *libertad*, con todas sus dimensiones y texturas incubadas dentro de mí y nutriéndose de mi vida, envolviéndome, atenazándome y después esfumándose, como en un ciclo perverso, cada minuto hasta este mismo día.

En este punto debo excusarme con el autor del libro y con los lectores por usar los renglones del pretendido prólogo en un relato personal. Pero asumir las siguientes páginas desde la visión íntima que se tenga de la palabra *libertad* es un buen punto de partida. Nos hundimos abrazando el cofre del tesoro y nunca hemos tenido las llaves para abrirlo. Desde el momento en que nacemos obedecemos al conjuro sibilino de sabotear nuestra *libertad* primaria. La *libertad* es una utopía que hemos usado como arma de dominación, despojo y —en este caso— de marginación. Creo que una mirada propia y profunda nos llevará a una mejor lectura de este libro y de esta sociedad.

La narración que nos trae Alirio de aquellos intramuros tiene una verosimilitud inquietante; despierta el tufo avinagrado de aquello que nos avergüenza y que pretendemos ocultar bajo la alfombra. Destilar nuestra indescifrable aventura humana y atesorarla en un relato es lo que perseguimos todos a quienes nos cuesta vivir en este mundo cruel y maravilloso, y ambicionamos narrar para poder aceptar la desdicha. Gracias, Alirio, por lograr para nosotros ese misterio en estas páginas, con un punto de vista humilde, sensible y compasivo.

Carlos Moreno
Director de cine

Introducción

Partamos del nefasto contexto en el que nacen los relatos que configuran este libro: un país latinoamericano convulsionado en los años 90 y marcado con la sangre de miles de personas por la guerra contra el narcotráfico, la guerrilla, el paramilitarismo y la delincuencia común. El nombre del narcotraficante Pablo Escobar se da a conocer en todo el mundo por su crueldad y su guerra contra el Estado Colombiano, hasta que llega a su final en el año 1993, en un tejado de un barrio residencial de Medellín. Fue *cazado* por el gobierno y sus *aliados*.

Un pueblo sin memoria que ha visto las peores masacres; gobiernos que se esfuerzan por barrer y dejar la mugre debajo de la alfombra. Una nación extraordinariamente rica en recursos naturales, pero sobre todo, por la gente que la compone, está sometida a bandas depredadoras de los recursos públicos, que dejan en su camino muertos y uno de los países más desiguales del mundo. La inmensa mayoría nacimos y crecimos en esta sociedad violenta, unos con más privilegios y oportunidades que otros.

En esa década las bombas no solamente se escucharon en los pueblos, sino en la misma capital; allí se vio la destrucción, la muerte, las víctimas, personas mutiladas por los atentados del Capo, la guerrilla o los paramilitares. En esa década la ONU celebraba su cincuenta aniversario y daba irónica-

mente un balance de Colombia aparentemente positivo por la ausencia de guerras externas, no por la ausencia del conflicto interno.

La guerra perdida contra la corrupción agudizaba sus otros frentes de batalla: la vergüenza no afectaba a los políticos deshonestos que abiertamente desangraban el país; la delincuencia llegaba a sus peores muestras de degradación, como asesinar a una mujer con un collar bomba, jugar fútbol con la cabeza de los enemigos, secuestrar indiscriminadamente a los viajeros —las pescas milagrosas—, ataques a estaciones de policía con cilindros bomba, atentados por doquier en medio de la guerra de los carteles de Cali y Medellín, cuyos pequeños alfiles, eran niños formados y adoctrinados en sus escuelas de sicarios, para matar y vivir poco.

Mientras todo esto sucedía, maquiavélicamente se gestaba, por las fuerzas ocultas del poder, una anestesia generalizada en la que millones de colombianos se olvidaban temporalmente del terror nacional y no reaccionaban a otra cosa que no fuera el éxtasis temporal de las telenovelas o partidos de fútbol. Toda esta destrucción era indiferente para la pequeña élite que, indolente, luchaba por mantenerse en el poder.

Resulta así una imagen poco alentadora: la de un cuerpo social enfermo. Todos sus males se somatizan y se reflejan en un país en miniatura llamado la cárcel *Modelo*, el centro penitenciario más importante y peligroso del país. Allí se encuentra un pedazo de la historia de terror contada por sus protagonistas. Todo pasa en un pequeño espacio de edificios viejos y trajinados a punto de colapsar, y que entrañan los

fantasmas del pasado que reclaman en silencio y sin pausa, que alguien rescate sus historias del olvido.

Pues bien, ese reclamo se contesta a través de las memorias de alguien que trabajó en esta cárcel, la *Modelo*, casi en las mismas condiciones de reclusión que cualquiera de sus presos, y que dejó testimonio de ese lugar donde no se detiene el llanto, la súplica, la desesperanza y el dolor. Un abogado que recorrió sus pasillos, sus patios, buscando verdad y justicia para esas personas invisibles de la cárcel y de la sociedad, discriminadas por su pobreza, apariencia, color u olor, en medio de una *vida y muerte entre rejas*.

Aquí se recogen historias reales de hombres y mujeres, hoy todos muertos, que mostraron un pedazo de sus vidas; con esos pedazos, aquel abogado que convivió con ellos, hoy intentando ser narrador, ha querido hacerles un doble homenaje: por un lado, no dejar que sus vidas pasen en vano, en las sombras, y por el otro, mostrarlas a la sociedad de la que son reflejo y que así, tal vez, puedan hacer sensible la invisible — para quienes están afuera— miseria que entrañan nuestras cárceles. Sirvan pues estos relatos para, en última instancia, dejar entre líneas una reflexión sobre el fracaso del sistema judicial y penitenciario colombiano, con la esperanza de que algún día se hagan las transformaciones que busquen el respeto por la dignidad humana y un sistema verdaderamente resocializador.

El Flaco



En los recorridos por la *Modelo*, el abogado conoció a uno de los reos que, para ganar unas monedas que le permitieran sobrevivir, buscaba e informaba a los internos cuando tenían visita, ya fuera familiar, del juzgado o su abogado. Raúl, conocido como el Flaco, era una persona de estatura baja, contextura delgada, tenía un bigote cantinflesco y siempre andaba con las gafas torcidas, aseguradas a la cabeza con un cordón de zapato en lugar de patas; sus ojos eran pequeños y decaídos, pero se veían más pequeños por el espesor de los lentes,

que eran como culos de botella, lo que resaltaba en su rostro una tristeza permanente. Iba siempre con el mismo pantalón. Solo tenía dos camisas, una de color azul y otra blanca de rayas amarillas verticales, con tonos que le daban cierto aspecto de anémico. El Flaco, por muchos meses, fue la compañía del abogado en el recorrido de los patios; le indicaba a dónde podía o no llegar, y las personas que necesitaban asesoría jurídica. Una tarde se encontraron, como de costumbre, en la entrada del patio dos.

—Doctor, una consultica con mi caso, el que me hizo llegar acá. —Y sin permitir que el otro le contestara, le soltó su historia, tan ansioso como un perro en cautiverio—. Yo vivo en la zona marginada de la ciudad, o bueno, vivía —extendió la mano por encima de su hombro, como si señalara algo lejano en el pasado— con mi esposa y mi hija. La miseria nos sigue como las pulgas a los perros. Mi mamá nos dejó viviendo con mi abuela, nunca supimos por qué, y cada que preguntábamos por ella, la abuela suspiraba y luego intentaba embolatar la cosa. Éramos tres hermanos, vivíamos en una finca que mi abuela cuidaba en la vereda Brasil, muy cerca del Salto del Tequendama. No tenía sueldo, la dejaban vivir allí a cambio de cuidar. Prácticamente vivíamos de la caridad y la mayoría del tiempo la pasábamos durmiendo para burlar las horas de comida. A propósito, doctor, ¿quiere un cafecito? —preguntó al abogado, y sin esperar su respuesta volvió con dos vasos desechables—. Imagínese que, en una ocasión, después de una semana casi sin comer, solo tomábamos agua porque la panela se había acabado; nos dolía tanto la barriga, que parecía llena

de fuego; el cuerpo se alimentaba de sí mismo, de las pocas carnes que le quedaban; nos retorcíamos, llorábamos día y noche. Doctor, el hambre duele. Al principio da dolor de cabeza, y después de unos días se le encalambran a uno las tripas. Le suplicábamos a la abuela por comida y ella desesperada, sin nada para darnos, salió a buscar un veneno para ratas. Estaba convencida de matarnos y después matarse; repetía que no podía soportar más nuestros llantos. Afortunadamente teníamos tantas deudas, que nadie se lo quiso fiar o no le estaría contando esta historia.

»Trabajé desde los siete años. Poco después conocí a una mujer alta, como yo, doctor —dijo, mientras señalaba con sus manos su diminuta figura—. Una morenaza, labios gruesos, grandes curvas y unos ojos negros que cuando está brava la delatan, ¡qué mujer! A la Negrita la conocí en mi vereda. Siempre fue berraca y trabajadora. Vivía aburrida en su casa por los malos tratos de los cuchos y sus hermanos mayores. Nos encontrábamos en la finca de don Martín, recogiendo café en los días que había abundancia, cuando el precio estaba bueno; así nos conocimos y nos hicimos amigos. Nos contábamos nuestros problemas. Nos quisimos refugiar el uno en el otro y nos fuimos a vivir juntos, aunque en la misma pobreza.

»Con el tiempo vinimos a probar suerte en la capital, logramos un pequeño lote en invasión en las afueras de la ciudad y por suerte tenemos un rancho elaborado con tablas, latas, llantas, cartón y piso de tierra, ¡yo mismo lo construí! —afirmó con mucho orgullo mientras parecía dibujarla en el aire con sus manos—. Es una sola piecita, allí mismo había un

espacio destinado a la cocina, conformado por una estufa de gasolina ahumada, que me regaló una buena señora, y que dejaba un sabor a combustible en las comidas. También una olla, tres platos, un pocillo y tres cucharas, una mesa coja apoyada con medio ladrillo para nivelarla, y dos sillas que hacen de sala y comedor. Arrinconadas contra la única ventana, estaban las dos camas, el lugar donde menos caían goteras.

—¿Y el baño? —preguntó el abogado.

—Doctor, es ecológico. —Soltó una risa burlona, la primera que veía su compañero y con la que recordó que solo tenía un diente—. Es un hueco en la parte trasera de la casa. Cada vez que se usa se tapa con tierrita. Por allá no ha llegado el acueducto. Al lado del huequito acomodamos para bañarnos, que es a totumadas con agua lluvia, porque por allá sí pagamos el agua y llueve seguidito. —Cando terminó de hablar su semblante se oscureció y se quedó pensativo por unos segundos. Luego continuó—. La llegada a la capital fue difícil, acá todos desconfían de todos y con la Negrita nos volvimos una roca, nos protegíamos, nos apoyábamos, nos dábamos ánimo y también nos reíamos de vez en cuando. Pero la vida nos ha dado duro, en especial a mí. Todo el resentimiento de la Negrita por los golpes que recibió de chiquita lo sacó conmigo. La pasábamos peleando todo el tiempo, por la falta de plata y porque no teníamos trabajo.

»Yo trabajaba en lo que salía, en la rusa, limpiando baños, reciclando, lo que fuera; es que uno sin estudio es muy berraco. Muchas veces me invitaron a hacer cosas malas, a robar,

vender bazuco, pero no señor, nunca fui un ladrón. Mi Negra siempre me ayudaba, aunque de mala gana, y trabajó hasta que nació la niña. —Levantó despacio el vaso de café y tomó un sorbo para darse una pausa—. La niña, la Yoli, así le colocamos en homenaje a su abuela Yolima, nos alegró la vida. Pero llegó en el peor momento, creció en la pura necesidad, pero nunca se quedó sin comer, aunque fuera una coladita. Mi esposa era loca, cuando nos faltaba algo o no tenía trabajo, me pegaba, me culpaba de la pobreza, me odiaba por haberla traído a esta ciudad, me cacheteaba. Una tarde me reventó la cabeza con el ladrillo que nivela la mesa. Me aruñaba la cara y me humillaba todo el tiempo. Mi niñita desde muy pequeña me defendía como una fiera de la Negra, aunque le pegara se metía entre los dos. Ahora está tan madurita, ya tiene catorce años y con el tiempo la batalla fue entre las dos.

Mientras miraba un punto fijo en la nada, su rostro se oscureció de nuevo, esta vez por varios minutos, dando la impresión de haber llegado a un punto sin retorno de sus cavilaciones.

—Con el tiempo la Negra y yo no nos soportábamos. Yo la quería, pero no podíamos ni mirarnos, todo por la pura pobreza. Eso generó que cada vez nos habláramos menos, y con el tiempo me pasé a dormir con mi hija. Eso fue el día que cumplió sus diez añitos. Desafortunadamente en esos días me dio una tembladera, y ni modo de trabajar, y si uno no trabaja no gana, por eso no pude ni comprar unos huevitos para un caldo y celebrarle a la niña. La Negra se enfureció y se formó tremenda pelea. La situación estaba tan difícil que recordé los peores momentos de cuando era chino. Ese día la pelea fue

de todos contra todos, mi hija me apoyó, le decía a su mamá que comprendiera que estaba enfermo, que se fuera de la casa, mejor dicho, hasta nos echaron la policía, no me llevaron por la tembladera y desde ese día empezó una guerra y no volví a dormir con la Negrita, me pasé a la cama de la Yoli, casi por tres años, hasta que llegué aquí. —Acompañaba sus palabras con gestos de cautela que solo podían apelar a su defensa—. Mi niña con los meses y los años pasó a ser la que me cocinaba, lavaba la ropa, me atendía. Pasábamos horas hablando y riendo como niños, se convirtió en mi amiga, mi consejera y apoyo. —Por un momento dudó de continuar con su historia—. Hijuemadre, no sé en qué momento nos confundimos, se enredaron las cosas y nos miramos diferente. No sé cómo decirle, doctor, por favor no me señale como todos, mejor dicho ¡no soy un violador! Solo se fueron dando las cosas y, de repente, con mi hija empezamos a tener una relación diferente a la de una hija: empezamos a salir de la mano y a abrazarnos, con el tiempo nos besamos en la boca, nos acariciamos, tuvimos sexo y empezamos una relación de pareja. La verdad que me siento culpable, yo no debí permitirlo, pero por mi madre santa, le juro, como le dije a la justicia ¡yo no la violé! —Unía sus manos como suplicando que le creyera—. Ella aceptó que iniciara esa relación, yo no la obligué a nada. La Negra poco a poco lo supo y su locura fue peor. Intentó echar la niña a la calle varias veces, se enfrentaron a golpes, hasta que lo aceptó a su manera. Apareció una rivalidad entre ellas y muchos celos. La Negra perdió la cabeza, me agredía más seguido, la situación era horrible, pero teníamos que seguir viviendo juntos, no existía otra

posibilidad, ese rancho era lo único que teníamos. Yo, como fuera, respondía para poder comer, aunque fuera una vez al día, todos dependíamos de todos en ese infierno, yo también quería a mi Negra y tampoco quería dejarla, ni ella a mí.

Incrédulo y pensando que había entendido mal, el abogado preguntó:

—¿Yoli, su mujer?

El Flaco se encogió de hombros y asintió con su cabeza.

El abogado sintió un calor en su cabeza, tal vez por la impresión que le causó la historia que escuchaba. El Flaco, al observar su reacción, se sintió intimidado y en voz baja contestó:

—Solo pasó y lo peor ya viene. A principios del año pasado, mi hija quedó embarazada. La Yoli se dio cuenta al tercer mes y me lo contó. No sabía cómo sería la reacción de la Negra. No tuvimos que decírselo, ella se dio cuenta, por esas cosas de mujer. Obligada la llevó al centro de salud y allí le dijeron que lo que yo había hecho era un delito, y en esa ira me denunció en la estación de policía. Para esa época trabajaba en la rusa y fue un tomo con la Negrita a la obra y me sacaron esposado como un delincuente. La Negra hizo un bonche que todavía lo recuerdo: salieron todas las chismosas, faltaron solo los periodistas —dijo mientras hacia el gesto de tomar una fotografía—, me decía violador, me tiraba patadas, piedras; me salvó fue la patrulla. Si no, me matan porque la gente también quería lincharme... y hace un año y dos meses estoy acá. —Hizo una corta pausa, tomó otro sorbo de tinto frío, sacó de una bolsa plástica unos papeles amarillentos, con visibles huellas de uso y se los entregó al abogado con

manos temblorosas—. Yo creo que la Negra se arrepiente de haberme denunciado; nunca me lo ha dicho, pero se le nota cuando me visita. Todavía no entiendo por qué lo hizo, si yo respondía por ellas. Yo nunca violé a mi hija, ella lo sabe, surgió el amor, nos entendíamos, nos comprendíamos, fue voluntario y yo iba a responder por mi hijo... bueno, también mi nieto. —Agachó la cabeza y dudoso intentaba entender cuál era el vínculo con el niño—. La niña me visitó con mi hijo —susurró, como si no quisiera que otros presos lo escucharan—. Ella al principio odiaba a su mamá por separarnos, por no poder criar el niño, porque la situación económica se les complicó. Ahora, ¿quién iba a responder por los tres?, si al fin y al cabo ya nos habíamos acostumbrado a vivir así. Ella me decía que no comprendía a su mamá, porque yo siempre respondí, soporté las humillaciones de la Negra, sus ultrajes, pero nunca las abandoné. En cambio, con las dos siempre fui respetuoso, tierno, amoroso. Después de un año en la cárcel las cosas mejoraron. El niño las unió otra vez, la niña empezó a trabajar; ahora la Negrita cuida el niño y lo quiere mucho, hasta se parece a mí —dijo orgulloso e incluso, una lágrima que rápidamente se enjugó alcanzó a asomarse por entre sus gruesos lentes. Luego sacó un trapo sucio del bolsillo de su camisa y lo pasó por todo su rostro.

—Ahí se han sostenido, las ayudo con lo que me rebusco y se turnan para visitarme. Espero salir pronto para ayudarlas. Me hace falta mi familia.

Por su parte, el abogado luchaba con sus emociones. Pasaba del repudio a la incomprensión, y acaso alcanzó a compadecer

a aquel hombre que le contaba su historia con sinceridad y, a su vez, con toda la naturalidad de la que era capaz.

En esos momentos el dragoneante Zapata interrumpió la conversación y se llevó al Flaco para atender una visita conyugal.

El Gordo



Había pocas diferencias entre las personas que conformaban el patio uno y dos. En ambos se encontraban reclusos integrantes de los diferentes grupos armados protagonistas del conflicto armado interno de Colombia. En los dos había tumultos de hombres con miradas desconfiadas, susurros permanentes y de evidente formación militar. Aunque estuvieran en la cárcel, los hombres seguían respondiendo a la cadena de mando. Como si la guerra siguiera en la cárcel, abiertamente uno de los grupos, el de guerrilleros, seguía en entrenamiento.

Usaban palos de escoba como fusiles y se arrastraban debajo de las mesas simulando el recorrido de las trincheras. Sí, en este lugar de resocialización no faltaban los esfuerzos para continuar con la guerra. Todos estos guerrilleros, privados de la libertad, reciben dinero y apoyo jurídico por parte de la guerrilla.

El patio de los guerrilleros tenía líderes visibles. Entre ellos se destacaba uno que escondía una radio para comunicación con la base central de la guerrilla, que recibía instrucciones, administraba el dinero, daba órdenes y controlaba la cárcel, por lo menos en su patio. Este líder era el Gordo: un hombre robusto que hablaba toscamente con voz de mando. Por lo general, estaba custodiado por su guardia personal. Pero había un guardia más personal, que no lo desamparaba ni de noche ni de día: la Sombra. Era un negro azulado, de rasgos finos, con una dentadura capaz de alumbrar la noche. Iba siempre vestido al estilo caribeño, con camisas ajustadas de manga corta, impecables y coloridas; pantalón y zapatos blancos, gargantilla, reloj, buena loción y gafas oscuras hasta en la noche. Gozaba de una musculatura que reflejaba sus largas horas de ejercicio con las pesas improvisadas en el patio. Pero su rostro amenazante se desvanecía cuando hablaba y caminaba, pues, aunque nadie se atreviera a decirlo abiertamente o siquiera insinuarlo, era visiblemente afeminado. El Ojo Lindo una vez se burló de él; a los pocos días perdió un ojo por una puñalada que nadie supo explicar de dónde vino. No obstante, y con mucha cautela, en los pequeños grupos que salían al patio a tomar el sol, se burlaban e insinuaban que no solo era la sombra del Gordo, sino también el guardián de su corazón.

El Gordo empezó su vida guerrillera a temprana edad. Siendo un niño, su papá abandonó la familia, dejando a su madre, una alcohólica, a cargo de cinco niños, incluido el Gordo. Casi siempre ausente, su madre los encerraba en una habitación oscura y aislada del resto de la casa por días, hasta que, por el llamado de los vecinos que alcanzaban a escuchar los gritos, llantos y súplicas, la policía los sacaba de ese horroroso encierro. Pasó buena parte de su niñez saltando de un hogar sustituto a otro del ICBF. Cuando estuvo más grande y pudo salir a la calle, empezó a robar, maña que aprendió con la Ratica en el Instituto. Fue así como pasó del peregrinaje entre hogares del ICBF al peregrinaje por instituciones para reclusión de menores, de las que siempre supo escaparse. En una de sus escapadas se fue a buscar fortuna en el pueblo de la Ratica. Así terminó en Tarazá, Antioquia, zona en disputa entre los frentes 18 y 58 de las FARC y las AUC, en donde era frecuente hallar cuerpos decapitados. Allí encontró trabajo en un laboratorio para procesar cocaína. A las pocas semanas la guerrilla lo reclutó y lo puso a elegir entre ser fusilado o gastar su energía en la lucha revolucionaria. La guerrilla lo recibió y le enseñó todo lo bueno y lo malo.

Una vez el abogado lo escuchó dando un discurso para los guerrilleros del patio, formados en perfectas filas al estilo militar.

—Desde que me vinculé a la organización, esta ha sido mi familia y mi colegio. He perdido mi juventud entre lágrimas, sangre, heridos y muertos. Después de tantos años sigo sin

entender qué clase de Dios crea esta sociedad y, aun así, trato de sobrevivir. La lucha guerrillera es el único camino para que cambien las cosas, no pueden convivir en este país una oligarquía corrupta y minoritaria que malgasta el dinero público en excentricidades, y un pueblo oprimido comiendo mierda, esclavos de esta sociedad consumista. Por eso estamos aquí, combatientes, entre barrotes, sacrificando nuestra libertad, pero firmes en los ideales de una sociedad justa e incluyente –decía el Gordo con su voz fuerte y regañona, acompañada de una mirada fija y desafiante, como si estuviera discutiendo.

Los guerrilleros habían improvisado una tarima para el Gordo. A pesar de que era de estatura baja, el volumen de su cuerpo lo hacía ver más grande, pero lo que en realidad destacaba más en él era su tono de voz. Disimulaba su brillante calva con una gorra militar. La barba y el bigote eran abundantes y desordenados. Nunca se quitaba una bufanda a cuadros ni se apartaba de un carriel que siempre levantaba sospechas sobre su contenido. Unos decían que en él cargaba su pistola, otros decían que llevaba fajos de dinero, y los más conservadores decían que llevaba una libreta en donde tenía la relación de los guerrilleros de su patio y las cuentas del dinero que le giraba la guerrilla. En una ocasión se le perdió el carriel y condenó a muerte al supuesto ladrón. La amenaza no tuvo que cumplirse porque a los dos días apareció. Nunca se perdió: en una borrachera olvidó que lo había escondido en su guarida, debajo del sanitario, en donde camuflaba el *wisky* y donde frecuentemente los internos escondían la chicha, no solo para ocultarla de la guardia, sino también para que se fermentara. Así terminó el alboroto.

El discurso antimperialista y la explicación de la lucha de clases duró cuarenta y cinco minutos. Algunas de sus devotas milicias empezaron a mostrar el cansancio, algunos bostezaban, otros perdieron la firmeza de sus piernas y hasta susurros se escuchaban, arriesgándose a un juicio revolucionario. El Gordo lo notó, pero esa tarde estaba de buen semblante, así que fue condescendiente, actitud que encajó muy bien con la autoproclamación como precursor y defensor de los derechos humanos. Mientras que la Sombra, angustiado por su jefe, le llevó una bebida para su boca reseca, después de la extensa alocución.

Resultaba irónico que en el lugar donde se daban todas las posibles violaciones de la dignidad humana, alguien hablara de derechos humanos y de su defensa, sobre todo alguien privado de su libertad por violar, precisamente, los derechos humanos, y más aún, si lo hacía para justificar una ideología revolucionaria que proclamaba la lucha por la dignidad humana.

En una de las reuniones de las mesas de los Derechos Humanos, el Gordo se mostraba eufórico, tal vez por la tarde soleada de aquel día o por la música de fondo con rancheras de Javier Solís, o por el chocolate y la almojábana que él ordenaba repartir antes de cada reunión. De repente se acercó al abogado y empezó a exponerle los argumentos que justificaban su lucha guerrillera como si estuviera dando instrucción a sus hombres o, quizás, intentando que simpatizara con sus ideales.

—Doctor, en nuestro movimiento luchamos por nuestras ideologías político-militares, que se fundan en enfrentar este sistema capitalista, que solo explota al pueblo.

Ansioso, la Sombra asomó bruscamente su gran cabeza con su blanca sonrisa e intervino, mientras el Gordo lo observaba con un gesto de reclamo por su abrupta interrupción. Sin embargo, la Sombra lo ignoró y continuó.

—Doctor, ¿sabe usted que en Colombia el 20% más pobre de la población obtiene el 2,5% del ingreso nacional, mientras que el 20% más rico obtiene el 61%? Eso no lo digo yo, lo dice el *World Bank*. —Y les mostró a sus interlocutores una revista en inglés que llevaba en su mano y el abogado pudo notar que, para adornar más su vanidad, la Sombra llevaba un anillo hermosamente decorado con una esmeralda, que hacía más visible al mover de un lado a otro su mano, quebrando la muñeca, y haciéndolo distraer de la conversación—. De una población aproximada de 40 millones de habitantes que tiene Colombia, 10 millones viven en el campo, 2333 personas (alrededor del 1,08% del total de propietarios) son dueñas del 53% de la tierra rural y cerca de 300 accionistas son propietarios del 74% de las acciones que se negocian en la bolsa de valores colombiana.

No había terminado de hablar, cuando el Gordo le dio unas palmaditas cariñosas en la espalda y dijo:

—Este negro es muy estudioso. —La Sombra sonrió haciendo un movimiento de la cabeza con un leve nerviosismo hacia el hombro izquierdo y continuó hablando.

—Doctor, las diez empresas más grandes del país absorben el 75% del mercado de capitales... —En ese momento el Gordo lo interrumpió autoritariamente con su palma abierta muy cerca del rostro de la Sombra.

—La desigualdad cada día es más grande, doctor. —El Gordo retomó la palabra y, así, su autoridad y protagonismo—. Esa es nuestra lucha, nuestra causa, la brecha entre ricos y pobres se amplía y el Estado reduce los putos problemas sociales a un problema de delincuencia y seguridad que debe ser enfrentado principalmente a través de su poder punitivo, por eso estas cárceles están llenas de pobres o acaso, ¿usted ha visto algún rico?

El abogado se quedó mudo, no sabía qué responder porque, en verdad, no había visto ningún rico. Por más execrable que fuera el Gordo, no le faltaba la razón, lo que decía era la realidad del país.

—Doctor. —Intervino la Sombra, esta vez mas afeminado y escandaloso mientras echaba sus ojos para atrás como si se fuera a desmayar—. Nuestros comandantes —dijo señalando al Gordo—, y nosotros, luchamos por un pueblo adormecido, esclavizado, que no reacciona ante tanta opresión, somos nosotros los llamados a despertarlos y luchar, incluso desde este hueco.

Abruptamente se suspendió la conversación por un motín en el patio uno y tuvieron que evacuar el salón. Sin embargo, este no sería el último discurso que el abogado escucharía en contra del Estado y el sistema.

En los meses siguientes el Gordo fue nombrado repetidas veces en la parte administrativa de la cárcel, en la Dirección General de Prisiones y hasta en el Ministerio de Justicia, por organizar con líderes de la Mesa de Trabajo de Derechos Humanos de otras cárceles un paro nacional para amenazar al Estado con paralizar no solo el sistema penitenciario, sino

también el judicial, al impedir por tiempo indefinido la salida e ingreso de reclusos nuevos y antiguos a las cárceles, lo que implicaba que los presos no podrían ir a sus diligencias judiciales, ni recobrar su libertad, y mucho menos recibir visitas. Es decir, los más perjudicados serían los mismos reclusos.

—No es posible resistir este hacinamiento en estas condiciones inhumanas, sin servicios de agua y luz de manera permanente. —Tomó aliento y se pasó la mano suavemente por su calva. Ese día había olvidado su gorra militar—. Existe un abuso contra nuestras familias durante la visita conyugal.

En el discurso del Gordo, extrañamente, no hubo reproches contra la guardia. A los días, el abogado comprendió que esta medida beneficiaba a la Mesa de Trabajo porque mostraba su desmedido poder y, de paso, beneficiaba a la guardia, porque se les bajaba la carga laboral; era un beneficio mutuo. Con la amenaza del Gordo, quedó claro que las Mesas de Trabajo, compuestas por los presos más peligrosos, cogobernaban las cárceles.

En los días siguientes a la conversación, el abogado se cruzó en varias ocasiones con el Gordo y en ninguna de ellas lo vio acompañado de la Sombra. A todos se les hizo muy extraño, pero nadie se atrevió a preguntarle, sobre todo, porque la ausencia no le favorecía a su estado de ánimo.

Mientras el abogado se preguntaba en dónde estaba la sombra del Gordo, llegó a su lado el Tripas y aprovechó para preguntarle por el desaparecido.

—¿Acaso no supo? Hace una semana lo trasladaron para la cárcel de Itagüí. No se sabe bien, pero se pelearon él y el Gordo. Hubo golpes y tremendo escándalo, tuvo que intervenir hasta el Comandante. Al otro día la Sombra pidió traslado y, como nunca sucede, se lo dieron. Ahora el Gordo está desesperado, peleando con todos, hasta con el director, pidiendo que lo devuelvan, pero le tienen sus guardados, han tenido fuertes enfrentamientos por el control del patio y ahora se van a desquitar. En la última semana han visto al Gordo borracho y problemático, pero nada, no le llega su negrito; eso lo tiene más encabronado de lo normal. Ahora aprovechando su influencia en la Mesa de Trabajo armó esta güevonada, con la disculpa de los Derechos Humanos, pero todos sabemos que es por su negrito, y tiene de las bolas al director. —Soltó una carcajada mientras se tomaba la barbilla para que no se le desencajara y chocó su mano con un observador que, aparentemente, no estaba escuchando la conversación.

Pasaron varios días y la presión para el Estado colombiano aumentó. Los medios cubrían la noticia y aparecía con frecuencia una pregunta, casi siempre, dirigida al ministro de justicia: ¿quién manda en las prisiones colombianas?

Cuando al fin —bajo la mesa— acordaron levantar el paro a cambio del traslado de la Sombra, pasó algo inesperado: la guerra de los grupos armados ilegales se tomó nuevamente las cárceles y, en este caso, la víctima fue la Sombra. Lo asesinaron a tiros mientras esperaba su traslado. A las autodefensas de la cárcel de Itagüí llegó la información de la estrecha relación de la Sombra y el Gordo. Sabían que sería un golpe duro para él y no desperdiciaron la oportunidad.

Al saberlo, el Gordo perdió el control de sí mismo. Lo único que lo pudo calmar temporalmente fue el traslado del cuerpo a Bogotá y la autorización que el mismo ministro de justicia dio para que el Gordo asistiera al funeral. Solo él y los dos guardianes que lo custodiaban fueron testigos del triste momento. Mientras el Gordo, en pleno duelo, pasó varias semanas en su celda embriagado, se levantó el paro y todo volvió a la normalidad en la cárcel, siempre ruidosa y agitada.

En esos días, el abogado se encontró con el Flaco. Estaba más flaco de lo normal. Se había dejado crecer el cabello, parecía una escoba vieja. Estaba con otros dos guerrilleros. El comentario del día era el triste final de la Sombra. No se podía olvidar de su blanca sonrisa, elegancia caribeña y conocimiento de la realidad nacional. El abogado preguntó por la posición que tuvo la Sombra en la guerrilla y el Flaco le contestó que había sido comandante de escuadra. El Manco, curtido guerrillero que tomó su apodo tras perder el brazo derecho al manipular una mina antipersonal que pretendía sembrarle al ejército, refutó al Flaco.

—Ese negro güevón no era nadie en la guerrilla, ni se puso el uniforme, ni disparó un solo tiro. Cuando caímos aquí con mi comandante, ese maricón ya estaba preso. Era rancharo... venía de un pueblo en la mierda. Estaba preso por estafa o algo así y ni siquiera estaba condenado, porque ¡como acá primero uno paga cana y después le dicen si es culpable! El negro marica le cayó bien a mi comandante. Así empezó la maricada. —Todos se miraron y un segundo después soltaron una carcajada, como un estornudo contenido—. Hablando en serio, el negro que lo acompañaba a todos lados fue el que encontró el carriel en el

baño y le pagó metiéndolo a la lista de los canjeables y lo volvió comandante de la noche a la mañana.

—¿Pero eso sí se puede? —preguntó el abogado.

—Pues mire doctor la mano de narcos que se volvieron guerrilleros de la noche a la mañana —contestó el acompañante del Manco.

El Manco levantó su brazo amputado con la manga sobrante que colgaba de su moño, calló a su compañero como queriendo detener la conversación para no ahondar en el tema, y retomó la conversación

—Pero ese manitorcido cómo iba a manejar un fusil, si al único que manejaba era a mi comandante.

Todos se encontraron con la mirada, y sin más palabras cada uno siguió su camino, conscientes del peligro de la conversación.

El Ciego



En medio del ambiente lóbrego y húmedo de la cárcel había personas bastante comunes: jóvenes, viejos, trabajadores, estudiantes y empleados que, por circunstancias azarosas, llegaron a la cárcel y no habían podido escapar de ese sitio pavoroso. Algunos pocos y con mucha suerte, pudieron encontrar un oficio en la prisión, que además de permitirles ganar dinero, se convirtieron en beneficios para rebajar sus condenas. Esto los dejaba escaparse de su realidad de prisioneros por unas horas y, sobre todo, tener un espacio para

sostener y cultivar su humanidad y su dignidad en aquel pequeño mar de salvajismo.

Como en la vida cotidiana de cualquier ciudad colombiana, en la prisión existían oficios o trabajos formales e informales. Los primeros, aquellos claramente organizados por la cárcel, como costura, cocina, carpintería o tejido artesanal, eran para la minoría, para personas que pudieran trabajar en los talleres, donde se les ofrecía la oportunidad de educarse y aprender un oficio y, al mismo tiempo, resocializarse y encontrar nuevos horizontes una vez volvieran a estar en libertad. Este era el fin del sistema penitenciario: separar a las personas que vulneraron el orden legal temporalmente y hacer el mayor esfuerzo por resocializarlos. Si bien dicha resocialización a través del estudio y o del trabajo era un derecho, en aquella cárcel había que comprar un cupo o tener un contacto que ayudara a conseguir uno, y a esto se sumaba el inconveniente de adquirir insumos para realizar las actividades.

Por otra parte, estaban los trabajos informales que los mismos internos se inventaban, como los restaurantes improvisados en los patios, peluquerías, lavanderías y cualquier clase de oficio. La falta de control en los registros de descuento de pena por trabajo o estudio se convirtió para algunos directivos y guardianes en una oportunidad más de corrupción. Este era el caso del Gordo, quien según sus registros estudiaba y trabajaba al mismo tiempo, y no descansaba de estas actividades ni los domingos, ni festivos, lo que le había permitido rebajar su pena considerablemente. Todos los que lo conocían se preguntaban ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿qué estudiaba?, ¿en qué

trabajaba? Pero, en realidad, la pregunta debía ser: ¿quién era el corrupto detrás de ese registro?

Víctor, desde el tercer mes de estar recluido en la *Modelo*, logró desarrollar una actividad formal que le permitía descontar tiempo de su pena: se encargaba de notificar comunicados de la parte administrativa del penal a los presos o funcionarios. Era un joven amable, responsable, bien hablado y también ciego, algo que no le impedía desarrollar bien su labor.

El abogado se lo encontraba a diario en los patios, y las veces que Víctor iba a su oficina era para llevar la correspondencia. Desde que se conocieron, al abogado le llamó la atención su gran habilidad para moverse en la cárcel sin la luz de sus ojos. Era asombroso verlo caminar por ese viejo y desbaratado establecimiento que tenía más de un siglo de construido, y al que los años y la falta de mantenimiento lo habían convertido en un conjunto de edificios con escaleras rotas, desportilladas por el uso, pisos irregulares, alcantarillas sin tapas, cables eléctricos colgando de todas partes. Además, estaban los peligros propios de seguridad: en cualquier momento se formaban guerras entre reclusos y, como resultado de ello, había heridos y muertos.

Víctor había pasado toda su reclusión en la *Modelo*, y con los años logró memorizar los pasadizos, en dónde estaban las rejas, los nombres de los guardianes, los peligros latentes por pisos o escaleras rotas y hasta se informaba con anticipación dónde se iba a hacer la siguiente pelea.

En cierta ocasión le advirtió al abogado que tuviera mucho cuidado en el patio dos. Sin embargo, para el doctor era

indispensable pasar ese día por el patio y tuvo que presenciar una pelea de dos hombres, justo en el centro de la cancha de fútbol. Parecía una lucha a muerte de dos perros rabiosos. Nadie se atrevía a separarlos. Por el contrario, los demás presos tiraban al sitio de combate cuchillos, chuzos, bates, para tentarlos a hacer de un enfrentamiento normal, algo sangriento y mortal. Por lo menos mil hombres los animaban a matarse, gritaban eufóricos y apostaban como si fuera una pelea de gallos. Parecía que ese espectáculo desahogaba el odio contenido de los luchadores y del auditorio. Por fortuna, todo terminó pronto y con heridas leves. Solo entonces el abogado recordó que Víctor se lo había advertido.

Victor o el Felicito, como le decían sus compañeros en homenaje al cantante puertorriqueño José Feliciano, se defendía con su bastón improvisado hecho con un palo de escoba, tallado pacientemente con figuras indígenas, entre las que resaltaba un león de montaña con vivos colores, y que tenía sonajeros que avisaban su presencia en los patios, como el sonido que producen los carritos de helados que alegran a los niños. El bastón fue un regalo del Pastor, uno de los artesanos del patio tres, que fue su consuelo y el que logró que desistiera del suicidio en los primeros meses de reclusión. Una tarde, ya casi de noche, el abogado se cruzó con él.

—Hola Víctor, he escuchado de usted en estos pasillos, me gustaría invitarlo un café y que me cuente de su familia.

—Claro. —Asintió y el rostro se le iluminó con una sonrisa.

Mientras caminaban por los pasillos, el abogado pensaba en la turbación que le producían las cuencas oculares vacías y la

cicatriz en medio de las cejas de Víctor. Muchas veces estuvo tentado de regalarle unas gafas oscuras, pero le parecía un atrevimiento de su parte.

Se dirigieron al *Wimpy* más cercano, nombre con el que bautizaron los presos a los restaurantes o cafeterías improvisados en los patios. El abogado le dijo que pidiera lo que quisiera, que era su invitado. Se animó por un chocolate con buñuelo y empezó a contarle su historia.

—Yo soy de una tierrita que tiene un pueblo pequeñito en las entrañas de la cordillera boyacense, se llama Socha. Es uno de esos pueblitos tradicionales, con cuatro grandes palmeras en el parque principal, donde está la iglesia decorada con piedra pulida y una torre con una gran campana del siglo pasado y el reloj que se paró marcando diez minutos para las siete, la hora del último ataque guerrillero que terminó con medio pueblo. —Levantó su cabeza con amague de ver las estrellas. Con sus palabras, iba pintando el pueblo. El abogado se sentía trasladado al parque municipal, casi como si estuviera caminando por sus calles—. Hijuemadre, yo me escapé del trabajo mejor pagado del pueblo en las minas de carbón. —Se lamentó—. No quería vivir toda mi juventud enterrado en la montaña. Eso es muy berraco, siempre me ha gustado cultivar la tierra, criar animales, ordeñar. Salí de mi pueblo porque uno anda apretado, no le dan resuello. Llegué a otro pueblo cerca de Bogotá, Funza, qué hijuemadre frío —exclamó—, necesita uno andar enruanado todo el tiempo. No me fui solo, me fui con mi mujer. Con esa nos conocimos en la única escuela que existía en el pueblo y fue el amorcito de siempre. Es blanquita

y ojiverde. Yo madrugaba todos los días. En esa época era menester cultivar papa y maíz. Solo me jartaba una aguapanela con pan y aguantaba hasta las seis de la tarde que llegaba al rancho por algo más de comer —expresó con orgullo y, como si no hubiera comido en varios días, de dos bocados terminó el buñuelo y el chocolate—. Yo era como una bestia más en el campo, como uno de esos bueyes que se usan para labrar la tierra y a duras penas tomaba agua durante mi jornada.

Mientras hablaba, mostraba sus manos con las huellas del azadón, costras de callos, como piel de cocodrilo, que lo certificaban como un trabajador de la tierra. El abogado lo había notado desde el primer día, cuando se dieron la mano y la sintió áspera como una lija.

—¿Cómo llegaste acá?

—Para uno de campesino, el escape de la vida tan dura es echarse unas cervezas el domingo. En una de esas, cuando estaba jartando con un compadre y otros vecinos, entre la tomadera y los chistes escuché unos comentarios de mi chinita que no me gustaron: que me estaba faltoneando con el Nacho, un socio de unos cultivos de papa. En ese momento no le puse mucho cuidado, pero me quedé con ese veneno por dentro. —Golpeó con rabia la mesa, su bastón que cayó debajo, y continuó—. Una mañana madrugué a fumigar un cultivo, pero me devolví más temprano para el ranchito a sacarme la duda de la cabeza. Llevaba dos semanas con ese tema en el tuste, no podía dormir bien y tenía que sacarme esa güevonada. Cuando llegué todo parecía normal; yo vivía en una finca en arriendo. Primero estaba la casa del patrón, que no vivía

ahí y en la parte de atrás estaba mi ranchito. Cuando arrimé, el portón estaba abierto. Entré sin hacer mucho ruido, llegué a la casa del patrón, escuchaba el ruido del campo, todo normalito. Continué al ranchito y cuando me acerqué escuché voces y risas, y faltaban solo unos pocos pasos para confirmar si mi mujer me estaba jodiendo. Me atisé por la ventana rota, y pude ver a mi mujer con el Nacho. Estaban en el patio, no los vi haciendo nada raro, pero sí estaban muy junticos. Los enfrenté y el hijuemadre se me enfrentó como gallo fino y eso sí que me emberracó. No negó nada, nos insultamos y nos dimos en la jeta, pero ese güevón se me voló a otra finca, pasó entre la alambrada como un conejo. Éramos vecinos. ¡Ah!, yo estaba envenenado, la chinita me decía que me calmara, pero quería matar y comer del muerto. Busqué la escopeta que dejó el patrón y me fui a buscarlo. Lo encontré como si nada hubiera pasado, y antes se burló de mí. Cuando estaba cargando la escopeta se me botó encima, nos revolcamos con la escopeta y entre empujones y esa brega le disparé. —Se pasó sus manos por la cabeza y con desespero en los orificios oculares—. La cagué, doctor —gritó y movió su cabeza a lado y lado para escuchar si había algún chismoso escuchando—, pero no solo le di a ese hijuemadre, que lo atravesé, sino que el tiro también me jodió a mí, los perdigones también me entraron por la jeta y me jodieron los ojos.

»El Nacho no solo me robó a mi mujer, me jodió la vida para siempre. —Ambos se quedaron un buen rato en silencio. Mientras Víctor asimilaba nuevamente su historia, el abogado se recuperaba del impacto de lo que escuchaba—. Lo más berraco

es que después del tiro quedamos los dos abrazados, como hermanitos. Podía sentir que los chorros de sangre corrían por todos lados junto con ese puto olor a pólvora. —Como si tuviera hormigas en la nariz, se la rascaba con desesperación—. Yo no tenía ningún dolor, doctor, me había sacado los ojos y no sentía ni mierda. Desde ese día solo tinieblas. Al rato llegó mi mujer gritando, daba alaridos de perro herido, me gritaba que qué había hecho. Nos separó, me quitó la escopeta para que no lo volviera a matar y salió corriendo a pedir ayuda. La ayuda llegó casi a la hora. La policía nos recogió en el planchón de una patrulla y nos llevó al centro de salud. El Nacho llegó muerto. Esa patrulla se demoró mucho. Yo no estaba tan jodido, a mí me trasladaron a un hospital en Bogotá, y pensé hasta en volarme. Pero, ¿cómo?, no podía ni ir solo al baño, estaba atrapado en esta oscuridad, parecía como un niño, no podía hacer nada. Apenas me ubicaba hasta donde llegaban mis manos. Me tocó resignarme a lo que venía; ya la había cagado.

»Pasé dos meses en el hospital, donde me dieron la orden de captura y me trasladaron para la enfermería de este abismo, hasta que me sacaron y empezó lo duro: no tenía una celda, tenía que pagar para dormir en el piso del pasillo, ubicarme en este laberinto, cambiar el sonido del campo por esta gritería. No tenía ni idea de dónde estaba. No falta el que le da a uno la mano, pero acá es sálvese quien pueda, y ahí voy. Por suerte se me apareció la virgencita —agachó la cabeza y se persignó—, la doctorcita Libia, la trabajadora social, que desde el principio me ha ayudado. Ella me cuenta que tiene

un hijo que nació ciego, y por eso es tan buena conmigo. Desde que llegué me visitó en la enfermería. Dos veces me intenté matar. En una me colgué de una tubería pero la rompí y quedé todo cagado. También me corté las venas, pero me corté donde no era. —Se rio de su propia desgracia—. Ella siempre me aconsejó, fue la que me ayudó a conseguir el trabajo en la parte administrativa. Así me consigo unos pesos para sobrevivir, estoy ocupado y puedo ayudar a mis compañeros con mandados.

»Doctor, con el tiempo he comprendido que yo quedé atrapado en esta oscuridad antes de matar al Nacho. Yo quedé ciego desde que escuché las risas en el rancho. Me imaginé de todo. Mentiras, desde antes, desde ese domingo en la tienda que mis supuestos amigos colocaron ese veneno en mi cabeza. Esa tarde empecé a perder la razón, incluso perdí la memoria. Esos días olvidé que Nacho había sido mi socio, mi compañero de pesca, incluso fue el que me ayudó a buscar el ranchito que teníamos, y, al contrario, cada vez que estábamos los tres, me imaginaba que me la estaban jugando.

—¿Qué dice su señora de todo esto? —preguntó el abogado.

—Ella me insiste que la embarré, que fueron mis celos, que ella no había hecho nada, que eran solo amigos, que los celos me la jugaron otra vez. Pero algo así ya había pasado: la otra vez me volví loco por celos y durante meses la seguí a todas partes, todos eran sus mozos, pero eso sí eran celos. Ahora no sé, tengo mis dudas, lo cierto es que la chinita no me perdona.

—¿Qué pasó con ella?

—Doctor, no solo me jodí, sino que la jodí a ella: la sacaron del pueblo casi a patadas como si fuera una callejera. Todo el

mundo la culpa. Ahora vive con los viejos y también la tratan mal. Ella siempre me ha dicho que no hizo nada, me visita todavía, menos frecuente, pero me echa toda la culpa, todo por los putos celos. —En un impulso buscó desesperado su bastón debajo de la mesa, se levantó, se despidió y en segundos atravesó el patio casi vacío.

Mente perversa



En la fila para ingresar a la capilla, un miércoles de ceniza, el abogado se encontró con un hombre que se presentó como el médico Cauca. Se veía hiperactivo, servicial, con aires de líder y parecía ser buen conversador. Había estado atento a la llegada al patio tres de cualquier funcionario para saludarlo y entablar conversación sin tema fijo. Con ellos nunca pedía asesoría sobre la causa judicial que lo llevó a la cárcel. Ya estaba condenado a la máxima pena, que para esa época eran sesenta años.

Este profesional de la salud, siempre pulcramente vestido, generalmente tenía las manos blancas y muy bien cuidadas cruzadas en su espalda y con una postura encorvada. Lo único que no encajaba con su figura era el cabello: limpio, aunque descuidado, abundante y puntiagudo. Así mismo eran las cejas y el bigote. Tenía ojos rasgados, nariz chata, labios gruesos y caídos, y unas orejas que anunciaban su presencia en cualquier lado.

Como nunca le hizo consulta de su caso, el abogado no le preguntaba por él. Sin embargo, un día, y sin estar preguntando, el Lagrimón, un colega del médico, lo puso al tanto del caso. Le dijo que estaba condenado por el asesinato de su hermana, que además era una niña. El abogado no pudo más que taparse el rostro con las manos por el asombro que sintió al saber de repente que esa persona con la que había hablado de tantos temas y durante varios meses y que lo visitaba frecuentemente en la oficina, estaba preso por semejante delito. No podía creerlo. Entre esas rejas siempre se encontraba sorpresas que, además, casi nunca le eran gratas.

Antes de conocer el detalle del delito, y ante los rumores permanentes sobre la mente perversa del médico Cauca, el abogado se puso en la tarea de averiguar con otros internos del patio quién era en verdad ese personaje, para no quedarse solo con la versión que le había contado el Lagrimón.

El patio tres, con las comodidades de huéspedes de clase media, generalmente empresarios, empleados bancarios y profesionales de todas las áreas del conocimiento y distintas nacionalidades, tenía celdas que compartían máximo dos per-

sonas, a diferencia de la mayoría del penal, donde reinaba el hacinamiento. Este lugar solo era superado en comodidad y lujo por las edificaciones destinadas al narcotráfico, a funcionarios corruptos o a delitos de cuello blanco. El patio del médico Cauca, por el nivel económico y de preparación académica de las personas que lo habitaban, tenía un ambiente menos tenso que el resto del penal. Había pocas personas, casi todas bien vestidas y perfumadas. No se observaba el desorden de la mayoría de los patios y tenía una gran variedad de restaurantes o caspetes distribuidos en el patio. Entre ellos destacaba el Sabor Costeño y el Restaurante Alemán, propiedad de un europeo que llevaba más de una década pagando su condena por narcotráfico. Hacía unos años había compartido celda con el médico, solo por un par de meses, y, según él, fue una tortura, pero prefería no dar detalles de su experiencia. Decía que en ese sitio solo podía hablar de cocina porque era mejor para su salud.

El Médico Cauca llevaba dos meses sin compañero de celda, situación muy extraña en un patio tan apetecido. Se rumoraba que la mayoría de los internos que lograron llegar a ese patio tuvieron que cumplir dos requisitos indispensables: gozar de una buena influencia política con la directiva de la cárcel, y pagar sumas superiores a los veinte millones de pesos. Entonces, ¿por qué dos meses sin compañero?, ¿por qué a la celda del médico Cauca la conocían como «el pasa día y gana doble»? Los mismos requisitos y esfuerzos que hacían los internos para llegar al patio, tenían que hacerlos para dejar de ser compañeros del médico. Todos temían salir muertos o

locos. Generalmente, los compañeros de celda que se atrevían a contar su historia pedían desesperados el traslado, incluso algunos habían preferido moverse a patios peligrosos como el uno y el dos.

El abogado pudo encontrar a uno de los excompañeros de celda: Damuel, un piloto de aeronaves comerciales capturado por el delito de narcotráfico. Un día se reunieron en su celda para hablar.

—¿Qué pasó entre el Médico Cauca y usted?

—No quisiera recordarlo —respondió con el rostro hundido entre las manos. Después, ansioso, recogió un libro de un rincón para zarandearlo como abanico.

El abogado le insistió a Damuel para que respondiera.

—Fueron unos cuantos meses con el doctor. Al principio, el tema de conversación era sobre los métodos que había estudiado para escaparse de la cárcel. Había intentado algunos, pero los guardianes lo tenían en la mira y no lo descuidaban un segundo. En medio de su extraña personalidad todo iba bien.

—¿Por qué extraña?

—Es un hombre culto y habla de muchas cosas con soltura, pero cambia repentinamente, pasa de ser muy hablador al silencio total por varias semanas, y sin saberse por qué. En un momento está alegre, al otro no le gusta nada. En ocasiones solo te observa durante días, se aprende tu rutina hasta los mínimos detalles, te anticipa todo lo que vas hacer y lo repite en voz alta, hablando para el mismo y con la mirada perdida, y eso causa escalofríos, doctor. Yo me escondía en mis libros —

apuntó a la montaña de libros al costado de su cama—, y esto tampoco le gustó. Necesitaba tener la luz encendida hasta altas horas de la noche y eso lo enfurecía. Generaba discusiones. Pero, en fin, teníamos que convivir. Pensé que todo ya se había solucionado y seguí con mi rutina. Sin embargo, una noche llegué tarde a leer, como de costumbre, y al encender el bombillo, explotó. Lo vi como algo normal y coincidente con nuestras discusiones de los días anteriores, pero la rutina continuó.

—¿Y qué pasó después? —preguntó el abogado con ansias.

—A los pocos días me visitó mi hermana y un sobrino, y tampoco le gustó. Nunca le conocí una visita que no fuera la de su abogado. Es un hombre muy solitario. Solo se acerca a funcionarios y presos con poder de los que sabe que puede sacar provecho. Incluso se metió a la Mesa de Trabajo para buscar reconocimiento y favores. Mi hermana me regaló un asador, esa misma tarde lo estrené y otra vez el Médico Cauca se molestó porque supuestamente el humo entraba a la celda y lo afectaba. Esta vez la discusión fue más agresiva —dijo, tirando sobre la cama el libro que tenía en la mano—. Días después de la discusión, nunca lo olvidaré, saqué mi asador y, al conectarlo, explotó, ¡qué coincidencia! —dijo irónicamente e hizo una mueca—. Esto y otros acontecimientos me mostraron que mientras yo sobrellevaba esto, el doctorcito aprendía electricidad para hacer el mal. Efectivamente cuando no estaba en mi celda, el medico dañaba mis electrodomésticos y luego, cuando yo los quería usar, explotaban. Es maquiavélico, un personaje caprichoso que, para lograr sus fines, es capaz de cualquier cosa. Imagínese, esperar que me fuera de la celda

para esculcar mis cosas, paciente y metódico para desbaratar mis electrodomésticos y hacerles cortos circuitos para destruirlos. Estos son solo dos ejemplos, pero la tercera vez que sucedió supe que no era coincidencia, conocí sus alcances, métodos y consecuencias.

—Entonces, ¿usted qué hizo?

—En primer lugar, pedir traslado de celda, y sin hacer mucho ruido; conocía sus alcances. Lo peor es que los que gestionan el traslado saben de la situación y se aprovechan de nuestra desesperación para cobrarnos incluso más de lo que nos costó llegar al patio.

—¿Qué pasó después?

—A partir de esa fecha y mientras viví con él, empecé a cuidarme todo el tiempo, temía por mi vida, podía electrocutarme, envenenarme o mandarme a matar, por eso tomé todas las medidas de precaución. A ese loco le tenía mucho miedo, era diabólico.

—¿Qué medidas tomó?

—Me tocó dejar de comer en la celda, guardar bajo llave todas mis cosas, especialmente la comida y los electrodomésticos, revisar cuidadosamente mi cama todos los días antes de descansar y dormir con un ojo abierto. —Por un momento relajó su rostro y sonrió tímidamente.

—¿Por qué delito está el médico aquí?

—¿No lo sabe, doctor? —preguntó sorprendido—. Salió en todos los medios de comunicación. Todo fue por una herencia maldita. El papá les dejó una herencia multimillonaria a los hermanos Cauca, pero apareció otra heredera, una niña

de nueve años. Tenían que repartir todo ese dinero con esa desconocida. Además, encontraron que el padre le había dado una casa y un carro. Esto despertó la ira de los hermanos y decidieron asesinarla. La niña se trasladaba a su colegio en compañía de su madre y un sicario las asesinó a las dos. A las pocas cuerdas lo agarraron y lo delató. La hermana del médico alcanzó a huir y a Cauca lo arrestaron mientras hacía una consulta pediátrica, porque esa era su especialidad.

»Es increíble —dijo mirando a los ojos al abogado—, que dos personas de familias prestigiosas, con formación académica en las mejores universidades, incluso un pediatra, tengan corazón para matar a una niña inocente por una herencia.

Con el tiempo, el abogado pudo verificar que los compañeros de celda del médico Cauca no duraban mucho, todos pedían cambio rápidamente. Poco a poco se fue convenciendo de que existía una maldad en el médico. Al día siguiente, el abogado se armó de valor y entró a la celda del médico con la intención de que le contara su historia.

—Siga a ver si dejan de hablar tanta basura de mí —exclamó con una actitud hostil—. Soy de una de las familias más importantes de este país. Mi hermana y yo estudiamos en las mejores universidades de Colombia. Mi padre se murió debido a su edad y nos dejó una fortuna de cinco mil millones de pesos, fruto de su esfuerzo y nuestro sacrificio. —Se levantó de la cama, y a pesar de ser las diez de la mañana, sirvió un *whisky*—. Semanas antes de su muerte apareció de la nada una desconocida, ¡dizque su hija! Puro cuento. Eso fue que se aprovecharon de mi papá, ya estaba muy viejo y le metie-

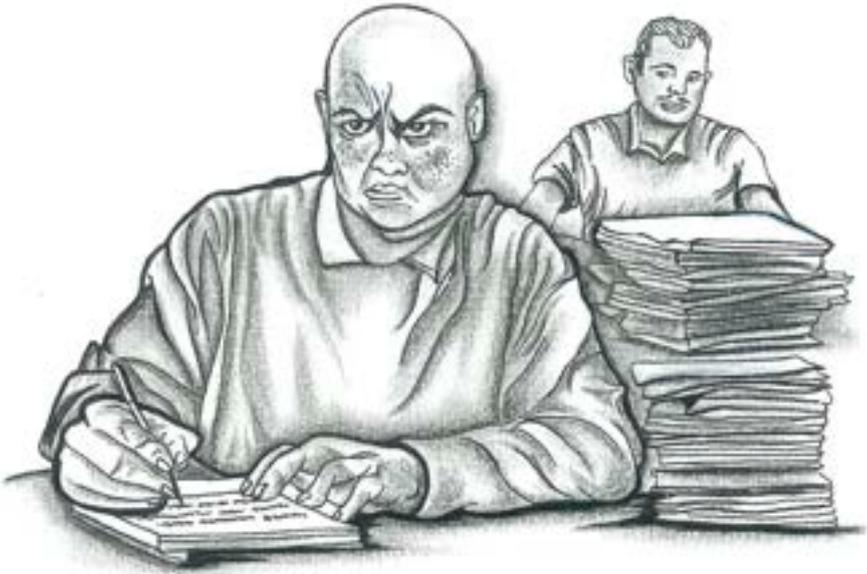
ron esa niñita de nueve años. A qué hora, con qué tiempo, con qué energía. —Se levantó apresurado y, por tercera vez, verificó que la puerta de su celda estuviera bien cerrada—. Nos enteramos de que lo enredaron, de que le estaban sacando plata hace rato, de nuestra fortuna, y que pusieron al viejo a pagar colegio de esa niña, que le habían sacado una casa y un carro. En varias ocasiones hablamos con él, lo tenían embrujado. Mi hermana, que es psicóloga, habló con la señora. Tenía la misma edad mía. Luego nos dimos cuenta de que era una vividora, que había engatusado a mi papá. Con seguridad la niña era de otro pendejo y se lo metió a mi papá. Le ofrecimos que se quedara con lo que ya le había robado y que no jodiera más, pero ella insistía en sacarnos más plata, hasta nos puso abogado. —Se levantó de nuevo a servirse otro *whisky* y aprovechó para revisar por cuarta vez que la puerta estuviera bien asegurada. El abogado comenzaba a sentirse nervioso—. Tanta preocupación mató a mi papá. Esa hijueputa, la mamá de la niña, lo mató con tanta acosadera. —De un trago se tomó el *whisky* que acababa de servir—. Apenas lo enterramos ya nos estaba llamando. La verdad, doctor, no pudimos soportar tanta presión. Le habíamos hablado de todas las maneras posibles, pero esa señora no entendía. Nos tocó tomar medidas más drásticas. Solo queríamos que asustaran a la señora, pero el güevón que contratamos se asustó y las mató. La culpa fue de él. Nosotros no queríamos que las mataran y menos a esa niña que no tenía la culpa. Pero él, para ganar favores de la justicia, nos aventó y estamos pagando justos por pecadores. —Por

unos segundos se quedó pensativo y silencioso—. Se lo buscaron. Nosotros no queríamos más problemas.

El abogado sintió un escalofrío por su cuerpo al saber que estaba sentado al lado de una persona con tanta ambición y sangre fría.

—Estoy pagando la máxima pena y la maldita de mi hermana quedó libre, se fugó.

Matamata



En la cárcel había delincuentes de oficio que, desde muy jóvenes, incluso desde niños, se habían dedicado al hurto, al sicariato y hasta al secuestro. Casi siempre provenían de ambientes sociales y familias con generaciones completas dedicadas al delito. Ese oficio era su manera de sobrevivir, de mantener una condición social y de cuidar a sus familias. Estas personas generalmente tenían una trayectoria delin cuencial con varias entradas a las cárceles. Ya conocían el sistema judicial corrupto e, incluso, algunos de ellos tenían

la empresa criminal tan organizada, que contemplaban un rubro, fruto de su delinquir, para cubrir los costos en caso de ser capturados, desde una buena defensa judicial, pago de sobornos a funcionarios corruptos, ya fueran policías, fiscales o jueces, compra de testigos, amenazas o asesinato a los denunciados y, por supuesto, los costos para pagar unas comodidades aceptables en la reclusión: una ubicación en el patio de su preferencia, una celda cómoda, seguridad personal, buena comida, alcohol, drogas, mujeres, armas, en fin, todo lo inimaginable.

Una tarde, el abogado iba a conocer el ejemplo viviente de dos personas que representaban al criminal de oficio y al ocasional. Al interior de la cárcel, en los pasillos que comunicaban el patio uno con el patio dos, vio una oficina iluminada, de paredes blancas, dos escritorios y muchos documentos. Él imaginó que pertenecía a funcionarios de la parte administrativa del penal. De allí salió una voz grave, fuerte e intimidante. El abogado se asomó, saludó y se presentó. Encontró al pie de uno de los escritorios a un hombre fornido, gordo, de piel pálida, casi amarilla, marcada por un acné de juventud que dejó cráteres en todo su rostro. Se llamaba Rafael y era conocido como el tinterillo Matamata. En el otro escritorio un poco más modesto, estaba un joven no mayor de diecinueve años, Lucho, que hacía la labor de secretario del Matamata. Rafael saludó al abogado amablemente, dijo ser el defensor de los internos más necesitados del penal y salió apresurado a entregar unos documentos en uno de los patios, no sin antes alardear de su conocimiento de las leyes,

de la jurisprudencia, del código penal y de su experiencia con la defensa judicial.

—Siga, doctor, y espera al doctor Rafael —dijo Lucho.

—¡Esta oficina es de la parte administrativa! —El abogado lo daba por hecho—. ¿Qué hacen acá?, ¿cuál es la función del doctor Rafael? —preguntó.

—No, doctor, el doctor Rafael y yo estamos presos.

Nuevamente la prisión le daba una sorpresa al abogado; su oficina no tenía ni la mitad de estas comodidades.

—¿A qué se dedican ustedes, Lucho?

—Al doctor Rafael le vendieron esta oficina para litigar desde hace años, antes de que yo diera a parar acá.

—¿Le vendieron? —Este era un ejemplo de lo que se podía hacer en la prisión, ¡hasta comprar una oficina! —¡Ah!, entonces Rafael es abogado.

—No, mi doctor, es un tinterillo, lo conocen como Matamata por sus actividades en la calle. Lleva años pagando cana y de tanto leer el código penal para su caso, se cree abogado y ahora hace memorandos, tutelas, recursos para los internos más jodidos. Yo también estoy aprendiendo.

—¿Cuánto tiempo lleva preso Rafael? —preguntó el abogado mientras pensaba en el descuido del gobierno con las cárceles.

—Lleva como diez años recorriendo todas las cárceles de Colombia. Matamata es muy conocido.

—¿El Matamata? —interrumpió el abogado.

—Espere, doctor, le voy contando. Él es un hombre muy famoso por estos lados, ha sido policía, sicario y lavaperros de Pablo Escobar.

—¿Y qué es un lavaperros?

—Son los que hacen los mandados de los duros.

—¿Qué mandados? —Siguió preguntando. Estaba ingresando a un mundo desconocido que tenía su propio lenguaje.

—Ellos tienen que hacer todo lo que diga el patrón, desde hacer inteligencia a los enemigos, conseguir placeres para el jefe, secuestros y hasta vainas más sucias. El Matamata trabajaba para Pablo Escobar desde muy joven, desde que era policía. Bueno, unos días trabajaba de policía y otros de matón de sus compañeros. Pagaban un millón de pesos por cabeza de policía, según cuenta. Su primer trabajo para Pablo fue en un ataque a una estación de policía que dejó varios muertos y heridos, y así se ganó su primera visita a la cárcel. Después de que lo echaron de la policía se volvió el sádico de Pablo Escobar. Aprendió todas las técnicas para soltarle la lengua a los enemigos del patrón. Se volvió muelero.

—¿Muelero?

—Sí, les arrancaba las muelas a los *pacientes*, los electrocutaba, les cortaba los dedos, las orejas, dependiendo de lo que necesitaran sacar. Después fue cocinero —dijo, burlonamente, tal vez por la cara de terror del abogado.

—¿Cocinero?

—Sí, doctor, cocinaba a la gente, vivos y muertos. Vivos para sacarles la información y muertos para desaparecer los cuerpos en ácido. —El abogado intentaba hacerse con una imagen del rostro de Matamata. Ahora comprendía el porqué de su alias.

—También le jaló a la zootecnia.

—¿Zoo qué? —preguntó, pero no quería conocer la respuesta. Mientras tanto, Lucho perdía la inocencia de su rostro a medida que avanzaba en el macabro relato.

—En ocasiones, usan métodos más sangrientos, pero no se quieren ensuciar las manos. Cuando Matamata trabajaba para la competencia, los empresarios caleños, administraba los tigres de Bengala.

—¿Tigres de verdad?

—Sí, en serio, doctor, tigres. Allí paraban todos los enemigos, les sacaban información y los desaparecían. Pero se trajo esa técnica para donde el patrón, y además de tigres tenían cocodrilos.

—¡Que brutalidad! —dijo el abogado espontáneamente.

—Matamata es muy recorrido. También fue el matón de paramilitares, y por un tiempo fue pastor en la cárcel, por eso es que es tan carretudo. Y ahora anda es de tinterillo.

—¡Muy recursivo Rafael! —respondió el abogado con ironía—. Y de todos esos delitos, ¿cuál está pagando?

—Pues pagando, pagando... —Dudó—. Doctor, él acá sigue mandando. Lo respetan porque trabajó con el patrón. Hizo billete para pagar una celda para él solo, además compró la oficina, y ahora hace parte de la Mesa de los Derechos Humanos.

Lucho era apenas un adolescente con bigote incipiente y tres pelos en el mentón. A pesar de su edad, eran notorias las entradas en su frente que no correspondían con la cara de niño. Tenía una sonrisa permanente que generaba mucha confianza. Tras la conversación, se levantó apresurado. Iba de de una esquina a otra hasta que encontró una carpeta plástica llena de

documentos que, ansioso, tiró sobre el escritorio, los esparció en el poco espacio que quedaba y empezó a hacer preguntas de su caso. Se pasaba las manos por el mentón y se acariciaba los pocos pelos que tenía. Se halaba con ansiedad el bigote y seguía preguntando. El abogado lo invitó a que se sentara, tomara agua y empezara por contarle su delito.

—Perdón, doctor, por aquí me paso todo el día escuchando los problemas de todos, pero hace meses que no tengo un abogado que me revise mi caso. Por eso quiero abusar de usted, si me puede escuchar, ¿qué me aconseja?

—¡Por supuesto! Pero prefiero escucharlo en mi oficina. —Lucho, afanado, recogió sus documentos y en la oficina empezaron la revisión de su causa.

—Doctor, todo empezó en la celebración de mis dieciocho. Mis cuchos y mi hermanito me partieron una torta y quedé despachado. Mis parceros, el Rolo, Chuchinga y Juaco, querían gastarme una pola y salimos en busca de aventura al centro de Bogotá. Primero nos metimos en una cantina. Planeamos lo que íbamos a hacer después de graduarnos de bachiller, en dónde podíamos trabajar, hablamos de viejas y salimos a buscar otro chuzo. Las calles estaban muy solas y oscuras, pero estábamos muy contentos. Yo era el primero en llegar a la mayoría de edad. Uno siempre piensa que a partir de ese día muchas cosas cambian. —Mientras hablaba, buscaba en la carpeta algún documento con desespero—. Estos son mis parceros, doctor. —Le mostró al abogado una foto de sus amigos con uniforme escolar: Lucho en el centro, abrazados y sonrientes en un potrero, y al fondo se observaba una portería

de fútbol—. Es en el barrio, doctor. Ese día fue la cagada. Nos pegaron una goleada. Nos volamos del colegio, nos pillaron y terminamos con una juetera. —Le brillaron los ojos y guardó la foto entre los documentos—. La misma noche de mi cumpleaños llegamos a un bar gay, la verdad, nos dimos cuenta después de un rato. Tenía luces y buena música, había mucha gente, la mayoría hombres.

»Nos hicimos en la barra, pedimos una pola y con ésa nos íbamos, no teníamos más billete. Seguimos riéndonos y cuando estábamos a punto de irnos, nos llegó una cerveza, invitada por un mancito que estaba cerca de nosotros, un señor alto, más calvo que yo. —Se pasó la mano por las entradas y sonrió—, bien vestido y muy amable. Se acercó, nos puso charla y nos invitó a más cervezas. Nos contó que era abogado, que trabajaba en el centro y que le diéramos nuestros números telefónicos para invitarnos otro día. Al rato salimos para el barrio.

»Al otro día, nos encontramos en el colegio, recordamos el maricón que nos gastó, y Chuchinga, que cumplía sus dieciocho a los ocho días, propuso que lo llamáramos para vernos en el bar y tomar más cerveza gratis. Y así fue, llamamos a este tipo, pero nos invitó a su apartamento. Era en el norte de la ciudad, un apartamentazo, todo de lujo. El man gastaba parejo, pidió comida y volvimos otras dos veces. Ese man le había echado el ojo al Juaco. —Lucho volvió a revolver los documentos y sacó una hoja a blanco y negro en donde se observaba el apartamento. Era evidente que el documento hacía parte del proceso judicial.

—¿Y qué pasó? —preguntó el abogado.

—El Chuchinga, que es una caspa, nos propuso que robáramos al abogado. Al principio lo dudamos. Sin embargo, nos quedamos con la espina y empezamos a planearlo. El Chuchinga ya había robado un par de maletas de compañeros, pero nada más y nosotros sanos. No teníamos armas, pero el Rolo tenía un hermano en el CTI que tenía prendas de la Fiscalía y un arma de dotación. Pensamos en llevarnos el arma, encañonarlo y atracarlo. —Por un momento dudó en continuar su historia. Sin embargo, siguió hablando—. A los días, lo llamamos, nos invitó y nos fuimos con todo. Pero primero nos tomamos unas polas. Ese día el man estaba cariñoso con el Juaco, nos ofreció licor y al rato se lo llevó para la pieza. Mientras tanto con el Chuchinga y el Rolo nos alistamos para robarlo. Nos llenamos de valor y le caímos en la pieza, ya estaba en calzoncillos y el Juaco lo tenía en la cama. Como yo era el mayor, me dieron el revolver. Entré de una y lo encañoné. Me temblaban las manos y sudaba a chorros. El man quedó pálido, de una levantó las manos. Se me fue el calor del cuerpo, lo miré fijamente y mientras le decía que lo íbamos a robar, no se sabía quién estaba más nervioso. Lo que no sabíamos es que el man había pedido un domicilio y sonó el citófono. Yo me asusté, era un inexperto. El abogado hizo el amague de moverse y se me fue el tiro, en el pecho se lo pegué. De una lo muñequié. —Suspiró profundo, bajó la mirada y le dio un ataque de arrancarse el bigote.

—¿Lo muñequió? —El abogado no entendía el término.

—Sí, doctor, maté a ese güevón. —Al rato continuó la historia. Por unos minutos su mirada estuvo perdida.

—El Chuchinga, más sangre fría, contestó el citófono y recibió el pedido. Mientras el Rolo y yo le esculcábamos el pantalón y le sacábamos la plata y las tarjetas bancarias de la billetera, el Juaco se puso a llorar. Como el abogado estaba casi desnudo, lo cubría la sangre que le salía del pecho. Quedó con los ojos abiertos, como viendo lo que pasaba y como con ganas de hablar. Estábamos como locos. Corríamos por todo el apartamento, no sabíamos qué hacer. Pensábamos que en cualquier momento subiría el guarda de seguridad del edificio por el sonido del disparo. Aunque tal vez la música, que estaba a alto volumen, lo disimuló. El Juaco, que estaba muy nervioso, se fue calmando y salimos intentando disimular todo lo que acababa de pasar.

—Y ¿cómo los atraparon?

—Al otro día no fuimos al colegio. Nos reunimos en el parque, contamos la plata, la repartimos y el Chuchinga se quedó con las tarjetas. La primera semana no pasó nada raro. Pero fuimos unos idiotas y a los pocos días estábamos comprando botellas de trago con las tarjetas de crédito del abogado, que habían sido denunciadas junto con el homicidio. Todavía me pregunto cómo fue que no pensamos en eso. A través de las cámaras de seguridad nos identificaron y al poco tiempo nos capturaron. Como el Chuchinga y yo éramos mayores de edad, nos tocó la cárcel. Al Chuchinga lo enviaron a la prisión del Barne y al Rolo y al Juaco a una de menores. Ellos ya están por fuera, no pagaron ni un año. En cambio, a nosotros nos dieron doscientos setenta meses por ese muñeco.

—¿Está arrepentido?

—Claro, doctor. Todo lo que tenía planeado se jodió por unos tragos, por tener algo de emoción, por las locuras del Chuchinga. Mis viejos tenían mucha ilusión. Les tocó duro para pagarme el bachillerato. Mi hermanito quedó traumatizado y, en últimas, ese man tampoco merecía que lo matáramos. Fue una locura de inmadurez.

—Pero, ¿cuál es el motivo de su consulta?

—Doctor, quería preguntarle si me deja ser su secretario.

Oñate



En la cárcel había un lugar que ni siquiera parecía un patio. Sin embargo, era conocido como el patio cuatro. Un lugar improvisado para los excluidos de la cárcel: personas rechazadas en la sociedad y también repudiados por sus compañeros de prisión. Ellos, generalmente, cumplían con una de estas dos condiciones: haber cometido delitos graves de violencia sexual contra niños, mujeres o personas mayores —algunos casos sobredimensionados por los medios de comunicación—, o ser de los pobres entre los pobres, como habitantes de calle,

travestis, drogadictos o inestables mentales. Insólitamente, los habitantes de los otros patios, muchos judicializados por delitos atroces contra la vida, la salud y el patrimonio público, se habían convertido en paladines de la moral, en jueces de aquellos con los que compartían su misma privación de la libertad, y los rechazaban y amenazaban. Debían entonces estar separados del resto, aislados en el patio cuatro, para evitar que fueran asesinados. Esta era la regla del presidio.

Los reclusos en Aislados, inicialmente llegaban a los patios uno o dos por su condición: no traían consigo un plato, ni cobija, mucho menos dinero. Para sobrevivir algunos de ellos robaban a sus compañeros. Además, no tenían cómo pagarle a los caciques el derecho a dormir en una celda o en el pasillo o en el baño. El comportamiento de estas personas generaba conflictos entre los internos y eran golpeados frecuentemente, hasta que les llegaba la amenaza de muerte y eran trasladados a Aislados.

El improvisado Aislados estaba ubicado en un rincón del primer piso del pabellón cuatro. Allí había celdas y un patio que comunicaba con todo el edificio. El lugar era utilizado para que los internos pudieran tomar el sol y, a su vez, como basurero, no solo del patio cuatro, sino de todos los demás pisos.

La penitenciaría carecía de servicio eficiente de recolección de basuras, los baños públicos eran escasos y la mayoría no funcionaban. Los reclusos hacían sus necesidades en bolsas plásticas que iban a parar al pabellón de Aislados junto con los demás desechos. Los presos allí, vivían, literalmente, en la

basura de la cárcel, acompañados en su deplorable subsistir por ratas e insectos. Estaban separados del resto del centro carcelario, arrojados a su propia suerte; desconocían por completo sus procesos judiciales y no tenían defensa judicial, ni tenían visitas.

La celebración del día de las Mercedes –día nacional del recluso– era un día festivo en la reclusión. La dirección permitía la entrega de regalos para algunos internos, los grupos musicales conformados por los mismos reclusos llevaban alegría a diferentes patios y se promovían encuentros deportivos. En la parte trasera de la cárcel, donde estaba la cancha de fútbol, solía escucharse una gran algarabía. Pero esta vez no era por la presencia de la guardia o por un motín, ni por un nuevo asesinato, sino porque acababa de empatarle el equipo internacional del *Resto del mundo*, conformado por presidiarios de todas las nacionalidades, al equipo nacional de los *Malosos*, liderado por el famoso arquero de la selección nacional. La mitad de los asistentes saltaban, se reían y se abrazaban, olvidando por un momento sus enemistades. La otra mitad lanzaba puños, patadas y palabras soeces al aire.

En medio del bullicio, Víctor le habló al abogado al oído.

–Doctor ¿quién metió, quién metió el gol? –decía mientras sacudía el codo del abogado.

–El Resto del mundo –contestó.

–¡Gooooool!, ¡gracias, diosito!, ¡gooooool! –gritaba Víctor, saltando y amenazando romper una cabeza con su bastón.

En medio del partido, los caciques de los patios uno y dos, el Gordo y el Tripas, discutían a gritos en unas tribunas im-

provisadas sobre la legalidad del gol. El Negro, que hacía de árbitro, mediaba para que no pasara a mayores.

Después de la emoción y del pitazo del árbitro, que concluía preliminarmente dos a dos el primer tiempo de la final del campeonato *Inter patios la Modelo*, y mientras pasaban los quince minutos de intermedio del partido, el abogado le preguntó a Víctor:

—¿Por qué apoyas tanto al Resto del mundo?

—El Ruso, el goleador, es amigo mío. Me dio la mano cuando llegué, estaba en la enfermería conmigo, había llegado apuñaleado porque no había pagado una deuda.

—¿Y ya habla español?

—Es una lora, se le entiende la mitad, pero es muy chistoso, habla enredado —dijo en medio de risas—. El Ruso me enseñó a usar el bastón, me describió la cárcel, la dibujó en un papel y me hacía repasarlo con mi índice para que me ubicara y así poder moverme más fácilmente en el penal. Cuando salimos de enfermería, que fue el mismo día, el Ruso me ayudó a ubicar en una celda, eso sí, a dormir en el piso limpio durante semanas a cambio de la limpieza de la pieza, labor que los primeros días fue un desastre.

En medio de esta conversación el abogado se enteró de la existencia del patio de Aislados. Nadie habla de ese pabellón y menos de Oñate, un hombre que se encontraba en aislamiento y del que, según Víctor, se decía que ya había pagado su pena y tenía orden de libertad hacía meses, pero era invisible para la cárcel y, para el sistema judicial. No podía pasarle la liga a nadie —como se conocía el acto de dar dinero a un custodio—

para que le llevara la notificación o para que le permitiera asistir a una audiencia, ni podía pagarle a un pasillero para que le avisara cuando llegaran los funcionarios judiciales a notificarle.

El abogado comenzó a buscar a Oñate y de paso conoció el patio cuatro que, realmente, era un rincón, una combinación de todos los lugares abandonados, inseguros y denigrantes. Era un reflejo en miniatura del Cartucho, el lugar más vergonzoso de la Bogotá subterránea, una calle a pocos metros de la Presidencia de la República y de la Alcaldía de Bogotá, donde se concentraban las *ollas*, sitios destinados a la venta de bazuco, marihuana, cocaína y heroína. El sitio estaba a la vista de todos y, sobre todo, a la vista de las autoridades; era utilizado para comercializar lo robado, armas, todo lo ilegal.

Para encontrar a Oñate, el abogado atravesó un largo pasillo hasta llegar a la reja que dividía los patios, después encontró una línea de celdas oscuras y ruidosas. Al fondo se podía observar el único espacio iluminado con luz solar, que, a su vez, era el basurero. Le preguntó a uno de los internos y lo guiaron a la celda de Oñate. Su estado era deplorable. Oñate era un hombre negro, alto y joven, tenía un cabello afro abundante y sucio, y una gruesa y larga barba.

—Doctor, siga. —Miró al abogado entre desconfiado y sorprendido.

—¿Cómo es su nombre?

—Cornelio Mosquera, pero por estos lados me conocen como Oñate, porque me gusta el vallenato. —El abogado se sorprendió de que no hubiera nadie más en la celda de dos por dos. No sabía

si era por la hora. Tal vez en la noche se hacinaban las personas. Muy amablemente Oñate lo invitó a sentarse en el planchón de cemento. En un rincón había una cobija, un plato, una botella de gaseosa y una pequeña pila de basura. No había ninguna colchoneta, quizás dormía directamente en el planchón.

—¿Por qué delito está preso y cuánto lleva acá?

—Doctor, vengo por robo. —El abogado sabía que llevaba veintitrés ingresos a la cárcel por delitos menores. Su primer arresto fue a los quince años. Había revisado el expediente.

—¿Robo de qué?

—Le robé una cartera a una señora y en el robo la chucé.

—Entonces es hurto y lesiones personales.

—Sí, doctor, también por eso. La verdad estaba muy drogado. Ese día me llevaron a la policía, al otro día me trajeron acá y han pasado muchos años... Cinco años.

—¿Y ha tenido abogado?

En el expediente reposaba la sentencia del Juzgado 3 Penal Municipal de Bogotá y su condena ya estaba cumplida.

—Solo una vez hablé con alguien del juzgado, y me dijo que estaba condenado a cuatro años. Es decir que ya aboné para la otra vuelta. —Se rio, pero inmediatamente recapacitó—. No, mentiras, doctor, ya no quiero más esta vida. —Mientras lo decía, dudaba de que pudiera hacer algo distinto.

—¿Dónde nació?

—Yo soy costeño, de la Paz, Cesar, la tierra de Jorge Oñate, un pueblo de compositores vallenatos. —Acto seguido entonó espontáneamente una canción que, a pesar de su triste letra, transformó la penumbra de la celda en un lugar más cálido:

«Cuando va a comenzar la noche comienza tu día, maquillada con mil colores para lucir más, contame dónde está lo alegre de tu triste vida, vendiendo puñados de amores pa' ganar el pan».

Inmediatamente se escuchó el coro en las mazmorras y se asomó a la reja un travesti de rostro muy masculino y pintoreteado. Llevaba zapatos rojos de tacón alto, falda de grandes girasoles amarillos, pañoleta del mismo color, y lo acompañó en la canción, aunque con menos talento que Oñate:

«La sociedad que te corrompe luego te margina, muchacha autómatas del vicio para donde vas, cicatrizaron en tu cara todas tus heridas, pero la que lleva tu alma nunca sanará».

Mientras cantaba, el surco de lágrimas que recorrían su rostro se mezclaba con la pestañina, los polvos y la sombra, dejando una expresión de dolor. Rápidamente, como queriendo ocultarse, se secó las lágrimas y el maquillaje con la pañoleta que, inmediatamente, se tornó de un color gris amarillento.

—¡Quién es este guapo! —dijo mientras se acomodaba el cabello—. ¡Quién pidió pollo! —En un acto teatral, pasó de la escena más triste a una euforia acompañada de una carcajada que no podía contener el tono masculino de su voz.

—Respete al doctor —repuso Oñate—. Perdón, que Chavela es así, muy loca. —Todos se unieron a la risa, incluso los mismos vecinos que hacían el coro de la canción de Oñate.

—Doctor, tenemos que sembrar flores en este cementerio donde nos estamos pudriendo en vida —replicó Chavela, y con un movimiento delicado de su mano se despidió.

—Ella es la señora del patio. —Después de esa breve pausa, Oñate continuó con su historia—. Doctor, hace meses tengo derecho a mi libertad, pero no tengo abogado, no tengo dinero para solicitar una copia de mi orden de libertad y enviarla al director de la cárcel. Como puede observar, nadie quiere venir a este lugar. —Abrió las manos mostrando toda la celda—. Gracias por venir. —Se acercó al abogado y lo abrazó.

El abogado estaba sorprendido desde que Oñate empezó a hablar, porque era educado y desencajaba con el lugar.

—Cuénteme de su familia.

—Estoy acá por mis crímenes. Nunca he estado acostumbrado a las reglas. Crecí con mi mamá, mi papá y con mi hermanita, pero pocas veces vi a mi papá. Cuando no estaba haciendo política, estaba jincho o en la cárcel. Yo estaba enojado, lloraba, maldecía, tenía deseos de matar. Golpeé en alguna ocasión a un profesor, en otra manejé sin licencia y borracho.

—¿Por qué hacías esas cosas? —preguntó el abogado mientras hacía un gran esfuerzo por soportar los malos olores e incluso pensaba que podía correr riesgo su salud. Escuchó detenidamente la historia de Oñate por más de media hora para tratar de buscarle una solución a su problemática.

—La verdad, estaba vacío, sin amor, actuaba sin pensar. La calle era mi hogar, era lo único que tenía, esa calle sucia, peligrosa, enfermiza, aquella calle que no nos limita los impulsos, que es muda, indolente a lo que pasa ahí. Nos encontramos

más allá de todas las heridas que nos pueden infligir, nos encontramos en esa selva de cemento, siempre al filo de tomar una decisión infame: o lo mato o me mata. A lo último me quedé solo en la oscuridad del mundo y me quedé atrapado aquí. Pero le cuento que lo más irónico es que aquí encontré una gota de amor.

—¿Y eso? —El abogado pensó que se había enamorado de otro detenido.

—¿Conoce a la doctora Libia, la trabajadora social? —Nuevamente el abogado escuchaba ese nombre, pero no conocía a esa mujer. En la cárcel cada uno trabajaba en sus temas, pero nunca hubo una reunión de todos los funcionarios, lo que hacía muy difícil que se conocieran.

—No, alguien me habló de ella, justamente otro preso, Víctor, por él estoy acá.

—La doctora ha sido muy buena conmigo, me visita y me ha traído ropa y algunas revistas. Dice que tiene un hijo de mi edad que también es drogadicto. —El abogado recordó que Víctor le dijo que ella tenía un hijo ciego. —Ella me ha ayudado a reflexionar en estos barrotes, me ha enseñado a no sentirme menos. Siempre nos podemos levantar, aunque es más fácil con la ayuda de alguien. El cambio definitivamente depende de uno, de trabajar, de estudiar, de no buscar problemas o, simplemente, de hacernos impermeables a la hostilidad de la cárcel.

Quedó en silencio unos minutos en una profunda reflexión. Por su parte, el abogado pensaba que era extraño escuchar a una persona con lucidez mental, en un ambiente tan tenebro-

so, que podía doblar la voluntad de cualquiera y llevarlo a la locura.

—¿Por qué estaba en la cárcel su papá?

—Mi papá era un político importante de mi pueblo. Estuvo ausente, y lo compensaba dándonos plata. Siempre comprábamos lo que se nos daba la gana, no teníamos control. Yo era el hermano mayor e intenté controlar a mi hermana, pero no me alcanzaba a controlar yo mismo.

»Mi papá nos enseñó a ser vivos, a darle en la cabeza al pendejo. Era corrupto, llegaba con mucha plata en efectivo y nadie lo mencionaba, pero todos sabíamos de dónde venía el billete. Fue concejal y duró de alcalde seis meses, hasta que lo arrestaron a él y a medio concejo. Lo condenaron a quince años y solo lo visité una vez. Mi mamá se levantó otro tipo. Mi hermana intentó suicidarse dos veces. La verdad todo era muy complicado, la plata se acabó y yo desde el colegio metía marihuana y no me entendí con mi padrastro.

»Con todo ese mierdero me fui de la casa y llegué a Bogotá y terminé en el Cartucho, robando para drogarme, como un desechable. Muchas veces estuve en la cárcel y ahora estoy acá, viviendo igual, entre la basura.

—¿Dónde está su papá?

—Una vez coincidimos acá, por pocos meses. Nos encontramos antes de llegar a Aislados. Nos miramos, yo estaba muy trabado, él me vio y tal vez se avergonzó de mí o le dio vergüenza por lo que hizo conmigo, no nos saludamos y nunca más lo vi. No sé nada más de él.

—¿Y tu mamá y tu hermana?

—Desde que salí de la casa no sé nada de ellas. Mi vida ha sido solo la droga, mi hogar la calle y la cárcel, pero después de estos años tan duros quiero darme una oportunidad.

—Sí, estas a punto de salir en libertad, ¿qué piensas hacer?

—Me voy para mi pueblo a pedirle perdón a mi familia e intentar recuperarlos. Mi forma de ser ha cambiado ahora, domino más mis impulsos, ahora respiro antes de reaccionar. Le digo, no importa cuales fueron los delitos, siempre hay esperanza. Trato de no pensar en lo de afuera porque puedo caer en depresión, y aquí eso no es bueno. Muchos han intentado quitarse la vida, otros buscan peleas para que se la quiten. La depresión es una mala consejera. Ante el espanto de la prisión, ante la abominación de la corrupción del hombre en estas cárceles, es mejor aislarse en el espíritu, recordar que somos presos de cuerpo, pero podemos ser libres de espíritu y soñar con que algún día podemos ser mejores, servirle a la sociedad y recuperar a nuestra familia, dejar de ser basura y ser alguien útil.

El abogado se emocionó al ver a este joven con esperanza de volver a iniciar, de recuperar su vida, y quiso poner todo su empeño en ayudarlo. Cuando tenía toda la información y pensaba que ya podía salir de ese lugar escabroso, se escucharon rejas y candados que se abrían, y vio asomarse una carreta que transportaba grandes canecas azules de 100 litros, empujada por otros reclusos de la cocina del penal. Iban vestidos con batas y gorros blancos, que a esa hora parecían grises por el uso del día.

—Llegó la comida —gritó Oñate e inmediatamente le lanzó una mirada al abogado.

—Yo invito —dijo y todos rieron. La algarabía de los retenidos era evidente, silbidos, gritos, todos listos para tomar su parte del aguapanela con pan y salchichón, el menú del día.

De repente hubo un gran movimiento de hombres haciendo una larga fila para alcanzar su ración. Oñate hizo lo propio y entre los harapos encontró un pocillo. Corrió al encuentro de su cena, no sin antes recoger media botella vacía de plástico en la que servía el aguapanela para traspasarla al pocillo que llevaba en su otra mano. Previamente, lo limpió con cuidado con los andrajos que llevaba por ropa —no era difícil deducir que no se había cambiado en meses o tal vez en años— y con sus largas y manchadas uñas, abrió uno de los panes por la mitad e introdujo un trozo de salchichón. Con una sonrisa que hizo más amable su rostro, se le acercó al abogado y le ofreció su comida en un gesto de gratitud.

Ese momento fue impactante para el abogado porque descubrió la generosidad del negro Oñate en esas manos estiradas que le ofrecían alimento. Aunque había visto la forma en la que se sirvió la comida, no tuvo disculpas ni el valor para rechazarla. Mientras comía a pequeños bocados, el abogado sintió que el tiempo pasaba lento. Después no recordaría tanto el tema de conversación como la dificultad que tuvo para tragarse los alimentos. Pasó más tiempo comiendo que escuchando el relato de Oñate.

Una vez que superó lo que el abogado consideraba una prueba de la vida o tal vez de humildad, pero que, en todo caso, le había permitido reconocer a Oñate y a todos los hombres de esa prisión como lo que eran, como seres humanos, se

despidió. Pensó que había recibido un salario bien ganado al poder terminar el día con las enseñanzas de vida de Oñate. Ese día no sintió más ganas de comer.

En la salida del patio de Aislados escuchó una voz gruesa y coqueta:

—¡Adiós, lindo!

Como si no fuera con él, el abogado miró de reojo y vio a Chavela.

Pasaron un par de días antes de que se despidiera de Oñate en la puerta principal de la *Modelo*. Él salió con la firme intención de darle un giro a su vida. El abogado nunca supo si lo había logrado o no.

El Zarco



En los patios uno y dos convivían miembros de la guerrilla, paramilitares y delincuentes comunes. La gran mayoría eran pobres que consumían sus ahorros, si los tenían. Todos compartían las mismas carencias, la ausencia de sus familias y la violencia. Pero existía una minoría con fortunas generalmente adquiridas con el delito.

A estas mazmorras llegaba una masa de jóvenes sin oportunidades que se habían unido a los ejércitos irregulares o a las bandas delincuenciales por necesidad. Buscaban garantizarse un

sustento y lograr ser reconocidos en su comunidad con el poder amenazante que les confería un arma. Los que habían tenido formación militar seguían la línea de mando que tenían en libertad, con esto adquirirían seguridad e identificación con un grupo de poder.

La dirección de la cárcel preparó un día especial para bajar la tensión que existía en aquellos patios e invitó a Rosa Helena Jiménez, la humorista conocida como la Nena Jiménez. Tal vez con un poco de humor podrían olvidarse las muertes diarias del penal.

El dragoneante Medina y el teniente Padilla eran los encargados de la logística del evento. Hubo una reunión previa de organización, y después de trabajar toda la mañana, salieron junto con el abogado a almorzar en el casino de la guardia que estaba afuera de las instalaciones penitenciarias. Allí había un gran comedor y un televisor que convocaba a ver el noticiero del mediodía para conocer los eventos nacionales de ese día. Como siempre, el noticiero hacía un resumen amarillista de masacres, violaciones y atentados.

Sin darse cuenta, los tres compañeros estaban en la misma actividad de los presos: revisaban cuáles serían los próximos *inquilinos* del edificio de enfrente.

—La misma joda todos los días —dijo el teniente con un marcado acento santandereano.

—No entiendo cómo podemos comer viendo tanta basura informativa —replicó el abogado.

—Para nosotros es conocer a las *joyitas* que nos tocarán en los siguientes meses —agregó Medina.

—Y los caciques harán su estudio financiero para extorsionarlos. Qué arrecho esto —dijo Padilla.

—Y los jefes estarán sacando sus cuentas también —complementó Medina en voz baja refiriéndose a los directivos. Luego hubo un silencio: gente de confianza del director estaba cerca.

En el casino se respiraba un ambiente de colegaje. Se reunían algunos funcionarios administrativos y los grupos de guardianes que entregaban o recibían turno, se escuchaban risas y chistes. Había también algunos rostros afectados por el cansancio del turno. Sin embargo, allí se debía tener prudencia con los comentarios, no podía saberse quien escuchaba ni las consecuencias que podía traer.

—En el patio uno nos va a ayudar el pingo del Zarco con la logística de la Nena. —Cambió de tema el teniente.

—Perfecto, y ¿quién es el Zarco? —preguntó el abogado.

—El sicario —contestó Padilla.

—¿No puede ser otro? —dijo el abogado abatido.

—Tranquilo, doctor, el Zarco es bien. En un rato tenemos reunión con él —dijo Medina.

En la tarde, el abogado volvió a la realidad del patio uno y dos: inocentes desesperados, privados de su libertad sin una condena y esperando que la calmosa justicia les resolviera su situación, mientras perdían todos sus recursos económicos, su trabajo y su familia. Este era el caso del Veneco, quien estaba recluido por encontrarse en el lugar y a la hora inadecuados. Llevaba dos años esperando su orden de libertad y absolución. Allí también estaban los culpables sin condena y los condenados.

Eran montones de personas luchando por un espacio en el patio, en las terrazas, en los baños, para caminar o simplemente, para estar de pie. Resultaba angustiante observar tantas personas en el mismo lugar: unas adormecidas por las drogas, otras ansiosas, otras riendo o en silencio. El ruido ensordecía. Se escuchaba incluso el ladrido de varios perros que, incomprensiblemente, tenían los internos como un instrumento que les alarmaba cuando había operativos sorpresa de las autoridades. Incluso los utilizaban para amenazar y atacar a otros internos. Los perros eran armas letales y de intimidación a la vista de todos.

Estos patios eran el espacio para el encuentro de los enemigos a muerte de la calle que una vez atravesaban los muros de la cárcel se convertían en aliados, socios o amigos, o, simplemente se asesinaban. Entre estos muros se encontraban todas las regiones, culturas, nacionalidades, tendencias políticas, intereses económicos, todos en la *Modelo*.

Mientras el abogado estaba perdido en sus pensamientos, saturado con lo que observaba, el gentío, la ropa colgada por todas partes, la basura y los perros, llegó Medina.

—¿En qué piensa, doctor?

—Estoy intentando entender tanta locura, comprender para dónde va esta sociedad.

—Para ningún lado, doctor. Acá estos hombres diversifican su portafolio criminal, amplían su empresa y sus alianzas para, una vez en libertad, continuar en lo que saben hacer, el crimen.

—¡Exagera!

—Doctor, ¿ha escuchado de la *Universidad del crimen*? Es cierto, acá el maleante fortalece su conocimiento, se especializa en modalidades de crimen, algunos intercambian experiencias y otros cobran por ello ¿Qué cree que hacen miles de personas todo el día, sin hacer nada, sin trabajar o estudiar? Recuerde que la ociosidad es la madre de todos los vicios.

En parte tenía razón. El Estado destinaba miles de millones de pesos para tener prisioneros a hombres y mujeres comiendo y durmiendo, ¡sin hacer nada!

—No sea tan negativo, uno que otro se resocializa.

—El discurso de la resocialización es solo eso, un discurso de políticos. Nadie se preocupa por reeducar, orientar y resocializar a estas personas, no hay programas ni para el 5% de los reclusos. Así no quieran, su única oportunidad después de la estigmatización social es delinquir.

—Suen a desesperanza, Medina.

—Doctor, llevo años viendo lo mismo y en el futuro no hay esperanza. Mire —señalaba la masa de presos que se encontraban en el patio—, algunos delincuentes no están perdiendo el tiempo, están haciendo asociaciones y alianzas estratégicas para trabajar con los miembros de sus organizaciones criminales que están en la calle. Incluso, algo más irónico: desde este sitio aprovechan su tiempo para hacer miles de llamadas para extorsionar, hacer inteligencia para secuestrar, asesinar y amenazar a ciudadanos inocentes que con sus impuestos pagan este descaro.

—¿Todo eso está pasando?

—Y más. La banda de las Culebras tiene la organización más grande de microtráfico de Bogotá, Medellín y Cali. Todo se gestiona desde acá y desde el Buen Pastor donde están los duros.

—¿El Buen Pastor? —preguntó el abogado.

—Sí, allá está detenida la esposa de Tripas. Aunque no lo crea, a algunos malandros no les conviene salir en libertad porque hacen muchísimo dinero con sus negocios, dentro y fuera de la prisión. Además, aquí tienen comodidades, respeto y seguridad. ¡Qué ganas van a tener de salir! Ellos son los reyes y nosotros los payasos de este circo.

—Eso es exagerado, Medina —le reclamó el abogado.

—Doctor, con respeto le digo, usted no ha salido de una justicia ideal. Mire, doctor —señaló a unos reclusos que hacían el simulacro de una pelea a cuchillo—, mire la realidad: se están entrenando. Además, debemos garantizar la custodia, la seguridad y protección de los internos, en donde hay seis mil internos y sesenta guardias.

»Es decir, un guardia tiene que velar por la seguridad de cien internos en el día, lo que permite la anarquía total dentro de estos muros. A mí me ha tocado en los turnos de noche cuidar a mil quinientos internos y mi arma es un bastón de madera. ¡Esto es una farsa! Cuidarlos... ¡Mentiras! Ellos hacen lo que les da la gana. A mí me toca rezar para que no quieran joderme. —Medina estaba pálido, era evidente su frustración pero continuó con su desahogo—. Se dice en los corredores y es cierto, yo sé por qué se lo digo, que pasan cosas atroces, asesinatos, torturas, desmembraciones y secuestros. Sé que no todos los muertos salen en la bandeja por la mañana. Al-

gunos cuerpos son disueltos en ácido o los pican, y lo poco que queda sale en los restos de comida que se regala para los cerdos. ¡Usted sabe qué son cincuenta o sesenta canecas diarias! ¿Quién revisa eso?, ¿quién diferencia en una mazamorra si es un hueso de marrano o de una persona? Y las partes más grandes las botan por las alcantarillas y la basura. Son toneladas diarias. Entonces, ¿control de qué?

Justo en ese momento llegó un hombre de unos veinticinco años, alto, delgado, ojos claros, vestido de tenis Adidas, jean negro y camisa del mismo color, y saludó a Medina.

—Buenas tardes, mi dragoneante.

—Hola, Zarco. Le presento al doctor.

—Doctor, buenas tardes, me llamo Miguel Hernández, pero me puede decir Zarco.

Aquel joven era el sicario. Después de unos minutos de conversación, al abogado le parecía contradictorio que ese hombre carismático y conversador estuviese allí por quitarle a sangre fría la vida a otras personas. Hablaba constantemente de su esposa e hija, parecía una persona cualquiera.

Después de ese día, el Zarco se volvió un asiduo visitante de la oficina del abogado. Al principio iba por la organización del evento con la Nena Jiménez, quien por lo demás dio un gran espectáculo y alegró a los cautivos. El Zarco también era un gran contador de chistes y anécdotas. Cada vez que se encontraban eran inevitables las carcajadas.

En medio de una conversación, el abogado disimuladamente le preguntó por qué estaba preso, aunque ya conocía el delito. A pesar de la confianza que se había generado, le tenía temor.

—Soy un sicario. —Sonrió sutilmente. El abogado no pudo dejar de notar que no lo había dicho en tiempo pasado.

—¿Sigues siendo un sicario?

—La verdad, sí. Eso es lo que sé hacer, con eso mantengo a mi familia.

Con el tiempo, el abogado comenzó a preguntarse cuántas veces habría hablado con el Zarco después de haber masacrado a alguien, y él, inocente, no podía saber si había matado a alguien conocido.

—¿Cuándo entraste al mundo del sicariato?

—Mi primer muerto fue a los dieciséis años. La verdad fue más un accidente, pero con el tiempo se presentó otra oportunidad y empezaron a pagarme por eso. No le eché mente y me volví un profesional, se volvió rutina.

—¿Cómo es su forma de operar?

—El día anterior al *trabajo* me llega el dato del muñeco, generalmente por un intermediario porque no me gusta conocer quién contrata. Me levanto a las cuatro de la mañana, me organizo, me despido de mi hermosa familia y me voy a trabajar.

—Lo dices como si fuera sencillo —dijo el abogado con un gesto de terror en su rostro por la frialdad de lo que acababa de escuchar.

—Al principio es difícil, uno sueña con los muñecos. Algunos colegas se tienen que meter pepas o drogas para enfrentar el remordimiento. Pero yo no. Con el tiempo necesitamos esa emoción de salir y trabajar. En esto matas o te matan. Después es más sencillo. Primero estudio al muñeco, no me importa ni quién es, qué hace, si tiene familia, por qué lo mandan a

matar. Eso no es conmigo, solo lo ubico, estudio su rutina, su fotografía para no equivocarme. Ya me pasó que le disparé en la jeta al que no era, uno más a la lista.

—Cómo así, ¿te equivocaste?

—Sí, ¡más de malas! Eran hermanos gemelos y estaban en la misma casa. Perdí esos tiros. Al otro día terminé el trabajo en el entierro. Me dio vaina porque estaban los padres. El chino era sano pero el hermano tenía culebras, ¡de malas! Pagan justos por pecadores.

—Terminabas el trabajo y, ¿luego qué?

—Nada, llegaba temprano a la casa. Ellas estaban dormidas, esposa e hija, o desayunando, y compartíamos el resto del día con normalidad hasta que llegaba una nueva dirección y fotografía.

—Y si es tan sencillo, ¿por qué te capturaron?

—Fue por un muñeco muy importante, un político, un esquema de seguridad muy difícil y caí. —Suspiró—. Pero, ¿sabe qué fue lo chistoso?, que los vecinos me conocían, pensaban que yo era comerciante y cuando salió en las noticias lo de mi captura, recogieron firmas hasta del cura y las llevaron al juzgado, hicieron manifestaciones, mucha bulla para que me soltaran porque creían que las autoridades se equivocaban y habían capturado a un comerciante decente. —No paraba de reír mientras decía esto.

—¿No le da miedo, Zarco?

—¿Miedo de qué? —dijo desafiante—. Pero sabe que el único miedo que tengo es la seguridad de mi esposa e hija. Tengo muchos muñecos en la espalda, conozco muchas co-

sas y aquí encerrado pueden hacerle algo a mi familia. — Solo en ese instante bajó la guardia.

Con el paso de los meses, el Zarco acompañó al abogado a realizar varias actividades en el penal, y siempre lo hacía con buen humor. Le llevaba noticias de los acontecimientos de la cárcel y nunca faltaban las últimas novedades de su familia. En una de esas conversaciones, el abogado se atrevió a preguntarle, en medio de risas y chistes:

—Si te contrataran para asesinarme, ¿lo harías?

El rostro del Zarco se transformó, cambió el color en su piel, su mirada fue fulminante, ya no era el mismo interlocutor sino el asesino.

—Sí, por supuesto, si me pagan —contestó sin parpadear.

El abogado sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Luego de unos segundos volvió a reír y a contar chistes, pero ya quedaba clara su verdadera naturaleza.

Tiempo después, el abogado estaba terminando la lectura de los documentos finales para la libertad de Oñate, con la alegría del deber cumplido. De repente ingresó un recluso sucio, barbado, mechudo y con una piel de tono amarillo rucio. Le pareció conocido. Lo reparó nuevamente y, por su voz, supo que era el Zarco. Hacía dos meses que no se veían.

—¿Y ese milagro?, ¿qué te pasó? —Estaba harapiendo y en los huesos. Ese color era el de las personas enfermas o encerradas sin la luz del sol por mucho tiempo.

—¡Doctor! —Ingresó apresurado y dio un gran portazo para cerrar la puerta de metal de la oficina.

—¡Qué pasó! —preguntó nuevamente el abogado, saltando del escritorio como un resorte. Estaba asustado no solo por el portazo, sino por la expresión del rostro del Zarco.

—¡Me van a matar! —Estaba aterrado.

—¿A matar?, ¿por qué?

—¡Necesito ayuda! —exclamó con un grito y lágrimas en los ojos—. Necesito un traslado, no puedo pasar más tiempo aquí, sino cuando salga voy a ser un muñeco.

—Pero ¿qué está pasando?, eres el Zarco, el sicario. —El abogado trataba de consolarlo. Era evidente por su expresión que la muerte lo estaba siguiendo—. Sabes que los traslados son competencia de la dirección.

—Sí, yo sé, pero si esos hijueputas no me dan el traslado, me matan.

—¿Quién te quiera matar? —preguntó el abogado y se paró a verificar que la puerta estuviera bien cerrada, o los muñecos iban a ser dos.

—¡Los narcos!

—¿Por qué? —preguntó.

Ambos comenzaban a sentir temor de que la puerta pudiera no ser lo suficientemente fuerte para resistir un atentado.

—¡Violé la regla de oro!

—¿Cuál regla? —El abogado no entendía de qué le hablaba este hombre. Tuvo que ofrecerle agua porque no podía hablar, sus manos temblaban.

—En el mundo del sicariato, ¡matamos sin preguntar!, sin importar quién es, y yo la rompí. En el barrio, conocí a mi parcero Cami, era mi hermano, lo que más quiero después

de mi esposa e hija. Amigos por quince años. Lo capturaron conmigo porque le encontraron mensajes donde me apoyaba con unos temas logísticos para la última vuelta.

—Es una bonita aventura, pero, ¿qué tiene que ver con todo esto? —interrumpió el abogado angustiado, pensando que en cualquier momento tumbarían la puerta y sería el final de la historia.

—¡Me contrataron para matarlo! —Soltó un grito lastimero—. Me dieron una semana, pero no pude. Él es mi parche, es mi hermano, está acá por mi culpa —Volvió a llorar.

—¿Por qué lo quieren matar?

—La embarró con un duro, no pagó una plata y así se pagan esas deudas. —Era irónico que el Zarco estuviera escabulléndose por los pasillos. Ahora no era el victimario sino la próxima víctima.

—Y qué vas a hacer?

—Estoy condenado a muerte, ya me sentenciaron. Me han hecho tres atentados, en las escaleras, en la celda, en los baños. Llevo semanas sin salir de la celda. No puedo comer comida de la cárcel, me toca comer solo lo que me llega de la calle con gente de confianza, no puedo ni ir al baño o me quiebran.

—¿Y tu amigo?

—Eso es lo peor, no me volvió a hablar, no sé si ya lo mataron. Pero le juro que nunca lo mataría, así me maten. —Era la expresión más honesta que el abogado había escuchado del hombre que había asesinado a tantas personas.

El Zarco, con la misma rapidez que llegó, salió dejando la puerta abierta y sin decir adiós. De repente el abogado volvió a

estar solo. Meditó todo lo que había pasado en esos minutos, y en lo que quedó de día solo pensaba en cómo podía ayudar al Zarco. Su labor no era juzgarlo sino verlo como otra persona que necesitaba su ayuda.

Todos los días a primera hora de la mañana, el abogado pasaba la última puerta de metal para ingresar al centro de la cárcel y, casi siempre, se encontraba con unos internos que sacaban una bandeja de metal, como de panadero, con el muerto de la noche. En ocasiones eran más de uno. En la mañana que siguió a la irrupción en su oficina pudo ver un rostro desfigurado. Era claro que se trataba del Zarco. Tenía los ojos abiertos y su rostro transmitía la sensación que probablemente sus víctimas habían sufrido en su momento: terror y súplica.

Chavela



El abogado recordó el día que conoció la *Modelo*. En aquel tiempo empezaba un periodo que marcaría su vida. La cárcel estaba ubicada en el barrio popular de Puente Aranda, cercano a la Fiscalía, a la Embajada Americana, a la Gobernación de Cundinamarca, al Batallón de Policía, a la Iglesia Jesús Nazareno y a empresas importantes de la ciudad. Dos cuadras antes de llegar a la cárcel había grandes vallas de seguridad y varios uniformados custodiando el perímetro. En aquella época era

una de las cárceles más peligrosas e inseguras, no solo de Colombia, sino del mundo. Y a pesar de tener una población que superaba a la de muchos pueblos del país, contaba solo con un área de poco más de un kilómetro cuadrado. La fachada estaba sellada con una inmensa puerta de metal blanca, tenía también una pequeña ventana del mismo color, varias garitas con hombres armados, alambre y una inmensa pared que la anunciaba. En un pequeño aviso decía *Establecimiento Cárcel la Modelo, construimos cultura de libertad*.

Al día siguiente del asesinato del Zarco, el abogado se encontró con un tumulto de periodistas que buscaban información sobre el muerto, quien años atrás había asesinado a un importante líder político. En un rincón estaban su esposa, su hija y unos vecinos que reclamaban justicia porque todavía no se convencían de que él hubiera sido un sicario. El abogado sabía de la propia boca del Zarco que sí lo era. Él había visto en su sola persona al hombre carismático, al asesino cruel y al que lloraba como un niño por su vida.

Esta también era, en cierta medida, la prisión del abogado, y solo se diferenciaba del resto porque tenía el privilegio de dormir en su casa. Desde ese sitio hacía su labor de asesoría jurídica y de acompañamiento a los casos de la cárcel. Todas las mañanas tenía que dejar atrás las oficinas administrativas, pasar un primer anillo de seguridad, recibir los primeros sellos invisibles que la guardia estampaba en los brazos de los funcionarios o visitas para poder distinguirlos de los reclusos y después recorría un largo pasillo del mismo tamaño de la reja que lo custodiaba. Este era el ingreso a la verdadera prisión. A

partir de ese pasillo se podía acceder a los patios uno y dos de la cárcel y al resto del establecimiento penitenciario. Allí funcionaba una zona destinada al encuentro de los abogados con sus defendidos, y era común hallar una multitud de hombres perturbados y alienados que asomaban sus brazos y parte de sus rostros por entre las rejas, gritando, preguntando a quién buscaban, pidiendo dinero y buscando a sus abogados. Después pasaba el escáner de rayos X y le ponían otro sello.

Allí pasaba sus días, pero él creía que valía la pena porque era una oportunidad para conocer la verdadera cárcel y a sus ocupantes.

Una semana después de visitar a Oñate, el abogado llegó a su oficina y encontró a Chavela esperándolo en la puerta. Estaba maquillada con colores vistosos que no lograban disimular las cicatrices de su rostro y menos los moretones que descolgaban en sus ojeras. En su mirada había una falsa alegría.

—¿Y ese milagro? —El abogado no entendía cómo había logrado salir del patio de Aislados.

—Por visitarlo, lindo, perdón, doctor, perdone la confianza. —Se avergonzó. Su comunicación era exagerada, toda frase la adornaba con movimientos amplios en sus brazos. Para ella era imposible estar en algún lugar o hablar sin llamar la atención.

—Supe lo que hiciste por Oñate y me volé de Aislados a ver si me puedes ayudar.

—¿En qué te puedo servir?

—Doctor, me tienen acorralada.

—¿Quiénes?

—La guardia, mis compañeros, los jueces, todos.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque soy como soy. —Se señaló completa—. Soy una marica en este mundo de machos, en esta selva de animales. Desde pequeña me señalan.

—Vamos por partes, ¿cómo te llamas?

—Carlos Córdova en papeles, pero en realidad soy Chavela y tengo treintaycuatro años. —Con el maquillaje disimulaba sus años, pero no la tristeza.

—Bien, Chavela, ¿cuánto llevas en prisiones y cuál es el delito que te tiene acá?

—No, doctor, solo he conocido esta reclusión y llevo quince años. Estoy por la muerte de mi medio hermano y mi padrastro. Mi mamá enviudó muy joven, yo tenía apenas tres años. Ella consiguió otro marido al año siguiente, se llamaba Yesid y él también tenía un hijo mayor que yo, me llevaba cinco años. Mi mamá me sobreprotegía, ella me miraba como si fuera un niño débil. Lo cierto es que fui muy enfermo de chiquito. La pérdida de mi papá fue muy dolorosa, no comprendía por qué se había ido y me había dejado. Pensaba que tal vez era culpa mía. Mi mamá calmó su dolor conmigo de manera exagerada.

—¿Cómo que calmó su dolor?

—Sí, tal vez por la pérdida de mi viejito, no quería que moviera un dedo, me daba la comida, no me dejaba crecer, era lo único que le quedaba. Tenía miedo de que me pasara algo y eso me hizo débil. Como le dije, se consiguió a un man que era todo lo contrario a ella y a mi papá. Era un borracho machista, brusco, vulgar, trataba muy mal a mi mamá, y Carroloco, así le decían a mi medio hermano, era igual. Me la dedicaron porque

yo era un poco delicada. Acusaban a mi mamá de hacerme un marica, y así empezó la presión y los maltratos de los dos, para mí y para ella. Para colmo a mi mamá le dio un cáncer terminal que se la llevó en seis meses. Yo me quedé sola con esos sádicos. Yesid me echó la culpa y fue peor. Fueron años terribles. Por mi propia forma de ser no me sentía con las fuerzas para salir de allí. —La fortaleza que había mostrado Chavela se desmoronó en ese punto. Empezó a llorar como una niña, estaba inconsolable, como un río de lágrimas y emociones contenidas durante décadas. Estaba muy agitada. El abogado se le acercó para abrazarla y ella lo apretó como una niña perdida cuando encuentra a su padre.

—Perdón, doctor. —Se secó apresurada sus lágrimas y se limpió el maquillaje que tenía esparcido por todo el rostro.

—No hay que perdonar, toma tu tiempo, expresa todas esas emociones reprimidas, que no son buenas.

—Dígamelo a mí, doctor, si ni siquiera lloré en el entierro de mi mamá. Esos desgraciados me echaron la culpa, decían que yo la había matado. Casi ni puedo ir al funeral. Cuando exploté, eso fue para un día de la madre, yo acababa de cumplir los diecinueve y tenía decidido dejar ese infierno, así me tocara vivir en la calle. Ese día se emborracharon y desde la mañana empezaron a montármela. Yo había asumido las funciones de mi mamá, les cocinaba, les lavaba, arreglaba la casa y con todo y eso, me pegaban, me obligaban a hacer cosas asquerosas para demostrar que era hombre. Pero ese día salió todo mi odio, todo mi dolor, sobre todo cuando Carroloco, echado en el sofá con Yesid, por la borrachera, me dijo «Marica, tráigame

un trago o le doy por el culo ahora que no está su mamá». Se me subió un calor de los pies a la cabeza, quedé ciega de la ira, solo quería encontrar ese revólver que Yesid tenía escondido en el primer cajón del armario. Una vez lo vi cuando le estaba guardando las camisas, no sabía si servía o no, ni siquiera sé si era de verdad, pero solo quería encontrarlo, aunque fuera para demostrarles que yo sí era capaz, que no era tan débil como decían. —Tomó un sorbo de agua y se secó las lágrimas. Después continuó—. Por mi madrecita que está en el cielo, yo estaba envenenada, pero no los quería matar, solo demostrar la hombría que tanto me habían pedido.

»Encontré el arma, parecía de verdad. No sabía si estaba cargada, nunca había tomado una. Me imaginé, por lo que había visto en la televisión, cómo funcionaba, y en la sala los enfrenté. Me los imaginaba humillados, rogándome que no los matara, pero mentira, apenas me vieron fue como si estuvieran viendo un programa de chistes, como si fuera un payaso. No paraban de reírse y, en medio de su borrachera, Carroloco me decía «dispáreme, marica, si es tan macho». Les decía que se callaran. Me estaba imaginando lo que venía para mí si me quitaban el arma. Sabía los días que tendría a partir de ese momento si no salía de esa casa.

—¿Y les disparaste?

—No, doctor, no pude. Me quitaron el arma y entre los dos me agarraron a patadas, me dieron puños y me violaron dizque para hacerme hombre. Yo no había estado ni con un hombre, ni con una mujer. Mi primera experiencia sexual fue una violación, de mi padrastro y mi medio hermano.

—¿Los denunciaste?

—Pasé tres días recuperándome de los golpes, me desgarraron el ano, y el pene me quedó inflamado porque lo estiraban y golpeaban para que tuviera una erección. Para ellos no pasó nada. Solo Yesid me dijo que era mi culpa, por marica, y que era cosa de tragos. Apenas pude empecé a organizar mi venganza. Pensé en todas las formas. El arma ya no estaba donde la encontré la última vez. Con un cuchillo no tenía ni el valor ni las fuerzas para luchar con los dos. No tenía plata ni conocía a nadie a quien pedirle que los matara. Fueron noches enteras buscando una forma. Al final encontré que lo más fácil era envenenarlos porque yo les preparaba la comida. En ese momento no pensaba, no vi lo fácil que era que me involucraran, que iban a ser dos muertos. El caso fue que empecé a buscar con qué envenenarlos. Primero pensé en veneno para ratas, pero ya había visto que algunas se demoran en morir e incluso unas después de dos días se recuperan. No podía correr ese riesgo y de tanto buscar encontré el cianuro con un conocido joyero que lo manipulaba. Con la disculpa de limpiar unas joyas de oro le compré ese polvo blanco. Eso es parecido a la sal y huele como la almendra. Después de pensarlo mucho, pero con el odio ardiéndome, les di el cianuro en un caldo de papa que preparé por el día del padre. Fue inmediato, terminaron el caldo y empezaron los dos a mirarse y a mirarme, después empezaron a agitarse. Carroloco fue el primero que se cayó al piso con el plato entre las manos. Estaban confundidos. No alcanzaron a decir nada y a los dos minutos estaban babeando con una espuma blanca que les salía por la boca. A Yesid se le

movían los ojos como si los tuviera sueltos, cada uno para un lado y resoplaba. Carroloco estaba como pegado a la corriente, hasta se cagó en los calzones y después todo se calmó.

—¿Qué hiciste?

—Me cree, doctor, otra vez me agüevé, me puse a llorar, me arrepentí, después de todo lo que me habían hecho, intenté ayudarlos y empecé a gritar. Los vecinos llamaron una ambulancia, se los llevaron y yo como loca, hasta que llegó la policía y cómo negarlo, si a mí no me había pasado nada. No me quedó sino reconocerlo, eso me aconsejó un abogado que me asignaron. Yo pensé que iban a tener en cuenta todo lo que pasé, pero no.

—¿En tu defensa informaste al juez de la violación, de los golpes?

—Todo lo conté. Pero el juez solo vio lo escrito por los policías y los peritos y los hechos, dos muertos y nada más. No revisaron las circunstancias. Si hubieran revisado todo lo que viví, nada más lo que había vivido un mes antes... Pero eran solo mis palabras, no tenía pruebas.

—Estás condenada, me imagino

—Sí, doctor, ya está en firme, como dicen ustedes los abogados.

—En ese caso, ¿cuál es tu consulta?

—Doctor, necesito que me ayude, porque estoy viviendo un calvario. Hasta hace unos años, en medio de todo vivía bien, trabajaba en la cocina, redimía mi pena, me pagaban y, sobre todo, estaba ocupada.

—¿Desde que llegaste?

—No, al principio fue muy duro. Decidí cambiar mi vida y me transformé en mujer, con esto vino el maltrato de mis compañeros hasta que me enamoré de un hombre que me protegió; pero después de que salió en libertad y volvió con su mujer no volví a verlo ni saber de él. Para esa época estaba trabajando en la cocina y ya me había acostumbrado a esta vida. Tiempo después el mayor Vargas empezó a acosarme, me obligaba a prostituirme a cambio de dejarme trabajar en la cocina. Cuando no pude más, me botó a Aislados y llevo dos años sometida a los peores tratos.

—¿Ya lo denunciaste?

—Sí, pero no ha pasado nada.

—Bueno, dame los datos completos y yo me encargo. ¿Qué más necesidades tienes?

—Tengo miedo. Él tiene mucho poder, es el consentido del director y me puede mandar a matar. Pero no me aguanto más, yo necesito salir de Aislados. Soy discriminada por ser mujer, y quiero volver a trabajar, eso me da dignidad. La única que me ayuda es la doctora Libia, ella me escucha, me comprende, me trae ropa femenina y mi maquillaje. Ella es muy linda y, además, tiene un hermano travesti. —El abogado se sorprendió con esta revelación porque ya había escuchado que tenía un hijo ciego, otro drogadicto y ahora un hermano travesti.

—¿Sabes dónde se ubica la doctora Libia?

—Sí, tiene su oficina al lado de la enfermería.

—Bueno, no te preocupes, revisaré qué pasó con la denuncia contra Vargas y hablaré con un oficial de la guardia que sea confiable para que nos ayude.

Se levantó alegre como una niña con un dulce, abrazó al abogado y se fue. Para él era difícil entender que los reclusos del patio de Aislados, los pobres, los drogadictos, los amenazados, fueran los más vulnerables. Y ahora con Chavela abusada... Todo esto era el resultado de un sistema judicial abrumado con una infinidad de procesos en los que cada persona era solo un número de expediente. Ellos estaban totalmente indefensos ante un sistema penitenciario que estaba interesado en mantener a esos *números* entre el vallado, sin importar si eran culpables o inocentes, si tenían defensa judicial o, incluso, si tenían derecho a su libertad.

Para el abogado, lo peor era descubrir reclusos que no querían irse a pesar de sus amarguras en esa trena. Algunos tenían miedo de enfrentar una sociedad moderna que habían dejado por décadas, otros porque ningún ser querido los esperara en libertad. Se acomodaban al suplicio a cambio de una comida asegurada, drogas y techo para resguardarse del clima, aunque fuera durmiendo en el piso y entre ratas.

Tuvieron que pasar varios meses para lograr el traslado temporal del mayor Vargas a otro penal. La ayuda de la trabajadora social fue crucial. Las investigaciones por los abusos contra Chavela y otros internos que fueron golpeados brutalmente no tuvieron resultado.

El lagrimón



En el patio tres había un gran número de extranjeros. Algunos afortunados recibían apoyo económico desde sus países a través de los consulados o de sus familias, lo que les permitía estar en uno de los mejores patios y abrir negocios como restaurantes, panaderías, lavanderías, salones de belleza. Con esto lograban estar ocupados y, además, obtener ingresos con que pagar algunas comodidades en ese pequeño infierno.

Este pabellón tenía pequeños restaurantes. Generalmente eran unas casetas de dos metros cuadrados para la cocina y

dos o tres mesas con sus sillas dispuestas para los comensales. Tenían comida corriente, platos especiales, comida criolla, italiana, española y alemana, según el origen de sus propietarios. Algunos de ellos se dedicaron a resocializarse y a rebajar la pena a través ese tipo de negocios. Allí se reunían todas las profesiones y oficios con un buen nivel socioeconómico.

Una tarde, el abogado deambulaba entre las casetas buscando un restaurante para almorzar. En esta zona era más seguro y tranquilo, o por lo menos se tenía esa sensación. Además, la variedad y la calidad de la comida era aceptable. Mientras esperaba el almuerzo, se acercó tímidamente al abogado un hombre de estatura baja que tenía un bigote estilo Chaplin, de contextura media, mejillas chupadas y gafas de lentes redondos que lo hacían ver mayor; sobresalían sus manos bien cuidadas, con esmalte transparente en las uñas. Tenía el aspecto de un hombre de clase media alta, y por lo que pudo averiguar el abogado, provenía de una familia prestigiosa de la capital Bogotana. Aunque era introvertido sabía expresarse muy bien y en la forma de vestir se distinguía de la mayoría de sus compañeros por su buen gusto y elegancia. Le pidió al abogado que lo atendiera por un momento que se volvió horas.

—Buenas tardes, doctor, me llamo Oswaldo de la Pava y soy médico.

—Doctor buenas tardes, siéntese. ¿Toma algo?

—Bueno, ¡empezó a hacer frío! Un cafecito, gracias.

—Sí, parece que lloverá más tarde, ¿puedo servirle en algo?

—En realidad no doctor, era para hablar un poco. A veces es

necesario conocer a alguien nuevo y hablar un rato. —En un instante los cubiertos que estaban puestos en la mesa se perdieron entre los documentos que este hombre sacaba de una maleta negra de cuero con abundantes cicatrices de uso. En un gesto que parecía un esfuerzo desesperado por demostrar su inocencia, le enseñaba muchos papeles al abogado, como si este fuera el juez que iba a dictar sentencia y a ordenar su libertad. Solo cuando tomaba un sorbo de café calmaba su ansiedad y recobraba fuerzas para seguir argumentando.

—Claro, ¿cuánto lleva acá? —preguntó el abogado mientras se disponía a almorzar.

—Tres años esperando que la justicia se pronuncie

—¿No está condenado?

—No. —Empezó a llorar como un niño.

—¿Por qué presunto delito?

—Ley antiterrorismo. —Varias veces el abogado tuvo que dejar la comida al lado para revisar los documentos que su interlocutor le pedía que revisara.

—¿Qué fue lo que pasó? —Finalmente tuvo que desistir del almuerzo para atender el reclamo de justicia que ese hombre desesperadamente le solicitaba.

—Doc...tor... que injus... y no ser... —Balbuceaba como un niño inconsolable.

—Por favor cálmese, para poder entenderle.

—Doctor, ¿sabe cómo me dicen mis compañeros?

—No

—¡Lagrimón! —contestó e hizo una pausa en su llanto para reírse de él mismo.

—Aunque es obvio lo que voy a preguntarle —dijo el abogado riéndose también—, ¿por qué el apodo?

—Cuando llegué a la primera jaula, donde nos distribuyen para los patios, vi mucha gente y había mucho ruido. No sabía qué me esperaba o qué me iba a pasar. Además, no había comido nada desde mi captura, así que no aguanté y me desmayé. Al rato, me encontraba en un sitio más feo y frío, era la enfermería. Ilusamente, por un rato pensé que me habían sacado de aquí, y desde que recuperé la conciencia, no puedo contar lo que me ha pasado sin llorar...por ess...sso...me...dii...cennn lagri...lagri...món.

—Devolvámonos un momento, ¿por qué motivo llegaste acá?

Después de una breve pausa en la que logró recomponerse, Lagrimón continuó su relato.

—Una mañana llegué, como de costumbre, a mi consultorio. No saludé a mi secretaria —se reprochó— y simplemente pregunté por el paciente. El primer paciente era una mujer de mediana edad, delgada, pálida y con una enfermedad avanzada que la agobiaba. La consulta duró quince minutos. Nunca le vi los ojos, ni le pregunté el nombre. —decía, como reclamándose a sí mismo—. Me limité a recetarla y darle unas órdenes médicas. Era indiferente al dolor de mis pacientes. Llamé al siguiente de la fila y, de repente, dos hombres irrumpieron en mi consultorio. Yo me ofusqué por el abuso, porque ingresaron sin que los autorizara. Traté de ser soberbio, hasta que comprendí que no eran pacientes porque tenían cada uno un brazalete que decía Fiscalía y, en efecto, se identificaron como agentes de la Fiscalía. Apenas se presentaron y confirmaron mi nombre, me leyeron los derechos.

En ese momento, creía estar viendo en cámara lenta lo que sucedía. Sentía que no era verdad esa pesadilla que nunca vi llegar. Me trasladaron de inmediato aquí. —Golpeó la mesa y siguió—. Yo preguntaba qué había pasado y estas personas solamente me decían que estaba arrestado por paramilitar, que llamara a mi abogado y que todo lo que dijera podía ser usado en mi contra.

—¿Qué sucedió después?

—Me llevaron ante una juez. Yo alcancé a llamar a mi abogado, pero de nada sirvió. Me trajeron para esta gayola, porque supuestamente soy un peligro para la sociedad. ¡Peligro toda esta gente con la que estoy viviendo! —refunfuñó—. Entre el silencio y el llanto, mientras me trasladaban a mi nueva *residencia*, entré en un estado de muerte temporal. —Mientras terminaba de hablar, la mirada se le perdió entre la multitud de hombres que corrían a refugiarse de una llovizna repentina.

—¿Y su familia?

—No doctor, yo soy solo, ni mujer ni muchos hijos, como dice el dicho, ni perro tengo. Solo le quiero decir, como lo demuestran estos documentos, que soy inocente. Nunca he tenido nada que ver con el paramilitarismo. —Estaba ofuscado y su ira contra el sistema judicial la estaba sacando con el abogado. Su rostro cambió y de la persona amable no quedó nada, pasó a ser un hombre resentido y mortificado.

—Usted verá si me cree doctor, buena tarde y gracias por el café.

El abogado quedó sorprendido porque el Lagrimón salió furioso sin escuchar antes lo que tenía para decirle. Apenas lo conocía y solo le dio un vistazo a los documentos.

En la cárcel muy pocos reconocían su responsabilidad. Con el tiempo llegaba el síndrome de la inocencia: todos se convencían de que eran inocentes. Aunque esto no significaba que algunos no pudieran serlo realmente.

Lagrimón cambiaba frecuentemente de estado de ánimo, un día hablaba amigablemente y al otro día era grosero. El abogado se acostumbró a su forma de ser. En los días amables era su acompañante en la cárcel. Tenía la esperanza de poderlo ayudar, brindarle un consejo jurídico, sacarlo de su desesperación. Pero su situación era grave, tenía todas las evidencias en su contra por la participación en la comisión del delito. Uno de sus pacientes era un jefe paramilitar reconocido, pagaba muy bien sus servicios profesionales y, generalmente, lo atendía en sitios clandestinos. Esa persona cometió un homicidio y su cuartada para engañar la justicia fue una constancia médica que le dio el Lagrimón. En ella decía que a la hora que se cometió el homicidio, el paramilitar estaba en consulta médica.

Se pudo comprobar posteriormente con varios videos aportados al expediente, que el narcotraficante sí cometió el delito y se cayó la cuartada, y con ello se involucró al Lagrimón con varios delitos: falsedad, complicidad y crimen organizado. No era la primera vez que se prestaba para ello.

Trascurrieron unas semanas y con ellas mermó el frío que penetraba en los huesos, aunque seguía siendo agudo en esos pasillos húmedos de hierro y cemento. Por aquellos días, con los profesionales que estaban presos en la *Modelo*, se organi-

zó una brigada de salud, pues era insuficiente el servicio que brindaba la reclusión. La cárcel tenía solo un médico que iba una vez a la semana.

Mientras esperaban en una pequeña sala al director para que autorizara la brigada, el abogado le preguntó al Lagrimón por la golpiza que recibió la dragoneante Astrid en el patio dos.

—¿Supiste algo de lo qué paso ayer con la dragoneante Astrid? La vi salir del penal con la nariz sangrando y llorando, le dieron una golpiza brutal. Mis fuentes del patio no saben nada.

—¿Con la rubia? ¿Astrid González?

—Sí, la misma. Toda la administración estaba preocupada. En este lugar pasa de todo, pero que se encarnicen a pegarle a una mujer y guardiana, eso ya es demasiado.

—¿Y qué le pasó?

—Pues no te digo que ¡le rompieron la cara!

—¿Fue grave? —preguntó con una risa disimulada.

—Qué pena, pero no le veo nada chistoso. Entiendo que en este sitio se ha llegado a estados salvajes, pero pegarle a esa muchacha que no se mete con nadie ¡me parece el colmo! Es honesta y no es grosera.

—Perdón doctor, no me malinterprete, no es que me alegre de lo sucedido, ni más faltaba, lo que pasa es que usted no sabe todo lo que pasó.

—Por favor no me oculte nada, que el tema me parece grave.

—Doctor, lo que voy a contarle es delicado.

—¿Qué pasó con la dragoneante? —El abogado exigió con vehemencia una explicación.

—Doctor, yo no le dije nada, esto es confidencial.

—Bueno, queda entre los dos, aunque pienso que esto debe investigarse.

—Primero que todo, a la uniformada no la atacaron, y segundo, no fue en el patio dos.

—¿Cómo?

—Es cierto, doctor, este es un secreto que muy pocos lo sabemos. La dragoneante tuvo un accidente en el patio tres... Sí, en el patio tres, y fue por un procedimiento médico.

—¡No entiendo nada!

—Mire a esa secretaria. —Señaló a la hermosa secretaria del subdirector, una señora de cuarenta y seis años, glamurosa, perfectamente vestida y estilizada. Pocas veces ingresaba al penal, y cuando lo hacía, alborotaba a los internos, chiflaban, gritaban, todos entraban en celo y euforia generalizada.

—¿Qué tiene que ver Dianita con lo que estamos hablando?

—Paciencia, doctor, tiene que ver, permíteme por lo que le voy a decir, ¿No le ve esas tetas tan grandes? —El abogado volteó a mirar al Lagrimón, no le conocía esos comentarios obscenos.

—Sí, ¿y qué? —contestó.

—Se las operaron acá.

—¿Acá dónde?

—¡En la cárcel!

—¿Dónde?, ¿en la enfermería? —Lo miró entre asombrado e incrédulo—. Pero si aquí se muere la gente por falta de atención médica, ¡qué van a operar a alguien y menos por algo estético!

—No, ¡fue en una celda!

—¿En la celda de quién? —Era todavía más inverosímil lo que decía. El abogado pensó que el otro estaba borracho o que se burlaba de él.

—Del huilense

—¿El médico, su colega?

—Sí, el mismo, su especialidad es la cirugía plástica.

—¡Imposible!

—Bueno, en realidad no fue en la celda propiamente. Fue en un sitio que el doctor compró en el patio, un pequeño espacio en frente de los restaurantes. Lo acondicionó precariamente para hacer los procedimientos. Usted ha pasado por ahí. Está al lado de la peluquería del español, en la puertita blanca, ahí es la sala de operaciones. ¡Por supuesto, es un peligro! —En ese momento ingresaba otro uniformado.

—Ese que acaba de pasar —dijo en susurro y mirando a otro lado—, se hizo la rinoplastia.

—¿La qué?

—¡Shhhhh! —Se colocó el dedo en la boca—. Doctor hablemos afuera.

Salieron al parqueadero del área administrativa, en el primer piso.

—Doctor, esto es muy delicado, aquí podemos hablar más tranquilamente. Le decía que se hizo la corrección de la nariz, la rinoplastia.

—¿Esto es una broma?

—Se lo juro. —Miró serio y levantó la mano derecha como si estuvieran jurando con la biblia—. A ese colega lo conocen como el Plástico. Era el médico cirujano de la mafia, operaba

a los capos, a sus esposas y a las noviecitas. Cambiaba sus rasgos corporales para no ser reconocidos y engañar a la justicia. En Neiva, en un operativo policial para capturar al narcotraficante conocido como la Lechuga, cogieron al doctor Plástico de paso.

—¿Lechuga? Ese nombre me es conocido. —El abogado recordó que lo había visto en Alta Seguridad. Fue a la única celda que pudo ingresar y, curiosamente, allá conoció electrodomésticos y aparatos que aún no habían llegado al país.

—Claro, los capturaron y por casualidad llegaron a la misma prisión —dijo haciendo el signo pesos con sus dedos—. El doctor Plástico sigue trabajando, hace los procedimientos médicos en el patio y donde los duros, es decir, en el pabellón de Alta Seguridad. Allá varios se han hecho la liposucción y la otoplastía.

—¿Qué es eso de la oto...?

—Una cirugía simple que permite reposicionar las orejas y devolverle la armonía a la cara.

—Aparte de lo peligroso y lo insólito, no entiendo... ¿Cómo se hace una cirugía en la cárcel sin que nadie se entere?

—A la hora de la verdad, es muy sencillo. Tiene su consultorio, y los pacientes no se pueden escapar. —Soltó una carcajada estruendosa—. Dispone de un auxiliar, no sé si es enfermero, pero es importado, es francés. Él le ayuda con los procedimientos. A mí me propuso que lo ayudara, pero qué me voy a meter en eso. Tarde o temprano puede resultar un muerto o el paciente puede agarrar una bacteria. Es peligrosísimo.

—Sí, pero ¿cómo es que nadie se da cuenta?

—Muy sencillo. Él tiene quien le ingrese los implementos médicos. A los pacientes les enseña a hacerse los vendajes en sus casas, luego ellos ingresan al penal como si llegaran operados de la calle. Ingresan al patio, les hace el procedimiento y salen con los mismos vendajes que ingresaron. Pero hay procedimientos complicados como la mamoplastia, la de senos, las otras son más sencillas, son ambulatorias. Esa mujer salió en silla de ruedas, supuestamente porque se desmayó en el patio.

—Entonces, ¿qué sucedió con Astrid?

—Le dio una hemorragia y le tocó inventarse que le pegaron para sacarla y que fue en el patio dos para disimular. Se complicó el procedimiento, por eso le digo que es una irresponsabilidad.

—Eso hay que denunciarlo antes de que pase algo grave.

—¡Yo no he dicho nada! ¡No sé nada doctor! —Dio un paso para atrás, levantó las manos y se puso pálido.

—Tranquilo, no lo voy a meter en problemas.

—Pero, además, ¿con quién lo va a denunciar?, ¿no ha pensado que alguien le dio la celda para los procedimientos? ¡Ese no fue un guardia! Alguien le ingresa los instrumentos médicos, alguien permite los procedimientos en *alta*, y tiene la protección de Lechuga. Se dice que hace procedimientos hasta en la calle. No sé. Piense bien lo que va a hacer y con quién lo va a hablar.

—¿Y cobra? —preguntó el abogado.

—Debe ser, supongo. Plástico no va a correr todos estos riesgos para trabajar gratis, por amor a la profesión.

En ese momento se asomó Dianita por la ventana del segundo piso de la oficina del subdirector.

—Doctor, el director lo va atender. Que por favor suba.

—Gracias, Dianita.

El Comandante



Los patios estaban separados con rejas y, generalmente, eran custodiados por guardias que cargaban un racimo de llaves y un bastón de madera para su defensa personal. La única función del personal de custodia al interior de la prisión era permitir o negar el cruce entre patios y hacer la pantomima del conteo de los internos al final de cada tarde. El caos del lugar y el poco respeto que le tenían los reclusos a la autoridad hacía que el conteo diario fuera una misión imposible. Se movían mientras los contaban y algunos ni siquiera salían

de sus celdas en ese momento. El resto lo controlaban los internos.

Por ratos, la mente del abogado se perdía en el retazo de colores compuesto por sábanas, cobijas, ropa, colchonetas, todo colgado en ventanas con barrotes. Algunas prendas se colocaban al sol para que se secaran después de lavarlas, otras simplemente se ventilaban de la humedad que producía la masa humana unida en la noche para compartir el piso, los corredores, los baños o cualquier rincón para dormir. El grito de un pasillero que buscaba a un recluso en el patio sacó al abogado de su estado contemplativo y, a su vez, lo hizo pensar que en medio de todo era un privilegio vivir esa experiencia sin estar privado de la libertad.

Meses atrás, al comienzo de esta historia, más exactamente el primer día, el abogado se reunió con las autoridades institucionales del penal y con quienes manejaban realmente la cárcel. El gobierno había autorizado, como el que afila el puñal para enterrarlo en su propia espalda que un pequeño pero poderoso grupo de presos conformara la Mesa de Trabajo por los Derechos Humanos, un nombre sugestivo y una tarea necesaria. Pero estaban muy lejos de cumplir esa misión.

Se colocó en bandeja de plata una oportunidad para que los delincuentes más peligrosos, con la excusa de la defensa de los Derechos Humanos, continuaran manejando la cárcel, ganando grandes sumas de dinero y poder. Nada más contradictorio y peligroso. ¡Los presos cogobernaban las cárceles en toda Colombia!

Ese día el abogado debía exponerles lo que sería su tarea en ese establecimiento y, soterradamente, recibir su autorización. Él no sabía a quienes se iba a enfrentar. El encuentro se hizo en un salón frío que estaba en el centro de la cárcel, muy cerca de donde iba a estar su oficina. El dragoneante Medina, a quien el abogado acababa de conocer, lo llevó al salón y, a los pocos minutos, empezaron a llegar, uno por uno, los miembros de la Mesa de Trabajo. Eran veinte hombres, todos privados de la libertad por múltiples delitos como homicidio, secuestro, narcotráfico, violación, terrorismo y muchos más.

Sobresalían algunos. El Gordo era uno de los líderes del patio de la guerrilla. Tenía voz de mando algo chillona, y en su rostro se reflejaba una mueca que bien podía ser de alegría, rabia o hipocresía. A su lado se sentó el Tripas, un hombre particular que resultó ser el cacique de su patio. Los caciques eran criminales que se habían adueñado de territorios en el establecimiento carcelario a través de la violencia y el miedo. Eran los que imponían las normas en sus patios, decían a quién se podía matar y a quién no, qué persona tenía derecho a celda o a dormir en el piso. Le ponían precio a todo lo ilegal que se comercializaba allí. Controlaban la delincuencia dentro y fuera de la cárcel.

El Tripas, de aproximadamente veinticinco años, sobresalía porque en su cuello y manos presumía por lo menos una libra de oro en joyas. Era un personaje risueño, casi juguetón con sus colegas del crimen, aunque para el resto de los internos y funcionarios era un hombre muy peligroso. Cerca de la puerta se encontraba el Pelirrojo, y a su lado, el Comandante,

Matamata con algunos delincuentes camuflados entre las columnas del salón, siempre en la sombra, esa era su forma de supervivencia.

En ese grupo se encontraban, sin sobresalir, dos hombres unidos por el mismo crimen: el asesinato de un importante y querido candidato presidencial. Estos delincuentes eran, aparentemente, muy distintos. El uno, delgado, tenía cara de seminarista y buena apariencia, le decían el Matacaballos. De él se decía en los pasillos que el primer día que llegó a la prisión, asesinó a otro preso con alevosía y violencia para dejar claro que con él nadie se metía. El otro, el Rata, era malacaroso, silencioso y pocas veces prestaba su mirada, era como un perro rabioso que agachaba la cabeza, pero siempre estaba listo para atacar.

En aquella reunión quedaron claras dos cosas: la primera, que los integrantes de la mesa de trabajo eran los que realmente mandaban en la cárcel; la segunda, fue que el abogado le generó una mala impresión al Gordo y al Rata, y abiertamente lo amenazaron. Por su parte, el Gordo manifestó que lo iban a *arriar* de la prisión —sacar corriendo o muerto—, y la Rata rompió su silencio y rostro inexpresivo para dar una carcajada de celebración con la amenaza del Gordo.

No siendo suficiente con las amenazas de los delincuentes de peso pesado, ese mismo día el abogado sobrevivió a una masacre. Al mismo tiempo que él se enfrentaba a esos criminales y medía sus fuerzas y su capacidad para continuar en esa misión o tomar la opción de salir corriendo, renunciar y

salvaguardar su vida, otros hombres, en el mismo patio que gobernaba el Tripas, estaban a punto de ser ejecutados.

Un par de días atrás había llegado al patio uno la banda de los Alacranes, conformada por siete hombres que fácilmente se identificaban: además de permanecer siempre juntos, compartían el mismo corte de cabello militar, barba y bigotes en estilo candado. Todos tenían también un tatuaje en el brazo derecho con la imagen de un demonio surrealista sonriendo y mostrando los dientes desiguales, en punta y amarillos, que disparaba un fusil de asalto A-91.

Esto despertó las alarmas de los caciques de todos los patios porque, según sus fuentes, llegaba una banda nueva, fuerte y violenta. Ellos combinaban el asalto a entidades bancarias con el secuestro y el sicariato. Al parecer representaban un gran riesgo para los jefes de patio. Si no hacían algo, podía volver a pasar lo que había sucedido tres años atrás con la llegada del Tripas. Nunca se imaginaron que ese hombre joven, alelado y callado, en pocos días fuera capaz de organizar un operativo para derrocar al cacique de su patio junto con sus lavaperros. Todos terminaron destripados. Todavía los internos de esa época recuerdan los cuerpos colgados emanando olores hediondos que perduraron por semanas. Esto demostraba quién era el nuevo rey.

Como los actuales caciques, incluido Tripas, podían correr el mismo riesgo con los Alacranes, organizaron un *comité de seguridad* con un funcionario importante de la cárcel y en pocos minutos dictaron sentencia: pena capital para esos nuevos visitantes.

Se hizo una selección de los mejores talentos del crimen de todos los patios, liderados por el Zarco. Era la ocasión perfecta para estrenar el nuevo arsenal de fusiles americanos que habían adquirido los caciques. Tenían fusiles que superaban de lejos las viejas armas de la guardia, que más parecían escopetas del siglo pasado, y que se oxidaban en el armerillo de la prisión, que se encontraba fuera del establecimiento.

Se hizo un operativo sigiloso. Mientras los Alacranes hacían una demostración de sus músculos y esperaban ansiosos sus armas más potentes, buscaban aliados y mostraban su agujijón y su veneno, el Zarco, a la vista de todos y con la desaparición premeditada y temporal de la guardia, se movilizó con sus quince hombres desde todos los rincones. Iban fuertemente armados, con pasamontañas negros y listos para una guerra en el patio uno.

Los otros internos sabían que algo grande y peligroso se aproximaba. Los más tímidos, aceleraban su paso a las celdas o a un sitio seguro que los librara de un tiro perdido, y los más morbosos buscaban el mejor lugar para observar.

Los Alacranes estaban calentándose en las gradas de la cancha de fútbol, como serpientes en el sol, y por un segundo bajaron la guardia, muy confiados del temor que generaban. De la nada, desaparecieron los cientos de reclusos que compartían el mismo espacio y solo quedaron ellos y dieciséis hombres que les apuntaban con armas largas. Poco o nada pudieron hacer. Los llevaron al muro que dividía el patio uno del dos y, sin mediar palabra, fueron ejecutados uno a uno, al estilo de los fusilamientos de la Moncloa perpetrados el tres de mayo

en Madrid. Los hombres horrorizados veían caer a sus compañeros desfigurados por la potencia de los proyectiles. Después de unos segundos solo quedó una nube de humo grisáceo acompañada de un penetrante olor a pólvora y un reguero de sangre; sesos e intestinos rellenaban los agujeros que dejaron los proyectiles en el muro. Pasaron unos minutos antes que alguna autoridad penitenciaria se atreviera a ingresar.

El patio, que siempre estaba atiborrado era ahora un desierto. La escena de cuerpos —algunos abrazados o entrepiernados— en el suelo parecía una pintura impresionista en la medida que las partes humanas y la sangre se deslizaban por las uniones y grietas del muro, con una combinación de colores rojos, negros, blancos y grises que formaban figuras abstractas.

En pocos días ya no se habló más de la masacre y el tema pasó a ser el hecho violento del día anterior. La energía de las autoridades se gastó en evitar otro escándalo en los medios de comunicación, en lugar de investigar los autores del crimen.

Sin saberlo, la reunión con el abogado había sido la cuarta perfecta. Todos los caciques estaban fuera de la escena del crimen y la masacre sucedió aparentemente *a sus espaldas*.

Mientras el abogado pensaba en el alcance de la amenaza del Gordo y la Rata, se escuchó la balacera. Todos saltaron de las sillas y quedaron de rodillas para evitar una bala perdida. Fue el fin de la reunión y salieron en cuclillas, cada uno a su trinchera. En ese momento quedó claro que las amenazas en ese sitio eran serias.

Por suerte, el Comandante y Matacaballos custodiaron al abogado hasta la salida del penal. Iba tembloroso y sin color

en el rostro. Ese fue su primer día en la cárcel. No le resultó sencillo tomar impulso al siguiente amanecer para regresar, había sido amenazado y, a pocos metros de donde estaba, había sucedido una masacre. Paradójicamente, ese hecho macabro le dio más fortaleza y construyó aliados para los siguientes años.

Pasaron algunos meses. En el patio de los subversivos estaba el Gordo, quien sentía la necesidad de lucirse y, por eso, hacía la acostumbrada instrucción militar a los guerrilleros bajo su cargo. En la sombra estaba el Comandante, el poder detrás del poder. Era abogado y sociólogo. Era, de hecho, de los pocos miembros de la Mesa de Trabajo que dejaba su interés personal y se preocupaba por las precarias condiciones en las que vivía la mayoría de la población carcelaria. Buscó la pacificación de los patios y participó en el curso de Derecho Internacional Humanitario que promovió el gobierno nacional. Era un ideólogo de la guerrilla de las FARC, y tal vez el detenido más importante del país. Tenía un poder tan grande que podía desplazarse por todos los lugares de la cárcel, incluso al área administrativa y a la salida principal de la reclusión. También tenía contacto directo con el ministro de justicia. En varias ocasiones se reunió con él en la dirección de la cárcel para lograr acercamientos entre la guerrilla y el gobierno de turno.

Este líder guerrillero, condenado por homicidio, era el número uno en la lista de los canjeables en un eventual proceso de paz y, por lo tanto, todos los guerrilleros que se encontraban allí lo protegían. Conocía la parte oscura de la socie-

dad y a varios integrantes del EPL, del M19 y del ELN. Tenía constantes reuniones con las organizaciones internacionales, como la Cruz Roja, y con personajes de la vida nacional, lo que lo hacía intocable.

El abogado se lo encontró muchas veces en la Mesa de Trabajo. Era un hombre alto y delgado, versátil en la oratoria y, al contrario del típico imaginario costeño, medido en sus palabras y serio. Una de las pocas personas para rescatar de la Mesa de Trabajo. Su propósito: bajar la creciente tensión entre la guerrilla y los paramilitares.

En una ocasión el abogado estaba muy cerca de la celda del Comandante y este lo invitó a pasar. Era un cuarto pequeño y oscuro, para él solo, estaba lleno de recortes pegados en las paredes y todos los espacios eran aprovechados para ubicar un libro sobre otro. Tenía una cama perfectamente tendida, una silla y una pequeña mesa de madera redonda. En realidad, el abogado esperaba ver otras comodidades o excen-tricidades en ese lugar. El Comandante lo invitó a sentarse, y serenamente le expuso los motivos que lo llevaron desde muy joven a integrar la guerrilla.

—Yo estudié en un colegio público, he vivido en barrios populares, soy de una familia de clase media-baja, siempre contradictor de esta sociedad tan injusta. Ingresé a la universidad y desde el primer semestre me reclutaron, tal vez por mi verbo y mis ideales.

Sacó de debajo del colchón unas cartillas del movimiento juvenil de guerrillas, y le mostró unas imágenes del subversivo más viejo de la organización.

—Doctor, yo conocí a los jefes míticos de la organización, Tirofijo y Jacobo Arenas. Para uno era impensable estar con ellos. Discutíamos sobre el asesinato político que está al orden del día porque hay una guerra del Estado contra los dirigentes sindicales y líderes de Derechos Humanos.

—¿Y eso justifica que sigamos en guerra? —preguntó el abogado.

—No, la guerra militar no es la solución, doctor. Tengo veintiocho años, llevé cuatro en las prisiones, se va mi juventud. Pero hay comandantes que toda la vida han luchado, otros han muerto por la causa y nada cambia. Hay que explorar otras soluciones a este conflicto que deja muchísimos muertos, todos pertenecientes a las clases bajas, y los dueños de este país felices con el negocio de la guerra. —Se levantó rápido, como impulsado por su pasión. El abogado casi brinca detrás de él pensando que estaban frente a alguna amenaza, pero el Comandante solo buscaba apresurado una libreta y un lápiz para tomar apuntes.

—Según usted, ¿cuál puede ser esa solución al conflicto?

—Las élites económicas y la política colombiana, así como la globalización hegemónica, ejercen presión, promueven mercados libres y globalización económica neoliberal. Le dan la primacía al capitalismo. Por ende, primero hay que dialogar, revisar el modelo económico y concertar equidad social.

Luego, el abogado lo interpeló sobre la relación del capitalismo y su posición de recluso.

—Mire le explico, doctor. La cárcel reproduce las desigualdades sociales y castiga principalmente a los pobres, sin ofre-

cer oportunidades de rehabilitación ni de reinserción social. Los servicios sociales se han visto severamente recortados por las reformas neoliberales. Además, los bienes y servicios básicos aquí adentro son también una mercancía.

—Sí, en eso estoy de acuerdo, en estos muros se vive un reflejo de la sociedad.

—Claro, las cárceles resaltan de manera dramática la marginalización de vastos sectores de una sociedad excluida y desigual, que son estigmatizados y temidos como peligrosos delincuentes, y para ello se establecen mecanismos represivos plasmados en la política criminal. No es fortuito que los índices de hacinamiento de las prisiones pasaran en los últimos años de un 10% al 40%.

Mientras tomaba una pausa para escribir en su cuaderno de notas, el abogado le preguntó:

—¿Toda la responsabilidad es del Estado?, ¿no hay una responsabilidad individualizada?

—Por supuesto, también hay responsabilidad individual, pero pertenecemos a un sistema democrático que debe garantizar unos mínimos a sus ciudadanos. Pero no se crean estas oportunidades y estamos perdiendo nuestra juventud. De acuerdo con las mismas cifras del Sistema Penitenciario, la edad de la mayoría de los prisioneros oscila entre los 18 y los 29 años, lo que representa el 44% del total de la población; el 34% de los reclusos está entre los 30 y los 39 años de edad, y el 17% entre los 40 y los 49 años de edad. Esto significa que el 95% de la población carcelaria está en edad productiva, pero no tiene oportunidades. —Se puso de pie nuevamente

y le mostró a su interlocutor el titular de un periódico recortado y pegado en la pared que hablaba del aumento de la criminalidad en el último año. Al lado había una bandera de su organización guerrillera—. Su única opción de vida es el crimen, por eso le hablo de una sociedad más equitativa.

—¿Usted cree que el Estado colombiano no ha sido capaz de regular y canalizar los conflictos que han generado la fragmentación social, causada por la marginalización de sectores de la población que no tienen posibilidades reales de ascenso social y económico?

—Por supuesto, esa es la causa que generó el surgimiento de los movimientos guerrilleros. Aunque algunos han perdido el rumbo. —Quedó en suspenso masticando esa idea y continuó—. En Colombia también se ha hecho el debate sobre la relación entre pobreza y desigualdad, por una parte, y violencia y criminalidad por otra. El nuestro ha sido, por décadas, uno de los países con mayor desigualdad económica y social, y con los más altos niveles de violencia en América Latina, ¡la región más inequitativa y violenta del mundo!

—Entonces, ¿qué papel juegan las cárceles?

—La prisión significa solamente castigo, aislamiento y venganza social.

—¿Venganza social?

—Sí. Los sistemas penales, especialmente los latinoamericanos, son selectivos, se castiga y se excluye de manera desproporcionada a personas pertenecientes a los estratos sociales más bajos, lo que hace de la población carcelaria un grupo marginal segregado de una sociedad que se jacta de ser demo-

crática e igualitaria. La prisión refleja y refuerza la desigualdad de la sociedad colombiana y la marginalización de los grupos menos favorecidos, en lugar de contribuir a su integración, como reclama el ideal de la resocialización. Pero la causa de este problema no debe buscarse al interior de los muros de la prisión. Esta se encuentra en una sociedad punitiva, que tiende a favorecer soluciones represivas para enfrentar complejos problemas sociales. Además, Colombia, al igual que América Latina, tampoco ha escapado a la presión del neoliberalismo. La apertura de la economía colombiana a los mercados internacionales ha afectado las estructuras sociales.

—¿Sigue convencido de que la guerrilla puede lograr esos cambios?

—Los años en prisión me han dado la claridad para entender que no. Por esta razón salgo de la cárcel y se acaba mi vida guerrillera. Continuaré con la lucha de mis ideales desde la sociedad civil.

Abruptamente fueron interrumpidos por un interno que gritaba:

—¡Alguien en el baño se va a ahorcar!

Salieron corriendo para atender otra tragedia humana que se presentaba.

Modestia aparte



El señor Euclides Modesto llevaba seis meses preso en la *Modelo*. Su desespero lo había llevado a intentar quitarse la vida. Estaba en uno de los baños, gritando, diciendo cosas incomprensibles y llorando. Amenazaba con ahorcarse con un cordón de zapato. Se amarró la punta de un cordón rojo en el cuello y la otra punta la ató a una tubería oxidada que salía a la vista del techo del baño tras desprenderse un pedazo de cemento. Modesto estaba parado sobre los bordes de un sanitario, repleto de heces y olores insoportables. Los gritos llena-

ron el diminuto espacio de curiosos. Los internos apostaban si el delgado hilo iba a soportar el peso o si iba a reventarse y a dejar caer a Modesto en el retrete. Otros decían que primero iba a morir por los olores que por el cordón de su ejecución. Y otros bromeaban con que todos se morirían por la acumulación de gases de mierda y orines antes que el atormentado con su cordón en el cuello.

Al mismo tiempo que llegaron el Comandante y el abogado, llegó la trabajadora social. Esta era una escena frecuente de los internos consternados ante el acoso de otros delincuentes, la ausencia de sus familias o la falta de respuesta de la justicia. Toda la situación era dramática: una fila de diez sanitarios sin agua, sin puertas y saturados de excrementos humanos, que eran de uso diario para 180 hombres. En ese momento, nueve sanitarios estaban ocupados con hombres que hacían sus necesidades fisiológicas sin prestar atención a lo que pasaba a su alrededor, y en el último se hallaba Modesto. Estaba semidesnudo, solo llevaba unos calzoncillos azules de pepas negras. Su cuerpo era blanco como un queso boyacense, huesudo, arrugado y tenía moretones en el abdomen. Las uñas de las manos y de los pies eran largas y negras. El cabello, la incipiente barba y los bigotes blancos estaban desordenados. Escurrían por sus flácidas mejillas dos riachuelos de lágrimas, y sus manos estaban agarradas al cordón rojo. Eran evidentes la angustia, la rabia y el miedo de Modesto.

Por su parte, el auditorio acostumbrado al dolor y a las explosiones de frustración con eventos violentos, encontraba en aquel cuadro una comedia. El público era incrédulo de un

desenlace fatal: para ellos, lo más probable era una culminación fecal. Mientras el abogado y la trabajadora social pedían cordura para unos y otros, Modesto tuvo unos segundos de lucidez para entender que, si no se moría aquella tarde, su futuro sería peor de lo que había vivido hasta el momento. Sin embargo, al parecer encontró una salida más digna y se soltó el lazo rojo del cuello, bajó cuidadosamente y cabizbajo. La desilusionada multitud le hizo una calle improvisada para que el apenado Modesto saliera de esa cagada tan grande.

El Flaco y Modesto llegaron a la oficina del abogado un par de horas después. El frustrado suicida ya estaba vestido, calmado y con la huella de su osadía en el cuello, aunque seguía visiblemente avergonzado.

—Sigan.

—No, doctor, yo salgo a la capilla —dijo el Flaco—. Él sí se queda. —Y le dio una palmada en el hombro a Modesto.

—Señor Modesto.

—Hola, doctor, ¿cómo sabe mi nombre?

—Hoy todos nos enteramos de que estaba pasando un mal momento.

—Ahh, claro, se me corrió la teja. ¿A quién se le ocurre que se puede matar con ese cordón? ¡Qué vergüenza! —Hundió la cara entre las manos y se sonrojó.

—Tranquilo, todos en este lugar perdemos la cabeza en un santiamén. ¿Qué fue lo que pasó?

—Estoy desesperado. Estoy en este lugar por algo que yo no hice, tengo mis animales abandonados, y me están amenazando porque no les doy más plata. ¡Plata que no tengo!

—Vamos por partes, ¿de qué estás acusado?

—Homicidio, tentativa de homicidio y porte ilegal de armas.

—¿De qué animales hablas?

—Unas vaquitas que tengo, doctor.

—¿Dónde vive? —preguntó.

—En Bogotá, a las afueras, en el barrio Juan Rey.

—¿Quién lo está amenazando? —Era obvio que en ese patio mandaba el Tripas y todo lo que pasaba allí era con su consentimiento.

—¡Los caciques! Los primeros ocho días me enviaron a dormir en el baño que usted pudo ver. Cada media hora me despertaba un compañero para que le prestara el baño. Me tocó pagarles para que no me mataran. Me tocó darles dos millones de pesos a la semana de llegar, y hace cuatro meses otros quinientos mil pesos para que me dejaran dormir en el pasillo. ¡Pero quieren más!

Cuando Modesto cedió a las amenazas se mostró frágil y fue marcado como una presa fácil para conseguir dinero. En la cárcel el que se muestra débil puede ser obligado a satisfacer hasta los deseos sexuales de otros internos, directamente o a través de un familiar, como la esposa o la hija.

—Como les dije que no tengo más plata, me golpearon ayer, casi me matan y me dieron dos días para conseguirla. —Su cara era de angustia.

La *Modelo* y la mayoría de los establecimientos carcelarios de Colombia se habían convertido en sitios destinados a aislar o desaparecer a las personas indeseadas temporalmente, en lugar de seguir el principio de ayudar a su resocialización para que,

algún día, se reintegraran a la sociedad como miembros útiles para la comunidad. Los delincuentes habían encontrado en las prisiones la forma de especializarse en el crimen y continuaban delinquiendo desde las mazmorras. Existían, además, organizaciones criminales completas con personas dentro y fuera de la cárcel dedicadas a extorsionar reclusos y ciudadanos.

—Comprendo su difícil situación —El abogado se solidarizó con la tragedia de Modesto.

—Doctor, hay más: para colmo, mi abogado hace dos meses vino muy temprano para darme buenas noticias, que esa misma tarde quedaba en libertad. Yo no podía creerlo, terminaba mi pesadilla, saltaba de alegría. El abogado me lo juró, pero me puso de condición que para traer la orden de libertad tenía que pagar todo el saldo de sus honorarios. Con gran esfuerzo, con la ayuda de mi hermano y otros familiares, logré pagarle. Ese día, con la buena noticia, empecé a regalar mi colchón, mis cobijas, ropa, un pocillo y un plato. Llegaron las cinco de la tarde, yo estaba desesperado por que llegara un pasillero o un notificador del juzgado con mi orden de libertad. No perdí la esperanza hasta el tercer día. Estaba cansado de dormir en el piso y de aguantar frío, y me tocó, con mucha pena, pedir que me devolvieran mis cositas. Para confirmar que me habían robado, pedí unas copias del proceso que llegaron ayer. Entendí que todo era mentira, que mi proceso sigue adelante, que el abogado renunció a la defensa y que nunca hubo una orden de libertad. ¿Ahora comprende mi intento de suicidio? ¡Ya no puedo más! —gritó Modesto—. Por eso quería acabar con esta angustia, pero hice fue el ridículo, ahora me gritan

Mierdasuerte por los pasillos. Por favor, ayúdeme para que me pasen a la zona de la tercera edad, tengo sesenta y ocho años y allá todo es más tranquilo.

—Ese lugar está en el mismo patio, ¿no cree que el cacique puede presionarlo allí también?

—No sé, pero debo intentar algo o me va a dar un infarto, porque está demostrado que no soy capaz de matarme —dijo mientras se pasaba el índice por el cuello.

Se despidieron bajo la promesa de que el abogado iba a ayudarlo. Con la disculpa de la Mesa de Trabajo, el abogado quiso darle al Tripas una oportunidad de demostrar su interés por los derechos de los internos y pidió que le ayudara con Modesto. Aunque el Tripas dijo desconocer la situación de Modesto, hábilmente manifestó su gran disposición de hacer todo lo pertinente al otro día para el traslado al módulo de la tercera edad.

Y así fue. Veinticuatro horas después, el abogado visitó a Modesto en un sitio más tranquilo. Todos sus habitantes, como en un pueblo típico, estaban en la puerta de sus celdas, unos jugando parqués, cartas o dominó, otros navegando en sus recuerdos. Algunos caminaban lentamente abrigados con ruanas o sacos de lana. Parecían cansados y esto también se reflejaba en el ambiente. De camino a la celda, al abogado le llamó la atención una anciana de estatura baja, de falda larga y negra que estaba en una de las celdas. No entendía qué hacía allí, pues no era día de visitas.

Cuando el abogado llegó a la nueva celda de Modesto se encontró a un hombre de apariencia octogenaria que tenía

una barba larga, blanca como la nieve, cejas abundantes del mismo color y un diente de oro que iluminaba su rostro. Le contó que llevaba cuarenta y un años privado de la libertad y que Modesto se encontraba terminando el trámite de cambio de celda, que lo esperara. Mientras tanto, el abogado aprovechó para preguntar por la señora que había visto unos minutos antes.

—¿Me puede contar algo sobre la señora que está unas cinco celdas antes de esta? —No era difícil de identificar porque era una prisión para hombres. No podía pasar desapercibida esa presencia.

—¿Doña Rosa?

—Sí, me imagino que es la única mujer en esta sección.

—Claro, señor. —Sonrió tranquilamente—. Esa vieja terca nunca dejó de visitar a Joaquín, preso por falsificación de moneda. Tal vez se cansó de la fila de todos los fines de semana y decidió no volver a salir. Una tarde de domingo todas las visitas femeninas se fueron, pero Rosita no. Encontró el lugar más recóndito en el patio para quedarse por siempre, o el tiempo que le quede a su viejo. Esa sí es una vieja fiel. Yo, en cambio, hace treinta y cuatro años no sé nada de mi mujer ni de mis seis hijos. Rosita se la pasa cocinando y cuidando de él, ha estado muy enfermo. Rosa está presa de su amor y su condena sería quedar libre. Tiene que huir todas las tardes a esconderse en el sitio más seguro para no ser expulsada, es tal vez la única de los internos que no quiere salir de aquí.

—Buenas tardes, doctor. —Saludó Modesto.

—Buenas tardes, Modesto.

—Permiso, doctor. —Salió pausadamente el señor octogenario sin antes decirle su nombre al abogado, quien, por lo demás, estaba ansioso por conocer el detalle de esa historia de amor.

El rostro de Modesto estaba cambiado, en él había alegría y esperanza.

—Lo veo mejor. —La celda era pequeña, oscura y olía a cuarto de San Alejo, pero el lugar era evidentemente más seguro.

—Hasta el momento sí estoy bien. Por acá estuvo el señor Intestino.

—¿Intestino? Será Tripas.

—Ése, ése.

—¿Qué le dijo?

—Que estuviera tranquilo porque él ya había hablado y que la próxima le pidiera prestado un lazo más grueso. También que le dijera a usted que había hecho su tarea por los Derechos Humanos.

—Ahora que las cosas van mejorando, cuénteme con detalle el tema de su proceso judicial.

—Doctor, yo vivo en la ciudad y en el campo al mismo tiempo. Mi casa está a las afueras, tengo un lote con unas vacas hace treinta años en el sur de la ciudad, y para salir de la rutina uno va a tomarse unas cervecitas, normalmente voy a la tienda de doña Carmen. —Se puso de pie y, pausadamente, sacó una bolsa plástica que contenía las copias de su proceso judicial y se las entregó al abogado—. Esa noche algunos jóvenes del barrio tuvieron problemas, pero yo no tuve nada que ver. —Mientras Modesto hablaba, el abogado revisaba los

documentos y se dio cuenta de que lo que escuchaba se contradecía abiertamente con lo escrito en el papel.

—En su indagatoria usted manifestó que no conoce a la señora Carmen y me está diciendo que vive hace treinta años en el barrio y que fue a la tienda de la señora. ¿Por qué dijo eso?

—La verdad sí fuimos.

—¿Fuimos? ¿Con quién estaba? En la indagatoria dice que estaba solo esa noche.

—Doctor, la verdad es que estaba con un vecino.

—¿Cuál vecino?

—Con José Lucinio

—¿Quién es él?

—Un joven que de vez en cuando me ayuda con el ganado.

—¿Usted conoce a los muchachos con los que hubo problemas?

—Sí.

—Pero en la diligencia con el juez dijo que no los conoce e incluso uno dice que usted le disparó. —En los documentos se encontraban versiones de los jóvenes que lo señalaban.

—No, ¡yo no disparé!, ¡yo no fui! —Levantó sus manos, indicando que no tenía nada oculto. Sin embargo, las contradicciones eran muchas y el abogado tuvo que presionarlo para descubrir qué estaba pasando.

—¿Por qué le está mintiendo a la justicia? Es muy grave lo que está haciendo. ¿Cómo va a negar que no conoce a una señora que ha sido su vecina por treinta años? Sus delitos son muy graves, ¿es consciente de eso? Puede pasar el resto de su vida en la cárcel. En este caso hay un muerto y un herido.

Modesto quedó pensativo y empezó a mover la mano y la pierna derecha con un tic nervioso que no podía controlar. Tras una pausa, respondió:

—¡Lo sé!

—Señor Modesto, piense bien en lo que hace ¿Usted fue asesorado por el abogado que lo robó?

—Sí, me lo envió José.

—José, ¿el joven que lo acompañaba la noche por la que lo tienen acá?

—Sí, él me dijo que negara todo, que no lo involucrara y me ayudaba a salir de esto.

—Como están las cosas, lo mejor fue que ese abogado lo abandonara.

—¡Par de hifuepuercas! —masculló con rabia.

—Ese abogado lo estaba hundiendo para que se quedara toda la vida en la cárcel. Si quiere que lo ayude, ¡tiene que decirme toda la verdad!

—¿La verdad?

—Sí, toda la verdad.

—Doctor, José vino y me amenazó y me impuso el abogado, me dijo que no lo podía mencionar o me podía pasar algo. Él fue el que tuvo el problema con esos muchachos, yo no tengo nada que ver. —Los movimientos de todo su cuerpo se volvieron incontrollables, como si tuviera un ataque epiléptico. Fue necesario hacer una pausa para retomar la conversación.

—Retomemos con lo que pasó esa noche.

—Estábamos en la tienda de la señora, pasaron esos locos y le buscaron problema a José. Yo les dije que no molestaran y

que se fueran a su casa, pero todo se salió de control y José se fue de pelea con ellos.

—¿Usted que hizo?

—Me fui para mi casa.

—Pero hay un muerto y además un herido que afirma que usted le disparó. —Le refutó el abogado. Y Modesto empezó nuevamente su movimiento en la pierna.

—No, ¡le repito que yo no fui! —Tiró lejos unos documentos que tenía en las manos y miró a su interlocutor con rabia.

—Comprenda que necesito saber que pasó esa noche para ayudarlo.

—Sí, discúlpeme, es que yo no estuve allí, en la pelea, ellos se fueron corriendo y yo me fui para mi casa. Al otro día supe lo del muerto.

—¿Eso se lo dijo a su abogado?

—Sí.

—Menos mal se quedó sin abogado —expresó el abogado sin pensarlo—. Según lo que le dijo al juez, usted estaba solo y solo está en el problema. Con la situación tan grave, debe vincularse a José y demostrar que usted con su edad no podía enfrentarse a cinco jóvenes al mismo tiempo. ¿Usted tiene algún arma?

—No. Lo que tengo es miedo... le puede pasar algo a mi familia.

—Debe decidir qué va a hacer, si enfrenta esta situación con las consecuencias que puedan venir o, definitivamente, va a ser condenado por lo menos a treinta años. —Por el rostro de Modesto, el abogado empezó a preocuparse de que le diera un ataque. Pero era el momento de mostrar la verdadera situación

jurídica que venía en contra de este hombre asustado, amenazado y ahora en crisis nerviosa. Sin embargo, por esa tarde era suficiente y terminaron la conversación.

A los pocos días, la familia de Modesto contactó al abogado. Un hermano había decidido poner todo su empeño en ayudarlo, consiguió un nuevo abogado y juntos hicieron lo que la justicia no quiso: buscar la verdad, aportar pruebas que demostraban que físicamente era imposible que un hombre de sesenta y ocho años, con una importante disminución física, corriera al ritmo de unos jóvenes, los enfrentara, los localizara en medio de la maleza, matara a uno y dejara herido a otro. Al final al señor Modesto lo absolvieron por el beneficio de la duda y quedó libre. A José lo condenaron a veinticinco años de prisión. Pero se fugó y nunca dieron con su paradero.

Tanto conmovió esta historia al abogado que esa misma semana buscó entre los internos uno con habilidades de pintor de brocha gorda para que le ayudara a hacer un mural en el pasillo de ingreso, donde llegan los abogados a encontrarse con sus defendidos, con el propósito de plasmar un mensaje visible, una reflexión sobre la cárcel, la libertad y la responsabilidad de los defensores.

Finalmente, el mural quedó con la siguiente frase:

«Abogado, hoy estás en las alas de la libertad, dando esperanza a los abandonados. Tu inteligencia y las leyes harán que brille la luz de la justicia, pero solo tus buenas acciones te aseguran tu libertad. Recuerda que estos hombres confían en ti».

El buen pastor



En una ocasión, el abogado cambió su camino tradicional. Le habían solicitado que prestara servicio jurídico en otra prisión ubicada en un barrio residencial de la ciudad, esta vez al noroccidente. El lugar estaba rodeado de viviendas y quedaba cerca de la Escuela de Cadetes del Ejército de Colombia y de la Sede de la Conferencia Episcopal —el pueblo, la iglesia y la institucionalidad—. El abogado llegó a un gran portón de metal verde que tenía una pequeña ventana donde se anunció. Estaba en la cárcel de mujeres más importante del país, el Buen

Pastor. Se presentó con la directora, una guardiana llamada Esperanza. Era una mujer negra, alta y corpulenta. Tenía una hermosa sonrisa. Era amable, alegre y de profesión abogada, con muchos años de experiencia en cárceles. Hicieron una caminata por las zonas verdes y por los edificios de cinco pisos, blancos y con franjas amarillas, que tenían espacios abiertos, luz, y los infaltables barrotes y puertas de metal con el mosaico de colores de prendas de todo tipo colgadas de cada ventana o reja. Además, había un constante murmullo de voces femeninas.

El abogado sabía que estaba conociendo una cárcel muy distinta. En medio de las tristezas se podían sentir destellos de alegría, energía femenina, luz y menos hacinamiento y violencia.

—Esperanza, ¿cuántas mujeres reclusas tenemos en este centro?

—Tenemos 2122 internas. Superamos la capacidad inicialmente establecida, pero no hay comparación con el hacinamiento de las cárceles masculinas.

—Las mujeres son un pequeño porcentaje dentro de la población penitenciaria —comentó el abogado.

—Sí, en Colombia la proporción de reclusos hombres es del 94%, en relación con el 6%, que corresponde a mujeres. Y tenemos muchas extranjeras que, por necesidad, aventura o engaños, fueron reclutadas por las bandas del narcotráfico para transportar droga en sus cuerpos o equipaje.

—¿Cuáles son las características de la población reclusa? — Entre las miradas curiosas que los observaban, el abogado vio

figuras masculinas a las que llamaban *los Chachos*. Eran chicas con ropa ancha, pelo corto y comportamiento masculino. Eran, por decirlo de alguna manera, los hombres de la cárcel. Mantenían relaciones entre ellas y representan la seguridad física, afectiva y económica de sus parejas. Algunos chachos perdieron su libertad y, a su vez, encontraron al interior de esos muros la oportunidad de expresar lo que realmente sentían y querían ser porque ya no tenían presión social ni familiar.

—Son mujeres con una edad promedio de treinta años. El 72% solo cursaron la primaria y 22% bachillerato. Casi todas son madres solteras o separadas y cabezas de familia.

—¿Tienen hijos?

—El 86% tiene hijos, uno o dos en promedio.

Más tarde, el abogado continuó solo el recorrido de las instalaciones y encontró todo tipo de miradas: algunas perdidas, otras alegres o perturbadas y otras que lo buscaban.

—Hola, ¿estás de visita por acá? —preguntó una mujer que se le acercó.

—Sí, estoy en una visita de trabajo. ¿Cómo te llamas?

—Amelia —respondió.

—¿Y qué te trajo a este lugar?

—Tuve una niñez entre golpes, hambre y violencia. Mis padres me abandonaron a temprana edad y, junto con mis hermanos, terminamos viviendo donde nuestra abuela, que no tenía una pobreza distinta a la de sus padres, según me contaba. Cansada del sufrimiento, pronto busqué a un hombre que me sacara de ahí. Pasé de hombre a hombre y de puños a patadas

y a más maltratos, hasta que un día llegó un hombre mayor, protector y cariñoso. En los cuatro meses de novios me dio el amor que no había recibido en toda la vida.

—¿Qué tan mayor? —La interrumpió el abogado.

—Para esa época yo tenía veintiuno y él cincuenta y uno. El único defecto que le pude ver eran sus celos. Tal vez por la diferencia de edad, él pensaba que todos los hombres me miraban y que yo les coqueteaba.

—¿A qué se dedicaba el señor?

—Trabajaba cuidando una finca, pero me cuidaba era a mí, permanecía a escondidas vigilándome.

—¿No pensabas que era exagerado su comportamiento?

—Una siempre piensa que ellos pueden cambiar. Pero esa es una mentira que solo una se cree. ¡Loro viejo no aprende a hablar!

—¿Cómo terminó esa relación?

—Me propuso que nos casáramos y tuviéramos una familia. Yo, ilusionada, acepté. En realidad, no tenía nada más en este mundo, era la única persona que me valoraba y era mi sustento. Desde que nos conocimos me ayudaba con mis gastos, era muy generoso. A veces creo que en él recogía todo ese amor que nunca tuve.

—¿Y se casaron?

—Sí, fue algo sencillo, me casé con vestido blanco y todo. Solo estábamos el cura y nosotros dos. Llegué a su casa, ¡por fin mi momento de estar feliz! Me llevó a una habitación en un sótano, la sorpresa es que no tenía puerta sino reja. —Por un momento quedó en silencio y con la mirada perdida.

—¿Qué tenía en ese cuarto?

—Nada raro, algunas cosas viejas, una cama y una mesita de noche. Con el tiempo entendí que todo estaba calculado.

—¿Por qué lo dices?

—Ese señor, que ya era mi esposo, me dijo que entrara. Dudosa lo hice y, una vez adentro, me encerró con candado. Pensé que estaba charlando, pero pronto pasé de la risa a los gritos, ¡era en serio! Me dejó ahí por siete años.

—¡Increíble! ¿Y nadie podía escucharte? ¿Tu familia no te buscó?

—No, doctor. La casa era grande y alejada del pueblo. Estaba en una finca lo suficientemente retirada para que mis gritos se perdieran con el ruido de los animales, el sonido de la radio y la televisión. Además, cada uno vive en su propio mundo y sus problemas. Mi abuela era mi única familia y ya había muerto. De mis padres y hermanos nunca volví a saber nada. Yo estaba sola. No había nadie que notara mi ausencia. Él sabía cómo era mi vida, lo conocía todo, por eso le digo que ese hijo de su madre sí lo tenía bien pensado.

—¡Dejá de dar pesar y contá ya tu maldito crimen! —exclamó una de las prisioneras que estaba distante, pero escuchando. El abogado se sorprendió por la interrupción, pero era parte de las bromas de las reclusas.

—Tranquila, ¿sí?, ¿o es que vas a ir a algún maldito lugar?

—Le contestó Amelia, mientras golpeaba la mesa y luego continuó como si nada—. Con los años me resigné a mi destino, pensaba que había nacido para sufrir.

—¿Tu marido te pegaba?

—A parte de la violencia del secuestro no me pegaba. En el primer año sí tuvimos muchos enfrentamientos porque yo lo atacaba, lo intentaba golpear, hacerle daño, pero era un hombre muy grande y mis golpes no le hacían nada. Hasta que llegó el punto en que me cansé de pelear y busqué que mi prisión fuera lo menos difícil posible.

—¿Cómo hacías para comer, bañarte, suplir tus necesidades?

—Al principio, todo lo hacía en ese sitio y poco a poco me fue dando permisos para ir a otros espacios de la casa.

—¿Cómo eran esos días en el secuestro?

—Pues yo no lo miraba como un secuestro, sino como algo que me había tocado. Me fui acostumbrando y tal vez para hacérmelo más fácil me decía yo misma: él lo hace porque es muy celoso, pero me quiere. Sí, es que él está enfermo de los celos. Sí, lo hace para protegerme.

—¡Lo estabas justificando!

—Sueno raro, pero él era bueno conmigo, me llevaba mi comida, me compraba cosas, me hablaba mucho, me decía que no quería perderme, que me amaba, que lo perdonara. Como le dije, con el tiempo me permitió moverme en la casa. Pero yo no dejaba en ningún momento de pensar en mi libertad.

—¿Cómo te escapaste?

—En siete años me aprendí la rutina: tenía días para tener relaciones sexuales, otros para estar en la sala y ver televisión, unos para cocinar y asear la casa. Sin embargo, lo que no cambió es que dormía en la jaula y nunca podía salir de la casa. Todas las puertas estaban aseguradas con llave y solo había

una ventana pequeña en el cuarto de mi marido. Unos días de la semana él los dedicaba para hacer mercado, o me imagino que para divertirse con sus amigos. Era un hombre muy trabajador, y en algunas ocasiones llegaba tomado. ¡Esa fue mi oportunidad! Una vez que llegó borracho, bajó la guardia y yo ya sabía en dónde dejaba las llaves, cuál le servía a cada cerradura o candado, dónde guardaba el dinero, todo lo tenía calculado; bueno, casi todo, y pude escapar.

—¿Por qué casi?

—La tarde en la que tuve la oportunidad, llegó a la hora que esperaba, estaba borracho. Las llaves y el dinero estaban en el sitio de siempre. Los tiempos que tenía calculados para llegar al terminal de transporte del pueblo también. Lo que no sabía es que iba a sentir remordimiento, miedo, soledad. Me estaba alejando de mi aparente protector, de la única persona que me había dicho que me amaba, la que me hacía reír, pero también llorar. —Se notaba en el rostro de Amelia su confusión. Decidió escapar de su aparente seguridad buscando su libertad y, a su vez, se lanzaba a un abismo de incertidumbres. Hasta ese momento de su vida, esas eran las únicas migajas de amor que había recibido.

—¿Lo denunciaste?

—No, tenía mucho miedo. Pensé que como estábamos legalmente casados, no me iban a creer y otra vez quedaría secuestrada.

—Entonces, ¿qué hizo?

—Correr y correr, esconderme durante años. No sabía cómo reaccionaría si me encontraba. Me lo imaginaba como loco

buscándome por todos lados. Con el dinero que me llevé pude vivir durante un año. Después conseguí trabajo y comencé de nuevo. Como una no aprende, volví a confiar y conocí otro hombre, Manuel. Con la ilusión de borrar las heridas del pasado, tuve un hijo con él. Nuestro niño era muy inquieto, inteligente y alegre. Pero yo estaba amargada, resentida con la vida, con ganas de vengarme con el mundo por todo lo que había sufrido, y Manuel, otro como yo, conoció solo golpes y abandono. Los dos éramos perros rabiosos. Pobre nuestro hijito con esos padres.

—¿Por qué? —preguntó el abogado. Él Deseaba darle consuelo, quería darle un abrazo, una caricia en su cabeza, pero lo dudó. En ese momento, se reflejó en la expresión de Amelia todo el dolor acumulado de su vida, su rostro había perdido color y no era más el de una joven, sino el de una mujer vieja y dolida.

—Porque nos sacamos todas nuestras rabias con Manolo; así llamamos a nuestro hijo. Su alegría para nosotros era burla, desorden, molestia, ¡nada de lo que hacía era bueno para nosotros! Era un niño hablador, preguntón, reciclaba la basura para volverla juguete, era muy creativo. Mi Manolito tenía cuatro añitos, era tan lindo, se le hacían unos hoyuelos en sus cachetes cuando se reía, su cabello era grueso, entre crespo y liso, su cuerpito delgado y barrigón. Nuestras cargas y preocupaciones por conseguir la plata para el diario, el arriendo, para sobrevivir, solo nos dejaba gritos y peleas... Para nosotros Manolo era un chino cansón. —En la dureza de su rostro había un poco de emoción, incluso lágrimas—. Ese día amanecimos

con el pie izquierdo. Yo estaba en una depresión tremenda y con migraña. Mi cabeza permanecía en la amargura de los recuerdos de la pobreza de mi niñez, el maltrato y esa experiencia con el hombre que por amor me encerró. Mi marido, como dicen las rancheras, ahogaba sus propios dolores en el licor y golpeándonos. Mi hijo vivía aislado en su mundo imaginario.

—Dígale, amiga, escupa todo ese dolor. —Intervino de nuevo la mujer que antes la había gritado.

—¡Bueno! —La miró a los ojos y con sus manos le indicó que esperara—. Ese día por accidente Manolo rompió la ventana de un vecino problemático que nos buscó pelea. Todo se nos juntó y Manolo fue la manera de desquitarnos de todo lo malo que nos pasaba. Empezamos a golpearlo —Amelia empezó a llorar y tomó un sorbo de algo que le dio la otra interna.

—Tranquila, amiga —decía mientras Amelia tomaba fuerzas para continuar con su relato

—Para rematar lo metimos dentro del lavadero, le sumergíamos la cabeza una y otra vez. El niño gritó mientras pudo y luchaba por respirar, después se puso morado y en minutos estaba como un muñeco desgonzado. —Tomó otro sorbo y suspiró profundamente—. Cuando nos dimos cuenta de lo que estábamos haciendo, ¡fue muy tarde! Pensábamos que se estaba haciendo el dormido, después que se había desmayado. Con los minutos, empezamos a llamarlo, a gritarlo, a moverlo con fuerza, pero nada. Tenía los labios negros, sus ojos entre abiertos y ya estaba muy frío.

—Pero, ¿qué hicieron? —El abogado sentía una mezcla de emociones por lo que le habían hecho a ese inocente niño.

—Ya no se escuchaba que respirara. Salimos corriendo, yo gritaba. Mientras tanto, los vecinos nos señalaban; en otras ocasiones nos vieron pegarle a Manolo. Como pudimos llegamos al centro médico más cercano, dijimos que había sido un accidente, que se había ahogado jugando en el lavadero. Mientras lo atendían planeamos qué decir, pero no fue creíble, el niño tenía moretones en su cuerpecito. Los médicos llamaron a la policía, tomaron testimonios de algunos vecinos que se vinieron en contra nuestra y fuimos condenados por asesinato. —Escupió, como expulsando un trago amargo y retiró bruscamente la mano con la que su compañera le secaba las lágrimas—. Me voy directo para el infierno con ese marica. —Se levantó, tiró lejos el vaso plástico que tenía cerca y se fue sin mirar atrás.

—Pobrecita —dijo la interna que antes los había interrumpido—. Ella se echa toda la culpa, aunque al marido también lo encanaron.

—¿En qué cárcel está?

—¡Estaba!

—¿Ya salió en libertad?

—Estaba en la *Modelo*. A los dos los condenaron a treinta años. Pero el pobre no aguantó el ritmo de todos esos bandidos. Lo de él fue un accidente, un ataque de ira tal vez, de desesperación o de tragos. Lo cierto es que le daban unas golpizas porque no tenía plata para pagarle a los caciques ni a la guardia. Además, el remordimiento lo consumió y terminó cortándose las venas. Él no tenía la fortaleza de Amelia, era débil y prefirió acabar con todo. A la pobrecita solo la ayudó fue la Valeria.

—¿Valeria?

—Sí, ella conoció otra persona y tuvieron una niña. La semana pasada cumplió dos años.

—Y, ¿cómo fue eso?

—Un primo que me visitaba resultó visitándola fue a ella, y le hizo a Valerita.

—Y, ¿con quién vive la niña?

—Acá, con nosotras.

—¿En la cárcel?

—Sí, las dos viven en la misma celda, tenemos los niños hasta los tres añitos. Amelia sufrió en el cumpleaños pensando que en un año se va.

—Es difícil desprenderse, pero por lo menos los niños disfrutaban de la mamá esos tres años. —Apuntó el abogado.

—No crea. Yo tengo un niño, pero nunca quise tenerlo en la cárcel, ellos no tienen la culpa de nuestros pecados, ellos también son conscientes de que no son libres, se preguntan todo el tiempo por qué no pueden salir, por qué no pueden ver a otros familiares, por qué los encierran con sus madres en las celdas bajo llave ¡Eso es cruel!

—La prisión hace todo lo posible para acomodar espacios para su recreación y bienestar. —El abogado salió en defensa de la institución.

—Pero también viven la violencia de la prisión, aprenden a hablar como nosotras, ven las peleas que nosotras tenemos. Algunas somos drogadictas y se la fuman con los niños en las celdas. Tienen sus parejas, ya sean hombres o mujeres, y tienen sus relaciones delante de los niños, y además los golpean.

—No son todos los casos.

—Doctor, no nos digamos mentiras. A los niños los utilizan como compañía para pasar la pena, pero le repito, ellos no tienen la culpa. La Gitana está condenada a treinta y cinco años, y en siete años que lleva acá ha tenido seis hijos, todos regados en hogares de bienestar familiar.

—¿Y los padres de los niños?

—No tienen. Aquí las mujeres buscan hombres solo para que las embaracen y puedan salir. Solo los tienen por los beneficios.

—¿Los beneficios?

—Sí, porque saben que para el parto duran seis meses en libertad y después tienen tres años de compañía. Eso no es justo con esos niños. ¿Qué futuro les espera? Ellas no tienen hijos porque los quieren, sino porque son un instrumento para aliviar sus pecados. Yo no quiero juzgar a la Gitana ni a cualquier otra que haga lo mismo, pero no estoy de acuerdo.

—¿Y el caso de Amelia?

—Bueno, es distinto, ella da la vida por Valerita, todas la queremos como sus tías. Amelia tiene claro que no va a tener más hijos por el beneficio. Ahora mismo está sufriendo, en un año la niña tiene que irse. Ella no tiene familia, así que tiene que irse con la de mi primo. Ellos son buenos, pero ella no los conoce y de todas formas nadie cuida al hijo como su madre.

—¿Y el papá de la niña?

—Él las visita seguido. Ella no ha querido entregarle la niña. Una relación de estas no es fácil, y más con una condena tan larga.

—Perdón, ¿cómo te llamas?

—Clarita, la bonita —dijo bromeando y se rio tímidamente.

—¿Cuánto llevas en esta cárcel?

—Cinco años, once meses y dos días.

—¿A qué te dedicabas?

—A la antigua profesión de puta. Sabe, todos me juzgan por mi pasado, por haber vendido mi cuerpo. Pero esa época fue dura, después de cada cliente me bañaba y lloraba, me secaba las lágrimas e iba con el siguiente. Estaba sola, no tenía nada ni a nadie, solo tenía a mi hijo que me daba fuerzas para continuar. Me da vergüenza con mi hijo, ni siquiera sé quién es su papá. Él no tiene la culpa y aun así me anima para salir de aquí. —A diferencia de su compañera, expresó sus emociones y lloró por un rato.

—Yo no quiero juzgarte, sino ayudarte. Continúa —respondió el abogado.

—Desde pequeña me dicen que tengo problemas de ira, he peleado con mi familia, con mis amigos e incluso llegué a pegarle a mi papá. Tuve que cuidar a mi hermano porque mi mamá nos dejó cuando éramos muy pequeños. Vivíamos de hogar en hogar. Pachito, mi hermano, se volvió malo, le hizo falta mi mamá, se dañó muy rápido. Compartíamos la misma pieza, pero cada uno en su mundo. De vez en cuando desaparecía, lo agarraba la policía o se enrumbaba por semanas cuando coronaba alguna vuelta. Era aficionado a las zapatillas. Empezó robando las maletas y los tenis de los vecinos. La última vez que lo vi estaba feliz, tenía algo grande entre las manos, y había comprado unas zapatillas *Nike* que me restregaba con orgullo;

eran color verde fosforescente y rojo, tenían burbuja de aire en la suela, ¡una chimba! Antes de irse me dijo charlando que, si me portaba bien y le salía bien la vuelta, me regalaba unas para mí. —Abrió una pequeña cartera que tenía colgada del hombro, buscó en medio de maquillaje y golosinas una foto.

—Este es Pachito, mi hermanito. —Le mostró al abogado el rostro de un hombre joven, con gorra de vistosos colores. Su rostro y cuello estaban tatuados. Llamaba la atención que en el pómulo derecho tenía grabada la frase *sorry mom*, en medio de un alambre de púa y una rosa. La frente la tenía tatuada con los logos de marcas muy reconocidas, como *Play Boy*, *Nike*, *Versace* y *Gap*. En el cuello tenía escrita la palabra *respeto* que cubría toda su piel.

—Qué significan los tatuajes?

—Mi hermano es de pocas palabras, habla a través de sus tatuajes, de su afición por la ropa de marca. Cuando llegó tatuado con el alambre, me dijo que era el dolor que sentía por la partida de mi mamá. Cree que fue su culpa. La frase de su cuello es respeto, lo que pide de todo el mundo, por eso es tan violento.

—Hola, mi perrita. —Otra interna saludó a Clara, chocando sus puños y sus codos y se unió a la conversación.

—Esta es mi parcera, la monita —dijo Clara.

—Bien, continúa. —Le pidió el abogado.

—Cuando me volví mayor de edad, me encaminé por las drogas. Una noche en la que estaba drogada, me violaron, me maltrataron y me dejaron en un basurero. Una patrulla me recogió y me llevó a un hospital. Estando allí, llegó otro herido

muy grave, le habían dado cinco tiros en la cabeza. Los médicos corrían de un lado para otro. Después de un alboroto de diez minutos todo se calmó: había muerto. Como pude, levanté la cabeza y, en medio de las enfermeras y los médicos que lo observaban, pude ver unas zapatillas Nike verde fosforescente con rojo que tenían burbuja de aire en la suela. No era necesario nada más, no fui capaz de verlo, ni fui a su entierro. Esa fue la despedida con mi hermanito. —Se abrazó con su compañera y ambas evocaron el momento, como si presenciaran su entierro.

»Después de aguantar mucha hambre me dediqué a la prostitución. Me atraparon con muchas drogas encima, que no eran mías. Un año después quedé embarazada, y me tocó ver a mi hijo nacer en una prisión. Lo tuve aquí hasta que creció un poco y lo dejé con una tía. En este momento vendo manillas, estudio y estoy a punto de sacarme un título. Rebusco la plata y pienso en salir pronto a vivir con mi hijo y darle una vida mejor de la que me ha tocado a mí.

Abruptamente, la Mona, que escuchaba con atención, se tomó la palabra.

—Mi mamá era drogadicta —dijo la Mona. En ese momento se unieron una señora de aproximadamente sesenta y cinco años y una española. Se sentaron a lado y lado de Clara.

—¿Y tu papá? —preguntó el abogado.

—Mi papá trabajaba todo el tiempo, tenía que velar por mí y por mis dos hermanos. Por eso nos descuidaban, no sabía quiénes eran nuestros amigos o en qué ocupábamos nuestro tiempo. Yo me escapaba del colegio y de la casa, si se puede decir así, porque mis padres nunca estaban, pensé que a nadie

le importaba. Yo estaba vacía, no me quería, no me encontraba ningún valor, no me gustaba mi imagen. A corta edad quedé embarazada, e igual que mi madre, ingresé al mundo de las drogas. Quedé atrapada y perdí total responsabilidad sobre mis hijos. En la calle mi sustento era la venta de droga; detrás de las drogas, las riñas y el robo. Esta es mi tercera vez en prisión. Mi oficio era robar y drogarme. No he criado a mis hijos, la responsabilidad saltó a una hermana. Lo que me duele mucho y me motiva para salir de la cárcel es recuperar un poco todo lo que he perdido con mis hijos. Pienso decirles toda la verdad, hablarles con claridad y contarles los riesgos de la calle.

—¿Estás condenada?

—Sí, todo terminó con un homicidio involuntario y diez años de cárcel. Llevo seis esperando salir lo más pronto posible. Recibí muchas puñaladas y maltratos en la calle y en la cárcel. Sin embargo, los recuerdos son más dolorosos que todas estas heridas.

Se unieron más mujeres a ese corrillo improvisado en la cafetería y la mujer más adulta intervino.

—Doctor, pero escuche mi caso.

—Claro, ¿cómo te llamas?

—Soy Carmen.

—Nuestra abuela —dijo la española.

—Sí, doctor. —Continuó Carmen—. Me dicen cariñosamente la abuela. Debe ser por las arruguitas. —Se rieron en coro todas las que estaban presentes—. Yo estoy por pendeja: el marido de una hija me pidió que le prestara mi cuenta bancaria para consignar un dinero y resultó ser que consignó una persona que

estaba siendo extorsionada, y la policía hizo el seguimiento y me capturó fue a mí.

—Eso fue por bruta, abuela. —Volvió a interrumpir la española. Unas se reían y otras consolaban a Carmen.

—¿Y tú qué? —preguntó el abogado a la española.

—Por igual de bruta, tío —dijo con el acento español—. Como vosotras sabéis, un tío me invitó a conocer Cartagena, ¡venga!, ¿quién no quiere conocer Colombia? Pensé que me estaba tirando los trastes, pero mentira, me traía como a una idiota, me quería de mula.

—¿Vinieron juntos?

—Sí, la pasamos de puta madre, ¡ya me estaba enamorando! Pero al regreso, ¡qué va! Me dijo que me enviaba primero y llegaba una semana después, pero que le llevara un regalo para su madre. ¡La madre que me parió! Y le creí, ¡me tocó los ovarios! Llegué al aeropuerto de Madrid y la guardia me sacó de la fila de inmigración y me esculcó hasta el pelo. Al principio estuve tranquila, pero al rato estaba cagada de miedo y más cuando el regalito eran cinco kilos de coca. ¡Mierda! La he cagado. Lo peor es que la condena no es solo para nosotras, sino para nuestras familias.

En ese momento un halo de tristeza las envolvió a todas y se fueron retirando una a una, tal como habían llegado.

Pelirrojo



La *Modelo* era un reflejo en miniatura de la sociedad que la creó y, como en toda organización social, existía una reducida clase pudiente, en este caso, delincuentes poderosos y con dinero, generalmente, fruto de sus actividades criminales. Algunos de ellos, aún en la cárcel, tenían injerencia política y conservaban sus privilegios.

La delincuencia de cuello blanco, en su mayoría no pisaba la cárcel, sino que iban a establecimientos de reclusión especial, como guarniciones militares o escuelas de policías que eran, en

realidad, *clubes* con todas las comodidades: amplias habitaciones, restaurantes, salas, bar, zonas húmedas, campo de golf o de tenis y, además, tenían la reverencia de sus custodios. Todo, menos algo parecido a una cárcel.

Por lo general, estaban presos por delitos económicos, estafas relacionadas con manipulación de grandes sumas de dinero, negocios bancarios o en la bolsa de valores, corrupción electoral y el manejo de dineros públicos en el ejercicio de la política. En el caso de que estos delincuentes llegaran a una verdadera cárcel, los esperaban pabellones especiales con privilegios exclusivos para ellos. Con sus riquezas podían comprar jueces y directivos del sistema penitenciario para ordenar traslados a esos pabellones o para evitar que los sacaran de ellos. Con su poder podían influir en decisiones judiciales para ganar acciones legales, como la tutela para ser trasladados a patios con beneficios.

Estos lugares se diferenciaban completamente del resto del establecimiento penitenciario: no había hacinamiento y, en cambio, tenían seguridad, mejores actividades de redención de la pena, celdas personalizadas y amplias, con baño privado, zonas comunales cómodas, lujos como televisión satelital, electrodomésticos y, sobre todo, acceso a las rutas ilegales que permitían el ingreso de todo lo que se deseara, con la complicidad de la vigilancia.

Las bajas sanciones penales por delitos de corrupción y los lujos que evidentemente podían tenerse en la cárcel, justificaban para algunos facinerosos asumir el riesgo de delinquir.

Casi siempre había mucho dinero en juego como para permitirse pagar la seguridad, comodidades y una buena defensa judicial. Asumían la remota posibilidad de ser judicializados y condenados, y en caso de serlo, estaban dispuestos a dejar el país para evadir la justicia, o, en el peor de los casos, pagaban tres o cuatro años privados de la libertad y vivían el resto de la vida con la fortuna obtenida en el crimen.

También podía encontrarse el grupo conformado por narcotraficantes, contrabandistas, lavadores de dinero ilícito, testaferros o la mezcla de todos los anteriores. Casi siempre, los orígenes de estos sujetos eran humildes y habían empezado en la delincuencia común, con hurtos callejeros, robo de partes de vehículos, hasta que, finalmente, escalaron a delitos con utilidades multimillonarias y fachadas de empresas lícitas. Estos malhechores tenían una gran influencia que se traducía en corrupción y violencia, dentro y fuera de las cárceles; tenían la capacidad de manipular a las autoridades, entre ellas la guardia y el sistema judicial, ya fuera con sobornos, amenazas o con el uso de la fuerza.

Estos delincuentes compartían el mismo edificio, pero, aun así, estaban separados los de cuello blanco de los narcotraficantes *pura sangre* o presos por delitos afines. Allí se vivía una tensa calma, hacían pactos de no violencia mientras permanecieran presos, olvidaban sus rencillas temporalmente, pero cada vez que podían se mostraban los dientes, aunque evitaban la confrontación. En estos sitios, los *huéspedes* nunca perdían su cargo, al contrario, seguían presumiendo que eran políticos, capos o comandantes. Todos querían mostrar su poder

económico y político. Ellos formaban sus propios aliados por región, partido político, familias, delitos, capacidad económica, casta política o antigüedad en el penal.

En una ocasión se programó con la Mesa de Trabajo revisar las precarias condiciones de los internos con enfermedades terminales que se encontraban en el centro de salud penitenciario. Aquella vez, el abogado esperaba en la fila del ingreso al centro penitenciario, sin embargo, estaba más demorado de lo habitual.

—¿Qué pasa con el ingreso, dragoneante? Tengo una reunión —dijo.

—Tranquilo, abogado, hay una actividad especial en el patio de los duros.

—¿Y eso?

—Mire, doctor. —Señaló a los que encabezaban la fila.

El abogado miró a donde le señalaban y vio a dos personas empujando una gran caja, aproximadamente de un metro cuadrado, que llevaba por lo menos cien langostas entremezcladas con hielo. La guardia la estaba revisando. Después de unos minutos, el abogado logró pasar esa reja y, a los pocos metros, se encontró con otra gran fila: a un costado y listas para ingresar, un grupo de veinte hermosas mujeres, altas, esbeltas, jóvenes y con ropa ligera, poco apropiada para los climas fríos de Bogotá, se encontraban esperando la requisita y el registro para el ingreso al pabellón de alta seguridad, como listas para un desfile en un reinado de belleza. Cerca estaba el dragoneante Medina.

—Hola, Medina, ¿para dónde van estas mujeres?

—Está cumpliendo años Pelirrojo, van para *alta*. Venían en vuelo *chárter* de la zona cafetera. Son tres días de fiesta y su-

puestamente son abogadas —dijo con un tono de normalidad y levantando los hombros.

Mientras esto sucedía, todo lo que veía el abogado le parecía insólito. ¡Visita un lunes! ¡Tres días de fiesta y con prostitutas! La caja de langosta pasó a ser lo de menos y, por supuesto, él mismo se hizo las preguntas que nadie se atrevía a hacer en voz alta, a menos de que estuviera aburrido de vivir: ¿quién lo autorizó?, ¿qué dineros estaban circulando para la autorización ilícita de esa visita?, ¿quién era Pelirrojo?

Cada día el abogado iba entendiendo más esa regla no escrita pero vigente en la prisión después de ser amenazado y aislado por el sistema: la ley del silencio o la muerte. Él no estaba de acuerdo con eso, y en el pasado había intentado romperla, hablar con los directivos del establecimiento y del orden nacional. Nadie se lo dijo directamente, pero con las miradas le hablaban. Nunca pasaba nada y cada vez se encontraba más solo. Algunos funcionarios le insinuaron que iba a ponerse en peligro si no se hacía el de la vista gorda.

Una semana después, volvió a encontrarse con el dragoneante Carlos Medina, uniformado que llevaba cinco años trabajando en la guardia, tres de ellos en la *Modelo*. Era un hombre joven que representaba la gran mayoría de la guardia honesta. Con mucho esfuerzo estaba estudiando su segundo año de ingeniería de sistemas y evitaba involucrarse en actos ilegales, aunque lo separaran del grupo.

—¿Cómo terminó la fiesta en *alta*? —preguntó el abogado.

—Doctor, solo vimos salir a esas mujeres agotadas después de tres días de rumba y drogas. Nosotros no tenemos acceso

a ese pabellón, allá solo ingresa el director, el subdirector o la gente de confianza.

Después de tanto tiempo trabajando en la cárcel, el abogado no conocía ese patio. Pensó que debía buscar una disculpa para conocer qué pasaba allá.

—El mayor Vargas —dijo el dragoneante—, que estuvo en la fiesta, me comentó que los internos organizaron un improvisado casino, con juegos de mesa, y jugaron altas sumas de dinero en efectivo, una casa y dos carros.

—¡Acá pasan unas cosas! —Pensó en voz alta y con impotencia.

—Doctor, estamos en la prisión, usted encuentra hasta plantas de *whisky*.

—¿Qué? —preguntó sorprendido. Sabía que no era un comentario suelto y que existía una respuesta, por más irracional que pareciera.

—Sí, doctor, cuando trabajé en la Picota, hice un curso canino y un día me tocó hacer una inspección en el pabellón de los políticos. Algunos redimían sus penas en el galpón, donde los internos tenían unas veinte gallinas y tenían que cuidarlas, otros cultivaban papa, y allí algo llamó la atención de mi canino. Resultó que no eran plantas de papa, sino de *whisky* —se reía mientras lo decía—, tal como lo escucha, enterradas con las plantas encontramos cincuenta botellas de *whisky*. Con el tiempo supimos que los que trabajaban eran los presos del patio vecino. Internos de un patio pobre que estaban a pocos días de salir en libertad, y que sembraban plantas de papa y, entre ellas, ocultaban las botellas de licor de sus jefes adine-

rados. —Llevó al abogado a un rincón y en voz baja le dijo lo que a todas luces era evidente:

—Doctor, acá el *señor billete* lo maneja todo en estos pabellones. Están los bandidos más bandidos, los que han destruido este país desde sus altas posiciones, pero aquí siguen con todo su poder y hasta hacen milagros esos sinvergüenzas. ¿No escuchó que Mirá-vé, apareció de un día para otro con la celda más grande de la Picota?

—No, ¿qué paso?

—Doctor, el Mirá-vé demolió una pared y se hizo tremenda celda y nadie escuchó, ni vio nada. En esos pabellones se pierde la libertad, pero no los lujos.

—Y el director, ¿tampoco se enteró?

—Sí, pero eso se salió de control: el director era nuevo, recto, disciplinado, incorruptible, no sabía a lo que se enfrentaba. Hizo lo que nadie había hecho: organizó un operativo en el patio, y ahí fue cuando encontré las botellas de *whisky*. También había celulares, computadores, hasta una vieja que llevaba ocho días viviendo con Mirá-vé. Pero eso no se quedó ahí. Los duros se ofendieron porque supuestamente le pagaban una gran suma mensual al mayor para que no los molestaran, pero el director estaba sano. Entonces unieron fuerzas, llamaron al jefe del partido político y lo amenazaron con retirarle su apoyo electoral y económico para sus aspiraciones presidenciales.

—¿Qué sucedió?

—Pues se asustó y llamó al ministro de justicia que pertenecía a esa colectividad, quien a su vez llamó al director nacional

penitenciario, y este tuvo que destituir al director de la cárcel. ¡Así funciona esto! Y hasta ahí las nobles intenciones de cambiar esta joda.

—¡Estamos jodidos! Si los reclusos mandan más que las autoridades —dijo el abogado moviendo la cabeza de un lado a otro en total desconcierto.

—Doctor, recuerde que los políticos ingresan a las cárceles protegidos por el sistema legal que ellos han construido. Concluyó sabiamente el dragoneante Medina.

Pasaron apenas unas semanas y se presentaron algunas coincidencias que permitieron que el abogado conociera el pabellón de alta seguridad. El director estaba de vacaciones, el subdirector se enfermó y llegó una comisión de la Cruz Roja para atender un requerimiento de los reclusos de alta seguridad e invitaron al abogado a que los acompañara. Primero, ingresaron a la sección de los políticos y delincuentes de cuello blanco. Allí los atendió Pelirrojo. Después de las pomposas fiestas, su nombre era muy reconocido en la cárcel. Era un hombre corpulento siempre perfumado, bien vestido, con un Rolex y cadena de oro, que los invitó a pasar con una actitud de dueño de casa. Había sido diputado, senador y gobernador, era reconocido por su gran fortuna. Estaba condenado por escandalosos actos de corrupción. Además, esperaba otra condena por narcotráfico y estaba siendo investigado como autor intelectual de una masacre.

Cuando llegaron al salón social, el abogado recordó que, semanas atrás, los medios de comunicación denunciaron que allí se hizo una gran fiesta de cumpleaños con orquesta, pa-

randa vallenata y asado. Entre los invitados se destacaron jefes de partidos políticos, candidatos y gabinetes completos de importantes departamentos, e incluso decían que había ido un gobernador. Corrió el rumor de que allí se organizó la estrategia, financiación, contratación y compra de votos de la próxima campaña. No faltó el licor, y el escándalo que prendió la prensa fue por un momento tenso que casi termina en tragedia, a causa de las rencillas políticas del pasado y los tragos, e incluso hubo amenazas de muerte y se mostraron los dientes con armas de fuego. Alguien filtró la noticia a un reconocido periodista, pero, finalmente, todo quedó en otro escándalo, en otra investigación *exhaustiva* que no llevó a nada.

Del Pelirrojo no se separaba otro importante político capitalino, que fue prisionero de Bogotá y que también estaba condenado por corrupción. Su actitud era sumisa y silenciosa. Desde que llegó a la cárcel encontró en el Pelirrojo el patrocinador para su adicción al alcohol y a las drogas a cambio de convertirse en su *perro*, como le decían sus compañeros.

Ingresar al pabellón de alta seguridad era extraño. Sí, era la cárcel, pero más parecía una obra de teatro. Los carceleros actuaban como empleados serviles de los reclusos, y estos habían creado la fantasía de estar en el Congreso de la República, o en el Palacio Presidencial. Nadie perdía su cargo y todos se llaman concejal Martínez, representante Abadías, diputado Sampér, alcalde Londoño, ministro Moreno o embajador Rojas. Era el nido de la clase política. De ahí habían salido las mentes más brillantes de la maldad que había promovido un Estado colombiano quebrado, con municipios sin agua y sin escuelas. En esos pasillos

se negociaba la renovación ministerial, los gerentes de las entidades públicas, el reparto de la burocracia gubernamental. Eran políticos que mantenían su poder temporalmente, dependiendo de la chequera. Eran dueños de maquinarias electorales aceitadas con dineros ilegales y apetecidas por los candidatos ambiciosos, dispuestos a todo para llegar al poder que los residentes de ese pabellón dejaron vacantes.

—Buenas tardes, doctores, ¿van a tomarse un jugo, un refresco? —Así los recibió el anfitrión.

La representante de la comisión de la Cruz Roja, Adeline Müller, una dama alemana y con muchos años en la ONG, tomó la vocería y preguntó por las inconformidades de los reclusos del patio que los llevaron a esa reunión. Por su parte, el abogado observaba las comodidades del sitio. Había escuchado muchas historias de ese pabellón. Aunque definitivamente no tenía los lujos de la prisión de Pablo Escobar, las instalaciones eran similares a las de un hotel cuatro estrellas. Era fácil olvidar por momentos que se estaba en una reclusión.

No se escucha el barullo agotador, no se observa el hacinamiento, ni la basura. Estas instalaciones estaban en perfecto estado, aseadas, iluminadas y pintadas. El abogado pensaba que así debería ser toda la cárcel para darle dignidad a las personas. Si no las trataran peor que a los animales, tal vez su comportamiento sería menos violento, no reinaría la ley de la selva y se podría prescindir del negocio corrupto de pagar por lo que debería ser un derecho.

Antes de llegar al salón social, se advertía otra situación extrema y contradictoria para un lugar de reclusión: un gimnasio, sa-

lón de juegos, comedor de lujo, internos como empleados para el aseo de las habitaciones individuales, un chef que preparaba comidas a la carta y algunos presos tenían hasta guardia personal.

—Doctores, exigimos mejores condiciones, especialmente con nuestras visitas —dijo el vocero de los presos.

El abogado hacía un esfuerzo por disimular sus emociones, no creía lo que escuchaba. Eran reconocidos los exagerados beneficios que tenían las visitas de este pabellón. Había días legalmente establecidos para recibir a sus familias y, adicionalmente, se tomaban otros días destinados a la juerga, con las o los amantes, prostitutas, acompañados de grupos musicales, alcohol y drogas.

Adeline había recorrido muchos establecimientos en Colombia y en otros países de Latinoamérica, y con la naturalidad y la frialdad de una europea contestó:

—Vamos a tomar nota, para transmitírselo al Gobierno Nacional.

El Pelirrojo identificó quién lideraba la comisión, y dio un discurso como si estuvieran en una plaza pública, como en sus mejores épocas.

—Concrete, señor. —Con la misma frialdad, Adeline lo interrumpió.

—Déjeme hablar, así no se puede —replicó Pelirrojo. La miraba a los ojos con evidente enojo y le hablaba con el tono que usaría un mal jefe con un subordinado, pues estaba acostumbrado a que le mostraran un temor reverencial.

Eran delincuentes con poder, influencia y reconocimiento social. Algunos venían de familias prestantes que, de generación en generación, se habían traspasado los puestos públicos como si les

pertenecieran por apellido o casta familiar, como las monarquías más antiguas del viejo continente.

Después del disgusto, Pelirrojo agregó:

—Y el establecimiento tiene que garantizar nuestro derecho a las citas médicas. —Otra vez el abogado se sorprendía con el cinismo, porque en los pasillos se sabía que los reclusos de *alta* salían muy temprano de la cárcel con sus guardias de confianza a supuestas diligencias médicas y judiciales, y que una vez se encontraban fuera de la prisión, sobornaban a sus custodios para dejarlos ir y volvían a encontrarse al final del día. Ese fue el caso que generó otro escándalo para el nuevo director, el del interno conocido como el *Gobernador* de ese mismo patio, hombre extraordinariamente rico, miembro de una reconocida familia en los medios de comunicación que incursionó en la vida pública por un capricho y terminó en la cárcel por corrupción y desplazamiento forzado. Este personaje salía todos los días a la calle a visitar a su novia odontóloga, que le certificaba las citas médicas de su «largo y difícil tratamiento odontológico». Nuevamente se comprobaba que el *señor billete* lo respaldaba.

Adeline, como si tuviera un libreto en mano, y con un gesto inexpresivo, contestó:

—Vamos a tomar nota, para transmitirle todo esto al Gobierno Nacional.

La reunión se tornó tensa y el Pelirrojo, frustrado por no haber logrado la atención del público, se puso de pie y la dio por terminada. Los funcionarios se cruzaron en la salida con la corte de empleados que, en fila, llevaban al salón los jugos y las empanadas que les habían ofrecido. Solo los vieron pasar.

El motín



Existía una tensión creciente en todos los frentes de la prisión. Por una parte, hervía la inconformidad de los internos por el abuso de los caciques, la violencia de algunos guardianes y la falta de respuesta de la justicia. Las bandas estaban fuera de control. En la guardia aumentaba la presión entre los funcionarios honestos y los corruptos. Los ánimos de venganza entre los patios de la guerrilla y los paramilitares se recrudecían.

Todo se agravaba por la falta de agua de las últimas semanas y, para colmo, las altas temperaturas por esos días en

Bogotá, habían terminado de enervar los ánimos. Los olores eran insoportables, no había espacio para dormir, caminar o hacer alguna actividad productiva. Sin embargo, estas precarias condiciones no eran para todos los presos: cada día eran más evidentes las desigualdades entre los reclusos ricos y poderosos y los que no tenían nada.

El ambiente estaba tan hostil y violento que obligaron a la Mesa de Trabajo a pronunciarse. Convocaron una reunión con la presencia del director de la cárcel, Fernando Cabal, un hombre con una inmensa nariz aguileña, generalmente agitado y desordenado como su cabello y su forma de vestir. Era un mañoso funcionario del sistema carcelario. Tenía pocos escrúpulos y frecuentemente se le escuchaba decir que había luchado toda su vida para ese puesto que le arreglaría la vida. Nadie hablaba mal del director públicamente, pero entre los muros y fuera de ellos se escuchaban voces que decían, o por lo menos insinuaban, que cobraba ilícitamente por permitir el ingreso de celulares, armas, prostitutas y hasta por permitir que los internos asistieran a citas médicas externas. Todo lo que se movía allí tenía un precio y era orquestado desde la dirección.

Fernando Cabal se movilizaba en una camioneta blindada del Pelirrojo y poseía propiedades muy costosas que no correspondían con su sueldo. Era un personaje que llegó a tener el descaro de recibir dinero, fruto de sus fechorías, por intermedio de su conductor y en el mismo casino de la guardia. La desfachatez era total y tenía la complicidad de su personal de confianza.

Ese primer encuentro de la Mesa de Trabajo se convocó en el salón de reuniones, cerca de la oficina del abogado, pero no fue posible realizarla. Esa mañana, cuando el director se trasladaba por los corredores internos de la cárcel, lo atracaron, le robaron su billetera, una cadena de oro y un costoso reloj que no quiso reportar para no levantar más suspicacias. A pesar de la ira del director, del alboroto que se generó, había más burlas que miedo.

La Mesa presionó para tener una segunda reunión, esta vez, en el área administrativa de la *Modelo*, bajo la amenaza de un nuevo paro nacional para evitar el ingreso de nuevos reclusos a los establecimientos. La reunión se realizó, pero el director no quería cambiar el *statu quo* que tanto lo beneficiaba, por lo que fue corta y tensa, y finalizó, por parte del director con la amenaza de trasladarlos. Así que la Mesa sostuvo la idea de convocar el paro nacional. Además, algunos de los integrantes querían renovar las fichas del poder en el ajedrez penitenciario, y un paro general sería la ocasión perfecta.

Uno de los tantos sindicatos de guardianes que con los años se había constituido, reclamaba por las condiciones de los uniformados y tenían razón: vivían en el establecimiento como si fueran un preso más, pero sin haber cometido un delito. Eran igual o más pobres que muchos internos recluidos. La mayoría tenía un nivel socioeconómico muy bajo y, aunque habrían preferido tener otra vida y oficio, era el único camino que tenían para sobrevivir. Les tocaba adaptarse a un mundo corrupto y peligroso.

La mayoría de custodios buscan ansiosos ahorrar para estudiar y huir pronto de esa vida o lograr una pensión de retiro antes de ser contaminados por la corrupción o asesinados en una revuelta. Pero otros uniformados, sin tapujos, aprovechaban su posición de autoridad para delinquir, y buscaban jugar con el sistema para tener una fuente de ingreso fácil. Algunos terminan en la cárcel, ya no como custodios sino como reos.

El ruido que generaba el director obligó a la Dirección General del Sistema Penitenciario a ordenar, repentinamente, la destitución de Fernando Cabal y el nombramiento de un capitán retirado de la Policía para que asumiera el cargo. Pasó lo inesperado. No era posible de creer. Al siguiente día que el nuevo director llegó a la cárcel para asumir el cargo, fue sacado a patadas y puños por los cómplices del anterior director, y no siendo suficiente, la influencia de políticos corruptos echó para atrás la destitución y siguió reinando el antiguo director hasta el último de sus días. Además, se hizo evidente el enfrentamiento de dos grupos de guardianes: la mayoría quería que las cosas cambiaran, y una minoría poderosa rodeaba al director con sus fechorías.

Mientras tanto, la situación del abogado no era la mejor. Las denuncias que hizo de la preocupante tensión y corrupción que se movía en ese establecimiento, aunque sin pruebas para demostrarlo, generaban una clara hostilidad. Le habían prohibido el ingreso a la dirección de la cárcel, a patios donde se encontraban las situaciones más irregulares, lo enviaban a los sitios más peligrosos de la cárcel sin ninguna

medida de protección, y como si fuera poco, se hacían alianzas con algunos internos para callarlo.

Por su parte, el Director Nacional del Sistema Carcelario, que había sido profesor del abogado, consciente de la grave situación penitenciaria y del peligro que corría su estudiante, le recordaba que era mejor quedarse callado a que los mataran a los dos y las cosas siguieran igual.

Pasaron los días y Fernando Cabal estaba empoderado. No cedía a las presiones que ejercieron los paramilitares para que no autorizara la celebración del Día del Guerrillero, como se había hecho los últimos años y, por el contrario, le dio razón al jefe de guardia respecto a que esa actividad podía bajar los ánimos crispados.

En lo cotidiano del patio uno, el abogado escuchó el sonido de un arpa, un cuatro y cachacos. Música llanera que con cada nota iluminaba los espacios con melancolía, cada cuerda que vibraba se deslizaba en la penumbra e impactaba en el cerebro de esos hombres sin esperanza; el sonido de las maracas impactaba en los cuerpos y los hacía mover a su ritmo. La vibrante voz femenina que interpretaba los poemas del campesino hechos canción, cambió los labios ondulados por sonrisas. Todos hipnotizados se acercaron a la fuente de la alegría, las voces se tornaron amistosas y las risas fluían como agua fresca.

Después de escurrirse entre el tumulto, el abogado llegó muy cerca de los músicos donde estaba el Tripas con otros integrantes de la Mesa.

—¿Qué está pasando? —preguntó el abogado.

—Estamos celebrando el Día del Guerrillero —respondió el Tri-
pas con una sonrisa.

El abogado se preguntaba qué tenía que ver con el Tripas, pues él no era guerrillero. Enseguida pudo ver que ese era un evento social importante en la *Modelo*, pues a lado y lado estaban todos los integrantes de la Mesa de los Derechos Humanos y algunos directivos de la prisión.

—¡No sabía que existía el Día del Guerrillero! —dijo.

—Sí, todos los años lo celebramos. Este casi que no se puede, pero se pudo. Hacemos asado, música y agüita.

Se reunían cada vez más personas que se liberaban temporalmente de sus cadenas y se unían a la fiesta, aunque no conocieran el motivo de celebración.

—¿Y quién lo patrocina?

—La guerrilla paga todo, envía la comida, los músicos y la agüita.

De repente empezaron a circular las botellas de agua. Al abogado le impresionó la logística, aunque a él no le dieron y tenía sed.

—¿El agua es solo para los presos? —preguntó.

—No, doctor, es para todos, pero es que usted es de la Dirección General —susurró Matamata.

—¿Y qué pasa? —preguntó desconcertado.

—Lo que pasa es que no es solo agua, es aguardiente —dijo y le hizo un guiño.

El folclor musical se interrumpió por unos segundos que parecieron minutos con el risoteo en coro y la burla de un grupo de hombres que parecían más atentos a la conversación que al *show* musical.

La celebración se tornaba más alegre. El Tripas, cada vez más confianzudo, quiso hacerle al abogado la broma de robarle su pluma preferida que llevaba en el bolsillo interno del traje de paño. Era la ocasión para que este delincuente recordara y presumiera, con sus colegas del crimen, sus inicios en la delincuencia y su conocimiento de la técnica del cosquilleo. Quedó demostrado que había perdido sus habilidades, porque los reflejos del abogado fueron más agudos y lo descubrió cuando estaba a punto de cumplir su hazaña. Esta vez el estruendo fue una carcajada general, pero ahora contra el Tripas.

Aquella escena hizo dudar al abogado de la pertinencia de encontrarse en ese sitio. Y aunque el ambiente aparentemente estuviera tranquilo, se sabía que estaban cocinando una venganza contra el Tripas. Meses atrás había sucedido una masacre contra la banda de los Alacranes, lo que no sabían era que habían asesinado solo a una parte de los integrantes, y que toda esa banda pertenecía a una sola familia. Tres eran hermanos de Mordisco, su líder.

Mientras el Tripas se divertía, los Alacranes estudiaban el anillo de seguridad que lo cuidaba, movilizaban sus armas y personal cerca del punto de ataque y hacían importantes alianzas con algunos miembros de la Mesa que estaban de acuerdo en hacer unos relevos de poder, y de paso cobrar algunas deudas. Todo estaba listo para la venganza.

Para el abogado era suficiente; se fue del patio mientras los internos, en fervoroso coro, cantaban un son cubano que lamentaba la muerte del comandante Che Guevara, que había

sido interpretada por el mismo Silvio Rodríguez, y que en esa ocasión amenizaba el guitarrista de la iglesia de Monserrate, que también llevaba preso varios meses.

Cuando el abogado salía del tumulto, otro grupo de hombres lamentaban que esa celebración hubiera dañado otra fiesta mayor. No entendió a qué se referían, pero inmediatamente lo relacionó con el paro nacional de cárceles que se estaba planeando especialmente en las prisiones de Buena Vista en Medellín, y en la Picota y la *Modelo* de Bogotá.

Al rato, de una de las oficinas salió el teniente Padilla y tiró la puerta.

—Y eso, ¿qué le pasó, teniente? —preguntó el abogado. Casi siempre tenía un buen temperamento y era un apoyo para sus compañeros. También era psicólogo.

—Buenas tardes, doctor. Imagínesse que me acabo de enterar que nuevamente le dieron traslado para acá al mayor Vargas. Usted sabe bien cómo salió de aquí. —El abogado recordó que Vargas había obligado a Chavela a prostituirse y tenía muchas investigaciones disciplinarias por maltrato a internos y a sus compañeros.

—¿No se supone que lo iban a destituir?

—¡Recuerde qué pasó con Cabal!

—La situación para la guardia será más difícil...

—¡Difícil! ¡Insoportable! El tipo es un abusivo. Cuando estuvo de jefe de guardia, el estrés laboral creció, algunos guardianes se refugiaron en el alcohol, se presentaron situaciones médicas complicadas para el personal, entre ellas, alteraciones psiquiátricas. Varios fueron diagnosticados con trastorno de-

lirante persistente no especificado, trastorno de personalidad anancástica, trastorno compulsivo recurrente y hasta con trastorno de personalidad. Esto ha generado conflicto con los mismos compañeros e internos, y también plantea el riesgo de que personas con estos trastornos abusen de su autoridad, de los internos y subalternos. Además, ha traído como consecuencia que dichos guardias se hayan vuelto inestables tanto familiar como laboralmente en la medida en que están incapacitados de manera permanente.

—¿Hasta allá llega la presión?

—La realidad de la guardia es difícil porque todos los días están expuestos a diferentes amenazas y peligros. No solo por parte de los internos sino también del guardia corrupto. Si no se acomodan al juego son trasladados a otro centro penitenciario lejos de su familia. Deben percibir los mismos olores nauseabundos, los ambientes hostiles donde en cualquier momento su vida corre peligro, los turnos supremamente largos, y de premio, un proceso judicial o disciplinario.

—¿Hay muchos conflictos entre la guardia?

—Sí, y muy graves. Una tarde, el dragoneante Díaz durante su turno encontró a otro compañero ingresando un celular. Él le pidió con amabilidad que no negociara objetos prohibidos dentro del establecimiento, pero esto generó un conflicto que terminó en un enfrentamiento físico y verbal. Pero no terminó ahí. Díaz, al salir de su turno, recibió dos tiros. Casi lo matan.

»Algunos compañeros se confunden, sacrifican su vida y la pierden en estos muros, se convierten en lo mismo que custodian, están tentados a realizar favores a cambio de dádivas

y así incurren en el delito. Incluso algunos llegan a enamorarse de los mismos internos y de eso no escapan ni los funcionarios administrativos ni los practicantes. Entre semana son servidores públicos, y los fines de semana se convierten en amantes o pareja de los presos.

—¡Riesgos por todos lados!

—En otra ocasión el conflicto fue entre un guardia y un interno en la requisita de un familiar. Cuando la esposa del interno atravesó el detector de metales se disparó la alarma; la llevaron a un cuarto para una revisión manual de algún objeto ilícito en el interior de su vagina. Cuando fueron al cuarto, tuvieron que hacerle un tacto, le encontraron un arma de fuego, así que fue retirada del establecimiento. El interno apuñaló al guardia.

—¡Locos por todos lados! —dijo el abogado sin pensarlo.

—Tiene razón, los centros de reclusión responden a una grave problemática de salud mental del país, y muchos de los delincuentes que están aquí son consecuencia de esa problemática. Lo más grave es que en un solo sitio se reúnen personas esquizofrénicas y con otros diagnósticos de enfermedad mental, poniendo en riesgo la vida de todos los internos. Una persona que es judicializada por un delito que se debió a su enfermedad mental no debería estar en una cárcel, sino en una clínica, pero esto el sistema no lo entiende; es más barata una cárcel que un tratamiento médico. Existe un amplio grupo de consumidores de fármacos que, de alguna manera, también se entienden como personas enfermas. Y muchos de ellos cometen sus delitos en estas condiciones.

—Para colmo solos, sin apoyo familiar. —Se lamentó el abogado.

—Las familias se vuelven un eslabón importante en el sistema carcelario, ya sea para bien o para mal, porque, por un lado, son el sustento emocional, físico y económico de los internos, y, por otro lado, porque también pueden ser las que proveen, muchas veces, drogas, armas o cualquier tipo de objeto ilícito que ingresan dentro de su cuerpo o de cualquier comida que traen en cada visita. Si son seis mil personas presas, pueden ingresar unas veinte mil en un día de visita. Eso hace mucho más difícil el control. —En ese momento sonó el radio del teniente.

—Mi doctor, nos vemos más tarde, me llaman de dirección.

El Mordisco y su banda de los Alacranes preparaban su venganza. Esta vez estaban armados, sabían los movimientos de la cárcel, tenían un importante miembro de la Mesa de Trabajo apoyándolos y una parte de la guardia que había sido humillada por el Tripas estaba a favor de ajusticiarlo. El momento apropiado sería en el paro de las cárceles que promovía el mismo Tripas. Este sería nacional y bastante violento. Habían acordado hacer pequeños incendios en las rejas de ingreso a los patios para evitar el ingreso de fuerzas especiales, lo mismo que en las terrazas para llamar la atención de los medios de comunicación. Un equipo estaba preparando vallas publicitarias improvisadas con sábanas y colchonetas en las que denunciaban las condiciones indignas de los reclusos.

Para ese momento, otro grupo se había enterado del regreso del mayor Vargas y celebraban la oportunidad para darle la *bienvenida*, ya que había sido su verdugo y los había extorsionado durante años.

Por su parte, en el patio de los paramilitares se fraguaba retomar el liderazgo. Se estaban recuperando de la venganza del Gordo, que dejó muchos muertos, y ahora encontraban una oportunidad de oro para colocar en su lugar a la guerrilla que se había crecido con el apoyo del director.

La gran mayoría de internos eran ajenos a lo que se estaba cocinando, pero eran la gasolina para ese incendio: eran reos frustrados, tratados peor que animales, maltratados por otros internos, por los guardias y por el mismo sistema. Trataban de reprimir su ira, pero esta no desaparecía y, en cambio, cada vez buscaban más disculpas para explotar. La cárcel obligaba a los internos a desayunar a las seis de la mañana, a almorzar a la una y a recibir la última comida a las tres de la tarde. Tenían hambre y estaban cansados, acalorados y furiosos con todo el mundo.

La Mesa de Trabajo decidió que el paro comenzaría el veintiséis de abril a las cero horas. Antes de amanecer, apareció una bolsa negra con un cuerpo desmembrado en una de las alcantarillas. La víctima había desaparecido cuatro días antes y había participado en la masacre de los primeros Alacranes. Horas más tarde apareció un interno colgado en el baño de los paramilitares, desnudo, apuñalado, y con su propia sangre habían escrito «por sapo» en su pecho. Esta era la muestra de lo que sería la jornada de paro.

A las dos de la tarde empezó una batalla campal. Salieron abiertamente hombres con fusiles A-91 en una demostración de poder y protección de la soberanía de su territorio, liderados por el Tripas, el Gordo y su tropa de guerrilla. Lo que no

sabían es que sus más importantes rivales, los paramilitares, los estaban esperando en las terrazas con granadas y fusiles R-15, ni que estaban vestidos de negro y con brazaletes de las AUC. Desde el interior del penal empezaron a desplazarse hacia el patio de la guerrilla.

A las diez de la noche los cuerpos despedazados por granadas y proyectiles de fusil estaban regados en los patios y corredores, y en un rincón se encontraban cincuenta hombres desnudos que clamaban por su vida. Esa noche, los paramilitares se sentían vencedores y rotaron botellas de *whisky*; hubo música de celebración. Por unas horas reinó un silencio sepulcral, nadie se atrevía a mostrar piedad o manifestaciones de dolor por los hombres heridos o por los que perdieron la vida.

Hasta las dos de la tarde el día había transcurrido con normalidad. El abogado estaba en su oficina con Víctor, el Ciego, y con el dragoneante Medina, cuando se escucharon los primeros disparos. Los tres cumplieron el protocolo de lanzarse al piso y esperar. La oficina, por su gruesa puerta de metal, les brindaba seguridad.

—¿Qué está pasando? —preguntó Víctor. Fue el primero que escuchó ruidos de proyectiles. Se quedaron en silencio. Después vinieron varias explosiones. Vibró la puerta de metal. Víctor, en un reflejo natural de autoprotección, dio un salto por encima del escritorio y se ubicó al lado del abogado. Todos se quedaron tirados en el piso, como si la explosión los hubiese impactado.

—¡Bombas! —exclamó el abogado—. ¿Intento de fuga?

—Mierda, nos llegó la hora —gritó Víctor.

—No, doctor, eso son granadas —respondió Medina.

—¿Qué hacemos? —preguntó el abogado y, de repente, Víctor empezó a llorar y a gritar como un niño perdido, mientras agarraba fuertemente el brazo que tenía cerca. Se sentía más vulnerable que todos.

—¡Por favor, no me dejen! —gritaba Víctor.

—¡Silencio! —dijo Medina—. ¡Todos nos quedamos acá! Es más seguro. —Eso era una orden.

Las explosiones y los impactos de fusil se sentían más cerca y hacían vibrar la estructura de la vieja cárcel.

—¡Zorro llamando a base, Zorro llamando a base!

Desesperadamente Medina intentaba comunicarse con la dirección de la cárcel a través de su radio, pero no había respuesta.

—Hijueputa, se jodieron las antenas de comunicación —renegó Medina.

Pasaban los minutos. Víctor sollozaba. En medio del silencio, Medina y el abogado cruzaban miradas. Los dos sabían que, si no salían pronto del penal y había un motín general, podían morir allí.

En medio de la borrachera de los jefes paramilitares y algunos narcotraficantes, se votaba la decisión de ingresar o no al patio de la guerrilla y matarlos a todos.

—Hay que acabar ese cáncer de mierda de esta sociedad —dijo el Pelirrojo levantando el vaso repleto de *whisky*.

—¡Muerte a la izquierda! —En coro contestaron los acompañantes.

En las afueras de la cárcel se acumulaban policías, patrullas, bomberos, ambulancias y guardianes. Detrás de unas barreras de contención, a dos cuadras de la cárcel, estaban los angustiados familiares de los reclusos exigiendo conocer la suerte de sus parientes, en medio de arengas, gritos, llanto y desmayos.

Por los pasillos corría una turba de reclusos armados con palos, cuchillos y todo tipo de armas contundentes, algunos buscando un enemigo específico, otros en la búsqueda de un guardián o simplemente de alguna presa fácil para calmar su odio contra el mundo. Por su parte, el Comandante guerrillero estaba atrincherado en su celda. Sabía que iban por él. Estaba fuertemente custodiado y pedía que se respetara el pacto de paz que se había firmado meses antes con los paramilitares. En las afueras del penal se reunía un equipo de mil quinientos hombres de fuerzas especiales de la Policía, del Ejército y del Sistema Carcelario para retomar el control del penal.

A las cuatro de la tarde, dos horas después del comienzo del motín, golpeaban a puños y patadas la puerta de la oficina del abogado.

—Abran, abran, por favor abran, me van a matar. Soy Martínez.

—¿Mi dragoneante Martínez? —preguntó Medina

—¡No abran esa hifueputa puerta! —gritó Víctor.

Medina dio dos pasos de gigante, llegó a la puerta y la abrió sin pensarlo dos veces. Martínez ingresó empapado en sangre y cayó en los brazos de Medina.

—¿Qué está pasando? —preguntó a su compañero.

—¡Todos están locos! Y nos están buscando para lincharnos.

Las salidas están cerradas con fuego; esto es todos contra todos. A mí me dieron dos puñaladas y me escapé de chimba.

—¿Pero las heridas son graves?

—No, heridas superficiales. Mejor preocupémonos por cómo salimos de este mierdero.

Víctor no encontraba su bastón y empezó a gatear por la oficina, a tropezarse con el escritorio, la silla, las paredes, hasta que Martínez fue a ayudarlo.

—Mi dragoneante, ¿qué le hicieron? —Víctor no podía controlar el llanto, había perdido sus gafas y las cuencas sin sus ojos lo hacían ver terrible.

—¿Qué hace Víctor aquí? —preguntó Martínez a punto de desmayarse.

—Esperemos que entren las fuerzas especiales y nos ayuden —dijo el abogado mientras colocaba unas prendas en la herida del uniformado para que no perdiera más sangre.

—Eso se va a demorar por lo menos ocho horas. Ellos esperan a que se calme el avispero, que maten a unos para calmar su sed de sangre y planear el operativo —contestó Medina.

—El problema es que los muertos podemos ser nosotros —contestó el abogado notablemente angustiado.

—¡Aay, nooooo! —gritaba Víctor.

—¡Shhhhh! —exclamó Medina—. No pueden saber que estamos acá o tumban la puerta.

—¡Aayyy! —gimió Víctor, apretando la boca y comiéndose las uñas.

En otro lugar, el de mayor confrontación, el Tripas estaba defendiendo su patio con todo su arsenal. Había víctimas de

parte y parte. En medio de la guerra, y mezclándose con los hombres que corrían a buscar un lugar seguro, se movilizaba un equipo de cincuenta hombres hacia su guarida. Cuando llegaron se inició una balacera de pocos minutos que dejó el saldo a favor de los Alacranes, que los superaron en número. El Tripas, a esa altura del conflicto, tenía muchas bajas y heridos en el equipo de seguridad y sufría heridas menores. Mermaron rápidamente los hombres del Tripas y a los que estaban heridos les dieron tiros de gracia. Solo quedó el Tripas tirado en el piso, desarmado y en el charco de sangre de sus hombres muertos.

—¡Hijueputas, ya viene el resto de mis hombres y los van a destripar uno a uno! —gritó.

—¡Ya huele a muerto y todavía braveando, gonorraa! —respondió Mordisco mientras metía a la fuerza su pistola *Beretta* 92f con culata bañada en oro en la boca de su enemigo número uno. El Tripas hacía muecas violentas, y al final hizo gestos para que lo dejaran hablar.

—No tenemos que matarnos, gobernamos los dos —dijo el Tripas, que sangraba por la boca.

—Usted es güevon, yo vengo es a cobrar lo que le hizo a mis hermanos.

—¿Hermanos? —El Tripas estaba desconcertado: había matado a tantos que no sabía de qué hermanos hablaba.

—Los Alacranes, güevon. Todavía estamos vivos.

El jefe de los Alacranes sacó de su maletín de combate un filoso machete y, sin pensarlo dos veces, y de un golpe, lo decapitó. Hubo un estallido de euforia entre sus acompañantes.

Con toda la tranquilidad, y en medio del chorro de sangre que salía de la vena yugular del Tripas, Mordisco lo despojó de las joyas, cadenas, anillos y del reloj. Las mostró con su mano derecha levantada a sus hombres y en la otra mano, agarrada del pelo, estaba la cabeza del Tripas. Era su botín de guerra, y ahora él era el nuevo rey del patio.

Después se fueron disparando a diestra y siniestra. La noticia llegó de inmediato a Pelirrojo, que celebró el éxito de la operación. Como suele pasar en la realidad nacional, los pobres se mataban por causas ajenas y los ricos celebraban.

A las siete de la noche no cesaban las explosiones y se escuchaban los gritos histéricos de los presos que buscaban a la guardia y a los funcionarios atrapados para lincharlos. Con palos y piedras intentaban abrir todas las oficinas. Era una búsqueda feroz. En la capilla, exactamente en el confesionario, estaba como una estatua el Mayor Vargas, con la esperanza de no ser descubierto. Lo que él no sabía es que todo había sido planeado para que llegara allí, justo antes de hacer los incendios en las salidas del penal. El anzuelo fue fácil: cobrar una apetecida extorsión, de esas que acostumbraba a hacer antes del traslado de prisión. Mataballos lo había planeado todo y sabía dónde estaba. Organizó su captura con cinco internos bien armados. El mayor solo tenía un radio y un bastón de mando de madera.

—Mayor Vargas, ¿está rezando? —preguntó Mataballos. El mayor apenas respiraba para no ser descubierto.

—Está muy mayor para jugar a escondidas —dijo el Mocho mientras los internos se distribuían por la capilla y cubrían la única salida.

—No que es tan berraco, que nos amenaza, nos extorsiona y nos pega. Salga, marica —dijo Sancocho de Muela, un interno con unos dientes sobresalientes. Dos de ellos salían de su cara.

—¡Bumm! —exclamó Matacaballos cuando abrió la puerta del confesionario y se encontró de frente con el Mayor, que estaba de rodillas—. ¡Ahora se volvió cura! —Vargas suplicaba por su vida.

—Matacaballos, por favor ayúdeme, recuerde que yo fui su parcerero. —Los reclusos rodearon la presa como hienas hambrientas, armados con varillas, cuchillos y bates.

—¡Parcerero su madre! —contestó Matacaballos.

Lo llevaron amarrado por los pasillos del patio uno. Todos aprovechaban para escupirlo y golpearlo. Su destino sería morir ahorcado en el centro de aquel patio. Todos querían venganza. Respiraban odio y querían desahogarlo con la sangre de una víctima.

En la oficina del abogado, Martínez perdía mucha sangre y las prendas para detener la hemorragia no funcionaban, los radios de comunicación tampoco, y Medina, desesperado e impaciente, decidió intentar llegar a la garita más cercana para pedir ayuda. Esto era muy riesgoso. En los pasillos se extendía el fuego y el humo de las hogueras improvisadas que hicieron los reclusos, más los gases lacrimógenos que botaba la Policía desde las afueras del penal. Era insoportable. Antes de salir, Medina intercambió su ropa con Víctor. Luego salió tan deprisa que casi tumba la puerta cuando la cerró. Sin embargo, había tomado la decisión equivocada: a los pocos metros lo reconocieron unos internos y lo llevaron con el Gordo. Este hizo un juicio revolucionario

expresó y ordenó su ejecución; él mismo la realizó con su inseparable *Smith & Wesson* calibre 38. Dos tiros en el rostro del dragoneante fueron suficientes.

Martínez entredormido se quejaba por sus heridas, perdía color y estaba muy frío. Pasadas las tres de la mañana sonó la radio.

—Base llamando a Zorro. —Se escuchó una voz proveniente de la radio.

—Zorro contestando, estamos atrapados en la oficina jurídica del interior del penal. —El abogado contestó.

—¿Doctor? —preguntó el teniente Padilla—. ¿Está en su oficina?

—Sí.

— ¿El dragoneante Medina se encuentra con usted?

—No, salió a buscar ayuda.

—Nooo, ¿cómo hizo eso? Ya debe estar muerto —exclamó—. Por favor, paciencia. La entrada principal a los patios está bajo control, tenemos apoyo de la Policía y el Ejército. —Martínez pidió la radio, pero no tenía alientos para hablar.

—¿En cuánto tiempo nos rescatan?

—¿Nos rescatan?, ¿con quién se encuentra doctor?

—Con el dragoneante Martínez y un interno, Víctor.

—¿Está seguro con ese interno?

—Sí, no hay problema, y Martínez está herido

—¿Está muy grave?, ¿puede caminar?

—Con dificultad, pero lo llevamos.

—Entendido, el plan es el siguiente: deben llegar a la reja del patio uno, porque es imposible sacarlos de donde están y tal vez cuando llegemos sea demasiado tarde.

Estaban a solo trescientos metros, pero en esas condiciones era como caminar sobre brazas ardiendo. El panorama no era el mejor: un herido casi moribundo, un ciego en pánico y un inexperto en momentos de crisis. Les daban quince minutos para llegar, ser rescatados o quedar a su suerte.

Martínez recobró fuerzas repentinamente y lo apoyaron de cada brazo. Víctor encontró nuevamente el bastón. Se cubrieron el rostro para no ser reconocidos y evitar el humo. Abrieron la puerta y salieron a un campo de batalla: paredes, puertas y rejas rotas; humo, ropa, palos y piedras impedían caminar fácilmente; baja visibilidad, hombres armados corriendo por todas partes, muertos y heridos en el camino. Tras avanzar unos metros encontraron al Flaco. Estaba tirado en el piso, boca-bajo; sus gafas estaban a un metro de él, por eso lo reconoció el abogado. Tenía unos documentos en su mano derecha y su cabeza estaba en un charco de sangre seca.

Se arrodillan con cada explosión. Víctor pedía que le describieran todo lo que pasaba. Las fuerzas de Martínez se agotaban y las del abogado también. No habían comido ni bebido nada en varias horas. El abogado y Martínez vieron a sus salvadores a cinco metros. Víctor tropezaba con todos los obstáculos y, de repente, se había vuelto torpe para caminar con su bastón. A cuatro metros de distancia les sonrieron. A tres les estiraron los brazos. Y a un metro el abogado recibió un tiro que entró por la parte trasera de su cráneo y le sacó los sesos y los ojos de la cavidad ósea. Cayeron los tres. Rescataron a Martínez y a Víctor. Pero el cuerpo del abogado, inerte y ya con el color de la muerte, tuvo que esperar. Había mucho por

hacer como para recoger un cadáver más. Muchos heridos esperaban ayuda.

La Rata llevaba horas esperando que el abogado saliera de la oficina. Pensaba asesinarlo antes de la revuelta, pero el motín se adelantó. Su paciencia rindió frutos: unas horas antes había observado salir a Medina, lo capturó, lo golpeó y lo obligó a decirle si el abogado estaba en su oficina y, posteriormente, lo entregó al Gordo para el juicio revolucionario. Después hizo puesto de vigilancia en frente de la oficina hasta que llegó su momento. Esperó hasta que el abogado llegara a un metro de su salvación para que pensara que lo había logrado, y le disparó como lo sabía hacer. El francotirador cumplió la promesa del primer día: sacarlo arriado o muerto.

Apenas mató al abogado, el rostro de la Rata se cubrió de lo que parecía ser satisfacción y alegría; pero la alegría le duró poco, porque Chavela también hacía guardia en la misma puerta. Ella estaba agradecida con el abogado por haberla ayudado y dado esperanza, y quería ayudarlo a escapar. Su arma era un chuzo elaborado con el cabo de un cepillo para el cabello que parecía ser inofensivo. Ella logró que la Rata expresara, esta vez, dolor y sorpresa. Fue una sola puñalada, pero contundente, justo en el corazón. Chavela sacó su arma punzante del cuerpo caído, la limpió con la misma ropa de la Rata y se fue corriendo y llorando para su refugio. Había presenciado el final del abogado.

El saldo de muertos a las diez de la mañana del día siguiente fue de dos guardianes, un abogado funcionario, treinta y dos internos, y más de doscientos heridos. Sin embargo, la

Fiscalía se tardó dos días más para recoger los pedazos de los cuerpos, y décadas para descubrir lo que pasaba entre los muros de la *Modelo*.

Una semana después, el director nacional renunció, y el director de la cárcel fue destituido —esta vez sí fue cierto—. Esa misma semana fue asesinado junto al Pelirrojo, que curiosamente lo acompañaba a una diligencia judicial.

En poco tiempo todo siguió igual: los reclusos pobres continuaron sometidos, los nuevos caciques gobernando, el director de la cárcel intentando aprender sobre reclusión, el Director Nacional de Prisiones, que vive en una burbuja, fue recomendado por un político; los custodios honestos, sobreviviendo, los corruptos abusando de su autoridad, los internos de *alta* disfrutando el dinero de su actividad delincencial, el ministro recién posesionado, improvisando, y el presidente, ausente de ese pedazo de país que nadie quiere ver ni reconocer que existe.

Índice

Prólogo	9
Introducción	13
El Flaco	17
El Gordo	26
El Ciego	37
Mente perversa	47
Matamata	56
Oñate	66
El Zarco	79
Chavela	92
El lagrimón	102
El Comandante	114
Modestia aparte	127
El buen pastor	139
Pelirrojo	156
El motín	168

Este libro terminó de imprimirse en el taller de Vásquez Editores, en el mes de julio del 2022. Se usó la tipografía Rotis Semiserf Std, a 13 puntos, sobre un papel bond avena de 90 g. Las historias que aquí el lector encontró, aunque cuentan con una alta dosis de ficción, están basadas en hechos reales y verídicos. Cualquier parecido con personas vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.